



Una Navidad de cuento

Olga Salar

Una Navidad de cuento

Olga Salar

Copyright © 2023 Olga Salar

Una Navidad de cuento

Diciembre 2023

©Olga Salar

www.olgasalarblogspot.com

©Diseño y maquetación: Olga Salar (Pixabay y Flaticon).

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

All I Want for Christmas is You.
Mariah Carey.

Contents

[Copyright](#)

[Dedication](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

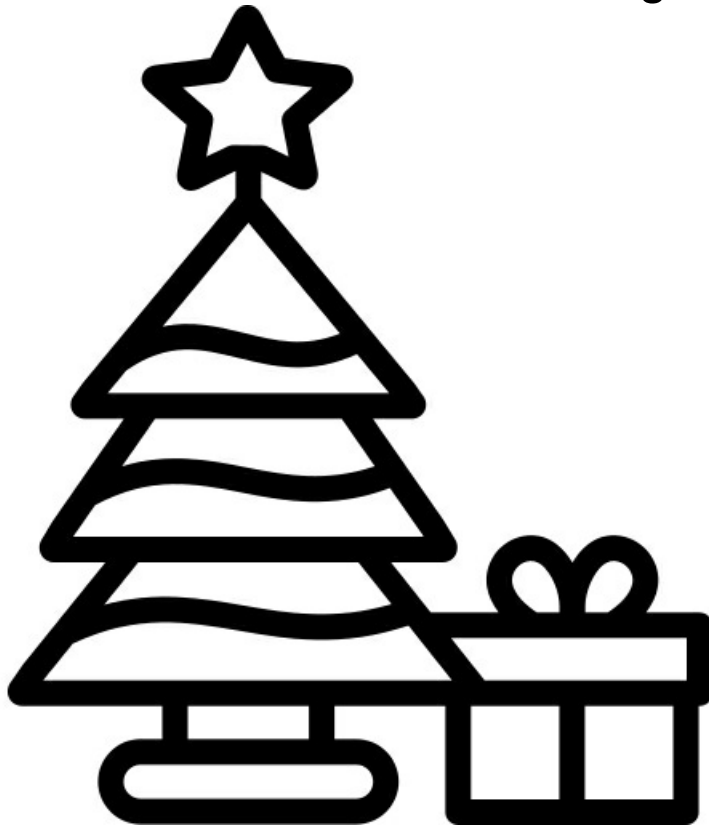
[Agradecimientos](#)

[About The Author](#)

[Books By This Author](#)

[Playlist de UNa Navidad de cuento](#)

Prólogo



Seis semanas antes de Navidad

Alisha Hayer estaba agotada física y mentalmente. Lo único en lo que podía pensar era en llegar a casa, darse una ducha y meterse en la cama. Los sucesos de las últimas veinticuatro horas la tenían completamente conmocionada y destrozada.

Se había enterado, junto con todo el país, que su prometido le era infiel, y para colmo de males, había tenido que fingir que no era un problema para ella porque hacía meses que se había separado de él, y durante ese tiempo ella misma había rehecho su vida con el jugador estrella de los *Rangers* de Nueva York.

Ni siquiera estaba muy segura de cómo había sido capaz de lograr que la gente creyera semejante invento.

Después de que terminara la gira y de que se tomara unas semanas de vacaciones había aceptado ir como invitada especial al programa nocturno de Carlie Jensen, la presentadora había sido muy insistente con que la quería en su espacio, pero Alisha había tenido que declinar la invitación en varias ocasiones por temas de agenda. Ante las ganas que la presentadora había puesto en contar con ella, Emma, su representante, había terminado por hacerle un hueco en medio de su descanso tras la gira para que asistiera.

Lo que menos había esperado fue que el interés de Carlie no fuera otro que mostrarle, sin

apenas tacto ni empatía, imágenes en las que se veía perfectamente como Carter Morton, su ahora exprometido, se enrollaba con una mujer en un callejón oscuro que Alisha no supo situar, pero que supuso que pertenecía a Boston, ciudad en la que el jugador vivía en esos momentos después de que fuera traspasado por los *New York Islanders*.

El vídeo era el seguimiento de varios días, por lo que no era una casualidad que algún paparazzi se hubiera encontrado con la escena por mera casualidad. Después de la imagen del callejón se los veía entrar juntos en un hotel de lujo. Según la voz en *off* del vídeo, hasta el día siguiente no habían salido de la habitación, y por supuesto, cuando lo hicieron fue por separado y tratando de disimular que habían pasado la noche juntos.

Tras semejante cubo de agua helada, Alisha se había quedado muda ante las preguntas de la presentadora. De hecho, ni siquiera tenía muy claro cómo hizo para no ponerse a llorar allí mismo.

Si el mismísimo Caleb Blake no hubiese aparecido de la nada para sentarse a su lado y fingir que era su novio, Alisha estaba segura de que se habría derrumbado allí mismo frente a los cientos de espectadores en el público, y los millones que los estaban sintonizando en ese momento.

Era consciente de que debería sentirse agradecida por el gesto, pero Caleb Blake era Caleb Blake, y aunque sentía muchas cosas por él, el agradecimiento no era una de ellas.

Su teléfono sonó por millonésima vez esa noche, pero tras ver que, de nuevo, era su madre, decidió no contestar. Estaba segura de que se cansaría y terminaría llamando a Robert, su asistente. Él la tranquilizaría mejor de lo que era capaz de hacer ella misma en esos momentos.

Por suerte nadie mencionó la debacle de su entrevista cuando llegó a su edificio. James, el portero del turno de noche, la saludó como siempre, sin una chispa de lástima en su expresión, a pesar de que Alisha estaba segura de que, aunque no hubiese visto el programa, la noticia ya estaba en todos los medios.

Una vez en el ascensor se permitió relajarse un poco. Se escondería en su casa, sin ojos indiscretos y pasaría el duelo en la intimidad de su hogar. Estaba casi convencida de que las cosas mejorarían cuando su móvil volvió a sonar.

Estaba a punto de dejar caer, por accidente, su teléfono por el hueco del ascensor, cuando las puertas se abrieron en la última planta. Por suerte vio a tiempo que quien llamaba no era su madre sino su mejor amiga y abogada: Margot Sepherd.

—No tengo ganas de hablar —contestó, casi corriendo ansiosa por tirarse en el sofá.

—Entonces, ¿por qué contestas?

—Porque eres peor que mi madre y no pararás hasta que lo haga.

En cuanto llegó al recibidor se quitó los zapatos y el abrigo, sujetando con el hombro el teléfono.

—Me conoces bien.

—Lo hago.

—En ese caso, sabrás que quiero saber tu versión de lo que ha pasado esta noche con Caleb.

—Dudo mucho que sea distinta de la de él —le dijo dejándose caer en su sofá.

—Puede ser, ¿pero...?

—Deja de hacerte la tonta, sabes tan bien como yo que ha dicho que somos pareja para evitarme la humillación pública. Hace ocho años que no nos hablamos. —Su tono cambió a uno de autodesprecio—, simplemente sintió lástima por mí o lo hizo por amistad hacía vosotros o a Max, no lo sé y francamente, ahora mismo no podría importarme menos.

—No lo digas de ese modo. Caleb es un buen tipo y tú lo sabes. No trates de degradar lo que

ha hecho esta noche, pasara lo que pasara hace años entre vosotros. —Lo defendió Margot.

—Por supuesto —concedió, arrepentida de su arrebató—. Solo hay que fijarse en su complejo de héroe para darse cuenta de que lo es. Él nunca hubiese dejado que Carlie me despedazara sin hacer nada para evitarlo.

—Alisha, Carlie es una maldita envidiosa y Carter es un imbécil infiel, no te castigues por algo sobre lo que no tienes la culpa.

—No lo hago y de verdad que no tengo ganas de seguir hablando. Necesito meterme en la cama y olvidar que este día ha sucedido.

—Está bien. Mañana iré a verte y llevaré el desayuno —anunció, no era una pregunta y no le estaba dando opciones.

—De acuerdo, pero no vengas muy temprano. Me niego a madrugar, se supone que estoy de descanso.

—No lo haré. Tómate una infusión antes de meterte en la cama.

—Lo haré. Buenas noches.

Dejó el teléfono y a regañadientes se levantó de su preciado sofá para encaminarse al baño de su habitación donde comenzó a desnudarse, decidida a olvidarse de todo lo que había acontecido en las últimas cuatro horas.

Se metió en la ducha, con el agua tan caliente que enrojeció su piel, y trató de que el sonido de esta ahogara sus pensamientos. Cuando comenzó a arrugarse salió, se secó, se puso el pijama, se quitó los restos de maquillaje que el agua no había lavado y regresó a su dormitorio. De camino recuperó su teléfono, tenía mensajes sin leer, pero solo abrió los de Robert. Le escribió diciéndole que al día siguiente tenía el día libre y pasó del resto.

Sabía que su asistente iba a hacer caso omiso a sus palabras, pero al menos tenía que intentarlo.

Luego se encaminó a la cocina, pero en lugar de una infusión se preparó un vaso de leche calentita con miel. Se lo bebió de pie, encima de la barra. Enjuagó el vaso y lo puso en el lavavajillas y volvió a su dormitorio.

Una vez allí se tumbó en la cama, con el teléfono en la mano, debatiéndose entre entrar en redes sociales y ver lo que se estaba hablando de ella o dejarlo correr. Ganó la curiosidad, pero cuando iba a hacerlo entró un mensaje de un número desconocido y no pudo no ver de qué se trataba:

Deberíamos hablar. Tenemos que crear una historia y salir en público para que la prensa hable de nuestra relación.

Caleb Blake tenía su número y estaba bastante segura de cómo lo había conseguido. Tomó nota mental para darle un sermón a Margot sobre la privacidad y tras guardar su número se limitó a responderle: *ok. Ven a casa mañana.*

No le dio su dirección, estaba segura de que él solo podía conseguirla, como había hecho con su número de teléfono.

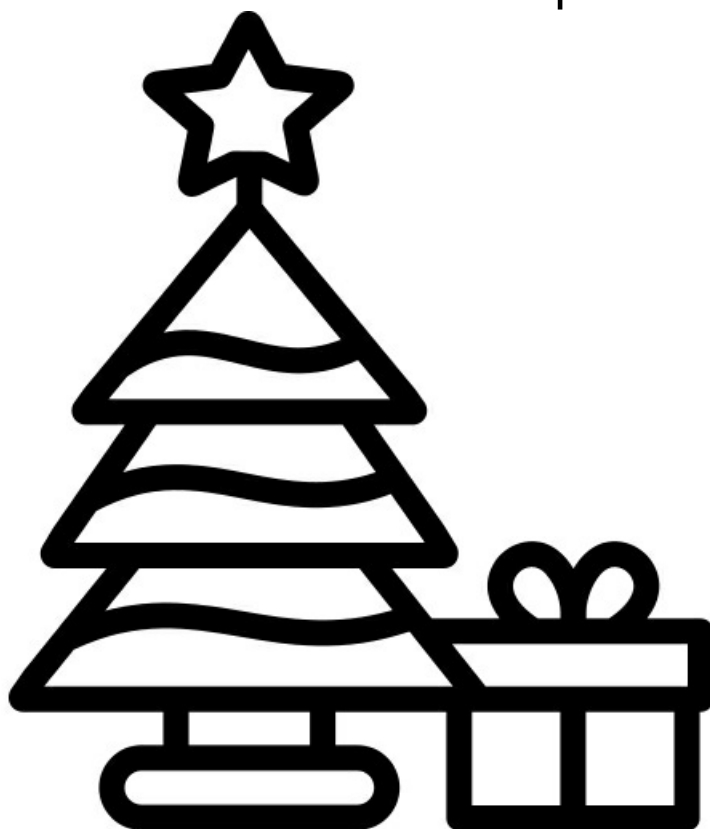
En cualquier caso, tenía que ser lista y dejar de lado su pasado con él, porque de no haber sido por él que se sentó junto a ella en el sofá de Carlie y asió su mano, no habría podido afrontar la entrevista sin derrumbarse.

Tenía que mantenerse fría y superar todo lo que había sucedido entre ellos. No podía olvidarse de que sin él no sería más que una mujer engañada y humillada. Sin embargo, con Caleb a su lado, seguiría siendo la exitosa Alisha, la cantante pop más querida del país.

Ansiosa por apagar su mente por unas horas hizo lo más inteligente, le quitó la voz al móvil y lo escondió en el cajón de su mesita de noche, después se metió bajo las mantas, apagó la luz y

cerró los ojos, rezando porque la inconsciencia tardara poco en visitarla.

Capítulo 1



Caleb se dio la vuelta en la cama, incapaz de conciliar el sueño. Su vida había dado un giro de ciento ochenta grados desde el preciso instante en que aceptó la entrevista en La noche de Carlie Jensen y supo que iba a coincidir con Alisha. La verdad era que le sorprendió que ella hubiese aceptado ir el mismo día en que lo hacía él y, aunque había tenido muchas ganas de acercarse a verla, se había contenido porque no quería provocar una situación incómoda.

Lo que no había esperado era ser testigo de lo que el programa tenía planeado para ella. Estaba en su camerino con la televisión de pantalla plana encendida frente a él, disfrutando de la entrevista con la cantante cuando Carlie dio un giro inesperado a la conversación y le preguntó por su prometido.

Alisha había sido prudente, respondiendo lo justo a las incisivas preguntas, lo que en esos instantes no sabía que iba a salvarle el culo.

Consciente de que por ese camino no iba a sacar nada Carlie jugó su última baza y le puso el humillante vídeo.

Horas después, Caleb no podía borrar de su retina la expresión desolada de Alisha cuando le pusieron a Carter Morton engañándola. El modo en que había agachado ligeramente la cabeza para que su larga melena pelirroja cubriera parte de su rostro, escondiendo su expresión del escrutinio de las cámaras...

Las escenas que se reproducían eran tan evidentes que ningún publicista del país sería capaz

de darle la vuelta y hacerle salir airoso de la situación. Las exclamaciones del público ante lo que estaban viendo coincidían con lo que él mismo sentía.

Caleb estaba seguro de que había más, aun así, agradeció que el programa no hubiera ampliado la investigación porque delatar al imbécil tan solo humillaba a Alisha, quien no tenía la culpa de nada de lo que su prometido había hecho a sus espaldas.

Carter era un soberano imbécil, en la pista de hielo y lo era fuera de ella, el problema era que tenía fans, multitud de ellos, y conociendo la dinámica de la fama, no dudaba que una gran parte de ellos terminara echándole la culpa a la víctima por lo que había sucedido.

Lo que Caleb pensaba de Morton no tenía nada que ver con su rivalidad en la pista o con el hecho de que fuera la pareja de Alisha sino con lo que él mismo había visto del tipo.

En cualquier caso, no podía quedarse de brazos cruzados ante todo lo que estaba sucediendo frente a él y permitir que Alisha se enfrentara sola a los leones, por lo que se levantó de un salto del sofá y salió del camerino decidido a ayudarla.

Como era de esperar, nadie le impidió colarse en el plató, a pesar de que estaban en directo. De todos era conocido su antagonismo con Carter, que no había cambiado después de que este se marchara intercambiado a Boston, por lo que se colara cuando estaban hablando de sus infidelidades era morbo en estado puro y el morbo vendía. Ningún director en su sano juicio le impediría salir al aire.

Lo que no esperaban fue que él se sentara junto a Alisha, la tomara de la mano y le preguntara si estaba bien, como tampoco esperaron que él declarara que tenía una relación con Alisha desde hacía varios meses y que no lo habían anunciado porque todavía no se sabía acerca de la ruptura de su compromiso con Carter.

—¿Y por qué sigues llevando el anillo de compromiso? —inquirió Carlie, dispuesta a sacar sangre.

—Porque Carter se lo pidió —fue Caleb quien contestó—. No quería que se supiera que Alisha le había dejado por... ciertos aspectos de su vida personal con los que no estaba de acuerdo —lo dejó en el aire, pero no era difícil leer entre líneas—, al poco tiempo de anunciar su compromiso. No lo dejaba en buen lugar y mi chica decidió ser solidaria y aceptó retener la noticia hasta después de Navidad.

—¿Es decir que iba a mentir?

—Iba a permitir que la familia de su exprometido pasara las fiestas en paz y tranquilidad sin que las cámaras los acosaran cada vez que salieran de casa —respondió él, dándole la vuelta a la insidiosa pregunta.

Sin embargo, Carlie no iba a dejar el tema sin sacar las garras.

—¿Os estabais viendo mientras ellos estaban comprometidos?

—Por supuesto que no —intervino Alisha, enfadada por la pregunta.

—De acuerdo ¿y no creéis que los fans no van a llevar bien el hecho de que estés saliendo con la exnovia de tu rival?

Caleb se carcajeó de buena gana, disfrutando de poder cerrarle la boca.

—En realidad, Carlie, es Carter el que salía con mi exnovia.

La cara de sorpresa de la presentadora lo hizo sentirse victorioso. Como cuando daba un pase de gol o marcaba él mismo.

—Alisha y yo salimos durante el instituto —explicó—, por supuesto todavía conservo las pruebas si quieres verlas —dijo medio en broma—, ¿verdad, cariño? —la miró esperando que aceptara su ayuda.

Notó que la presión en su mano se intensificó.

Sabía que ella le guardaba rencor. Llevaban ocho años sin hablarse, a pesar de tener amigos comunes, pero dada la situación, él era su mejor baza para salir airosa del problema.

—Sí, tenemos muchas fotografías de entonces —la vio encogerse de hombros con indiferencia—, sin contar con la cantidad de amigos de ese época que estarán encantados de hablarles a los medios de nuestra relación.

—Eso seguro —confirmó Carlie—, de hecho, este programa recibirá al que desee venir a contarnos lo que recuerde de vuestro noviazgo adolescente.

Caleb notó cómo Alisha se tensaba ante la actitud de la presentadora que, desde que comenzó la entrevista, se había mostrado mordaz y crítica con ella.

—Pero contadme, ¿por qué os separasteis?

—Acabamos en diferentes universidades —se adelantó Alisha antes de que él pudiera decir nada—. Las relaciones a distancia rara vez funcionan.

De acuerdo, así que también sabía mentir cuando la situación lo requería, pensó Caleb.

Su relación no se había ido a pique por la distancia. Su relación terminó antes de eso, cuando él tomó la decisión de aceptar una beca completa en Michigan para ser un *Wolverin* sin decirle nada. Llevaban meses organizando un futuro en común. Alisha iba a intentar entrar en Juilliard y el jugaría con el equipo del Siracusa, para el que también tenía una beca. Caleb era un año mayor que ella, por lo que sería el primero en marcharse a la universidad, no obstante, no dejarían de verse si él se quedaba cerca.

Ambos eran de Lake Placid, a solo unas horas de la gran manzana, por lo que no querían alejarse mucho de sus orígenes, lo suficiente como para sentirse adultos independientes.

No habría sido un gran problema, ya que la distancia era superable, si hubiese sido sincero con ella y le hubiese hablado de sus planes, pero no lo hizo. Los largos entrenamientos y la imposibilidad de verse habrían terminado con su relación, por lo que decidió ser él mismo el que le diera el golpe de gracia.

Por aquella época ninguno de los dos había soñado con el éxito que cosecharían ambos, cada uno en su campo. Quizás si hubiesen seguido con su relación las cosas no hubiesen terminado así.

Caleb fue consciente de que la entrevista terminaba cuando Alisha se puso de pie, llevándole a él detrás, todavía asiendo su mano.

—Imagino que próximamente veremos un anillo distinto en tu dedo —apuntó la presentadora.

—Todavía es muy temprano para eso —respondió Alisha, con el mismo tono meloso y falso que utilizaba cuando estaba realmente enfadada.

Una de las cosas más divertidas que recordaba de ella era el modo en que se volvía extremadamente amable cuando se molestaba.

—Caleb, te vemos en unos momentos. Te dejamos el tiempo justo para que te despidas de tu chica —recalcó las dos últimas palabras con más veneno del que tenía sentido, dadas las circunstancias.

Rápidamente se olvidó de ellos mientras hablaba de un nuevo producto que patrocinaba el programa.

Sin soltar su mano Alisha lo llevó hasta el camerino que le habían asignado, cerrando la puerta tras ellos. Había dos personas esperando, una mujer morena vestida con un traje oscuro y con aspecto de guardaespaldas, y un tipo de cabello rubio arena largo por debajo de sus orejas, de complexión delgada y hombros anchos.

Mientras que la mujer parecía estar al principio de sus cuarenta, Caleb dedujo que el tipo era joven, quizás al principio de sus veinte, mientras que él ya estaba dos años por encima de la

mitad de estos y Alisha uno.

Portaba un iPad en la mano y un Apple *pencil* y parecía auténticamente preocupado por ella. Los dos lo parecían.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad.

Alisha no le contestó, sino que se lanzó a sus brazos al tiempo que él la rodeaba con ellos, ofreciéndole consuelo.

La mujer le hizo un gesto a Caleb con la cabeza, parecido a un saludo, y anunció que se iba fuera para evitar que entrara nadie. No había hecho más que salir cuando volvió a asomarse para avisarle que había alguien de producción esperando por él para llevarlo al plató.

No pudo hacer otra cosa más que despedirse porque en unos minutos sería el turno de su propia entrevista.

—Alisha —dijo—, llámame, por favor.

Ella no se movió, ni siquiera dio a entender que le había escuchado, pero el tipo asintió y respondió por ella.

—Lo hará, y muchas gracias por tu ayuda, señor Blake.

—No hay que darlas...

—Robert Hawkins, pero llámame Rob —separó la mano que no sostenía el iPad de la espalda de Alisha y se la tendió con gravedad—, soy el asistente de Alisha. Ella es Amanda —hizo un gesto hacia la puerta por la que había salido la mujer—. Su guardaespaldas.

Caleb asintió muy serio.

—Encantado, Rob. Por favor, asegúrate de que me llama.

—Lo haré —concedió él.

No podía demorarse más, por lo que se dio la vuelta y salió del camerino para enfrentar su propia entrevista.

Una hora y media después abandonó la cadena con la certeza de que Carlie Jensen tenía un problema personal contra Alisha o era más sensacionalista de lo que parecía.

Revisó su teléfono para ver si su nueva pareja se había puesto en contacto, pero lo único que había en él eran llamadas de su familia, su madre debía de estar encantada con la noticia de su noviazgo, y varios mensajes de Lewis, su mejor amigo.

Decidido a dar el primer paso se encaminó hacia el aparcamiento mientras buscaba en sus contactos el número de Lewis.

Se subió a su Mercedes SUV y la llamada se conectó inmediatamente al *Bluetooth* del coche.

Su amigo contestó antes del segundo tono como si hubiese estado pegado al teléfono esperando su llamada.

—¿Cómo está Alisha? No contesta a los intentos de Margot de hablar con ella.

—Hola a ti también.

—Hablo en serio, Caleb, ¿cómo está?

—Imagino que no muy bien, pero no la he visto desde que terminó su entrevista. Se marchó con su asistente.

—¿Rob estaba con ella? —era la voz de Margot la que le habló por el teléfono.

—Sí, y parece un buen tipo. Estará en buenas manos.

—Lo es —sentenció ella—. Voy a llamarle ahora mismo.

—Margot, espera. Necesito que me pases su número de teléfono. Hay algunas cosas que tenemos que cuadrar si pretendemos que esta relación sea creíble.

—Caleb —advirtió Margot.

No era la primera vez que les pedía el número de Alisha, lo había intentado muchas veces

antes. Siempre había querido disculparse por el modo en que había actuado años atrás, pero ni Lewis ni Margot habían cedido a su petición y Max no era una opción.

—No se trata de que quiera o necesite arreglar las cosas con ella, esto no va sobre mí —hizo una pausa para que su amiga asimilara lo que acababa de decirle—, me necesita y estoy dispuesto a ayudarla.

—¿Por qué?

—Ya sabes porqué. Siempre me sentí culpable por el modo en que gestioné las cosas. Supongo que necesito redimirme.

—Tú y tu complejo de héroe.

Caleb se calló, ya estaba acostumbrado a que le acusaran de eso. No era una novedad.

—Te lo daré, pero solo porque realmente te necesita, aunque no quiera aceptarlo y desde ya te digo que esto no va a ser fácil.

—¿Cuándo nada que tenga que ver con Alisha Mayer ha sido fácil?

—Buen punto.

Margot le había vuelto a advertir para que tuviera tacto y finalmente le había dado su número. No había perdido el tiempo y le había enviado un mensaje para que se pusiera en contacto con él cuanto antes.

Tenían que montar su propia narrativa y pronto, porque en los próximos días saldría de la ciudad para disputar un partido fuera de casa y la prensa no iba a conformarse con lo que les habían dado hasta el momento. Si Alisha colaboraba podría ir al partido del día siguiente, que les vieran en los mismos lugares era un comienzo.

Dio su millonésima vuelta en la cama y trató de dejar la mente en blanco. Necesitaba descansar dado todo lo que se avecinaba.

Capítulo 2



El aroma a café la despertó de un sueño intranquilo. Abrió los ojos, molesta consigo misma por dar tan a la ligera el código de acceso de su ático. Se arrebujó en las mantas, consciente de que solo podían ser dos personas las que estaban invadiendo su espacio: una era Robert, su asistente personal, y la otra su abogada y mejor amiga, Margot, quien ya había avisado de que se pasaría a verla. Ni siquiera se planteó la posibilidad de que sus padres o su hermano estuvieran en su cocina, no es que vivieran muy lejos, pero sí lo bastante como para no decidir de un momento a otro ir a verla.

Gruñendo se levantó de la cama, se puso su bata y apostando por Margot salió de su dormitorio, descubriendo que había acertado el cincuenta por ciento, ya que Rob también estaba sentado a la mesa de su cocina.

—Te di el día libre —apuntó a Rob con el dedo—, a ti te dije que no vinieras tan temprano —señaló a Margot.

—Son casi las diez de la mañana y Rob está aquí porque yo se lo he pedido.

—No mientas. Habría venido igualmente, es un adicto al trabajo y por eso está soltero.

—No es cierto, estoy soltero porque las mujeres siempre buscan al chico malo y yo soy el chico bueno —se encogió de hombros fingiendo resignación.

—Lo que tú digas —concedió, tomando asiento a la mesa de su cocina junto a Rob.

Margot se acercó a ella con una taza de café y un plato de galletas que le puso delante.

—Sabes que no puedo comerlas —protestó.

—Un día es un día —dijo, tomando asiento ella también.

—De acuerdo, empecemos por el principio —tomó la iniciativa Rob—, tengo mil llamadas de Carter e imagino que tú tendrás otras tantas y —señaló su dedo—, lo ideal sería que te quitaras eso.

Alisha ni siquiera se había dado cuenta de que seguía llevando el anillo. Sin pensarlo demasiado se lo quitó y se lo tendió a Rob.

—¿Puedes hacer que se lo devuelvan?

—Deberías quedártelo, venderlo y dar el dinero a los necesitados —propuso Margot.

La idea no era mala, por lo que cambió de Rob a su amiga y se lo ofreció a ella.

—¿Puedes encargarte?

—Para eso me pagas —bromeó, al tiempo que le guiñaba un ojo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Rob—, tenemos que organizar salidas con Caleb y montaros una historia.

—Ya tienen de eso —dijo Margot entre dientes.

Alisha le lanzó una mirada fulminante, pero no protestó puesto que tenía razón.

Siguieron hablando de lo que debían hacer hasta que la cantante se terminó el café y se dirigió a su dormitorio para ducharse y vestirse. El cuarto de baño, dentro de su habitación, tenía unas vistas de Manhattan que normalmente, le alegraban el día. No obstante, en esa ocasión estaba tan apagada que no había nada que la motivara.

Escuchó el timbre de la puerta, pero no el teléfono, por lo que fuera quien fuera el que estuviera allí, tenía el beneplácito del portero y de la seguridad del edificio para subir hasta el ático.

Tratando de desconectar, se metió en la ducha y dejó que el agua caliente se llevara por el desagüe todo el día anterior. Recordó lo horrible que había sido, las imágenes de su prometido, Carlie decidida a destruirla y la inesperada aparición de Caleb. Caleb, el tipo al que llevaba guardando rencor ocho años y que ni siquiera se lo había pensado un segundo en ir en su ayuda.

Y luego estaba el hecho de que tenía que hablar con Carter, por mucho que quisiera evitarlo. Tenía que conseguir que les siguiera el juego. No debería ser un problema porque con el nuevo guion él también salvaba el culo, pero Carter odiaba a Caleb, puede que incluso estuviera celoso de él, y Alisha no estaba segura de que aceptara la salida, que necesitaban todos, solo porque era él quien se la ofrecía.

Como fuera, no le debía nada. Le había sido fiel y había creído que lo suyo era real, ¡menuda ilusa! Ella misma se había planteado que su relación hacía aguas, pero había decidido darle una oportunidad con la esperanza de que pudiera salvarse.

Salió de la ducha, se enrolló con una toalla y regresó a su habitación para vestirse. El murmullo de voces le indicó que había más gente en casa. Dedujo que sería Emma Kilmer, su agente, por lo que se puso una sudadera y un pantalón de yoga y tras recogerse el cabello con una coleta y lavarse los dientes, salió, descalza, ataviada con unos gruesos calcetines que le había tejido su abuela.

Su familia estaba en la cocina junto a sus amigos. Definitivamente no era su agente.

Su madre se levantó de la silla tan rápido que a punto estuvo de tirarla al suelo con su vehemencia. Antes de que pudiera asimilarlo estaba entre sus brazos, llorando como no lo había hecho la noche anterior.

Su padre, su abuela y su cuñada estaban de pie tras su madre y fueron abrazándola uno por uno cuando esta la dejó.

Su padre besó su coronilla y le dijo que todo iba a estar bien, mientras que su abuela le anunció que se había pasado toda la noche horneándole sus famosas galletas de mantequilla.

A la mierda la dieta, pensó, lazándose a por ellas.

Paige su cuñada, se limitó a abrazarla, ofreciéndole más consuelo con el gesto de lo que lo harían las palabras.

—¿Cómo estás? —preguntó Maggie, su madre, cuando todos estuvieron sentados con una humeante taza de café en las manos.

—Mejor de lo esperado —confesó, con un encogimiento de hombros.

—No puedo creer lo que te hizo Carlie —se quejó su abuela—, fue horrible.

—Mamá —intervino su padre—, fue Carter no Carlie.

—No soy estúpida, Henry. Sé que fue Carter quien la engañó, pero Carlie se explayó en ello y fue desagradable durante toda la entrevista. Si no hubiese sido por Caleb...

—Tu madre tiene razón, Henry. Esa presentadora es una harpía.

—Lo es —secundó Margot—, parecía encantada con hacerle pasar un mal momento. ¿Te has peleado antes con ella?

—Claro que no. Ni siquiera la conocía hasta ayer.

—Pues estoy segura de que disfruté al hacerte pasar un mal momento —sentenció Margot.

—¿Dónde está Max? —preguntó de repente Alisha mirando a Paige. Era extraño que su familia se hubiese presentado, pero que su hermano no llegara con ellos y más siendo sábado por la mañana. Max no trabajaba los sábados. De hecho, Lewis tampoco había acompañado a Margot.

Su madre y su padre intercambiaron miradas con Paige y su amiga, lo que la alertó de que no iba a gustarle la respuesta.

—¿Paige?

—Está con Lewis —comentó Margot, muy seria.

—De acuerdo, ¿y dónde están?

—Han ido a ver el entrenamiento de Caleb.

—Lo que me recuerda —intervino Rob con la intención de desviar la atención—, que tu nuevo novio juega en casa hoy. Vas a tener que ir al partido.

—Irás. Lewis y yo la llevaremos —afirmó Margot.

—¿Cómo es eso de que mi hermano ha ido a ver a Caleb? —quiso retomar el hilo de la conversación.

—Son amigos —trató de apaciguarla su madre.

—Eran amigos. Estoy segura de que hace años que no se ven.

—Sí que lo han hecho —comentó Paige—, solo que no tan a menudo como antes.

—¡Como sea! No puedo creer que mi hermano...

—Es tu hermano mayor —protestó su madre—. Se preocupa por ti. Solo ha ido para asegurarse de que esa vez Caleb tiene previsto cubrirte las espaldas hasta el final.

—¡Oh, Dios mío! Y yo que pensaba que mi vida no podía ir peor.

—¿Alguien quiere otro café? —preguntó Rob, levantándose para dirigirse hacia la cafetera profesional de Alisha.

—Yo quiero —respondió su padre—, te ayudo, Rob.

Al parecer los dos hombres querían alejarse del drama que se estaba desarrollando antes sus ojos. Su familia iba a ser impasible con que Max hablara con Caleb, comenzaba a dudar que su madre y su abuela no hubiesen sido las encargadas de sugerirle la idea a su hermano.

—Mamá, Caleb es un atleta profesional y Max es un contable. ¿De verdad crees que es buena

idea que haya ido a hablar con él?

—En primer lugar Max es un exjugador de *hockey*.

—En el instituto, mamá.

—Y en segundo lugar y más importante, Caleb nunca le pegaría a tu hermano —se enfadó su madre—. Entiendo que durante un tiempo estuvieras molesta con él, pero es un buen chico y tienes que olvidarte de lo que pasó —le pidió muy seria—, no eráis más que unos críos, Ali. No teníais la madurez que tenéis ahora. Además, recuerda cómo te ayudó ayer.

—Tienes razón. Lo siento. Ya no conozco a este Caleb y por lo poco que he visto de él es una buena persona —se excusó—. Es solo que estoy nerviosa.

—Ali, no te preocupes por Max, ¿de acuerdo? Me ha prometido que va a comportarse —explicó Paige—, y es lógico que quiera hablar con él. Necesita estar seguro de que va a ser respetuoso contigo.

—¡No, por favor! —se quejó.

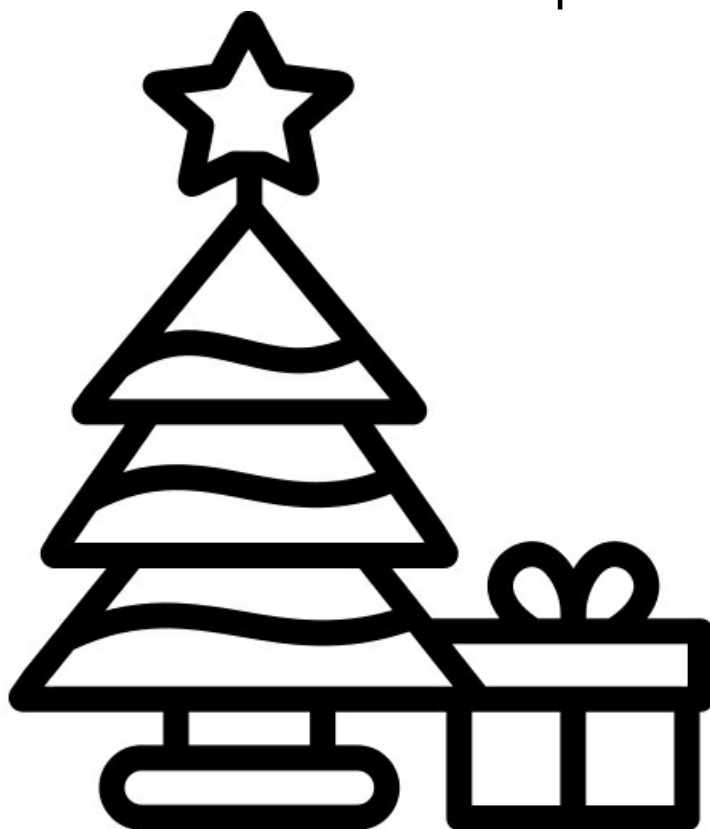
Las cosas se estaban volviendo más vergonzosas por segundos.

—Lamento interrumpir —Rob llevaba su teléfono en la mano y enviaba mensajes a toda velocidad mientras hablaba—, pero quizás quieras revisar tu teléfono. Acaba de escribirme Emma, parece ser que eres la chica de moda y hay como tres revistas que os quieren para sus portadas de febrero a ti y a tu novio, ya sabes, para el especial de San Valentín.

—Sensacional —musitó tratando de esbozar una sonrisa y fallando estrepitosamente. Ahora no solo iba a tener que agradecerle a Caleb por su ayuda, sino que también iba a tener que pedirle que posara con ella.

—Sensacional —repitió en voz alta, mientras en su mente seguía y seguía repitiéndoselo sin parar.

Capítulo 3



Caleb todavía no había puesto un pie en el vestuario cuando sus compañeros comenzaron a gritar y a felicitarle por haberle robado la novia al imbécil de Carter Morton.

—Blake eres un tipo afortunado —comentó Foster, dándole un amistoso golpe en la espalda que, de haber sido un tipo menos fornido, lo habría llevado al otro lado de la sala—, Alisha Hayer no solo es preciosa, sino que siempre me ha caído bien.

—¿La conoces? —inquirió Petrov con incredulidad.

—Por supuesto que sí —respondió Foster, muy digno—, he visto todas sus entrevistas y soy fan de su música.

—Y a mí también me cae bien —secundó Jonathan Harris—. Siempre me pregunté por qué una chica tan fantástica salía con un imbécil de la talla de Morton.

—Seguramente porque no tenía ni idea de su grado de imbecilidad —dedujo Novak, uno de los mejores amigos de Caleb en el equipo—. Lo que me recuerda que Carlie está vetada en este vestuario desde este momento. Fue una completa perra con ella.

La mayoría de sus compañeros lo secundaron entre protestas y gruñidos. Había tenido la suerte de contar con esos tipos que le apoyaban en el hielo y en todos y cada uno que los baches con los que se había topado a nivel personal. Era el capitán y como tal, se preocupaba por ellos, era agradable saber que el sentimiento era recíproco.

Bjorn decidió darle el visto bueno a su relación reproduciendo en su móvil *Sin decir adiós*, la

canción que llevó a Alisha a lo más alto de las listas de todo el mundo y que Caleb siempre había creído que hablaba de su historia. Fue su primer gran éxito, después llegaron más, pero esa canción tenía un lugar especial en los corazones de todos sus fans, el de Caleb incluido, aunque por distintas razones.

Siguieron hablando del tema y de lo desagradable que había sido Carlie con Alisha, hasta que el entrenador les llamó la atención para que se dieran prisa en salir al hielo.

Dedicaron la mayor parte del entrenamiento a hacer ejercicios de penalización, lo que no los puso especialmente contentos.

Se despidieron tras las indicaciones del cuerpo técnico de que descansaran antes del partido ya que ese día no había sesión de vídeo.

Caleb iba a regresar al vestuario cuando Bjorn, le señaló las gradas con un gesto hosco de la cabeza.

Lo que menos había esperado fue tener público, pero ni en cien años habría imaginado que Maxwell Hayer estuviera esperándole.

Patinó hasta el banquillo para bajarse de los patines, tomándose su tiempo mientras trataba de asimilar que Max y Lewis querían hablar con él. No era que no hubiera esperado que apareciera en algún momento, simplemente que no imaginó que la haría tan pronto.

Les vio acercarse tanto como pudieron y Caleb saltó por encima de las pantallas para llegar a las gradas.

—¿Cómo habéis entrado? —pregunto curioso.

No era que no quisiera saberlo, después de todo era extraño que los porteros les hubiesen permitido el acceso sin preguntarle a él directamente, era más bien que no sabía cómo afrontar la conversación que estaba a punto de mantener y necesitaba romper el hielo.

—He dicho que era tu cuñado —respondió Max sin titubeos.

—¿Y te ha creído?, ¿así sin más?

—Tu gerente de medios me ha avalado. Al parecer ha hecho una investigación del árbol genealógico de mi familia, para subirlo a vuestras redes sociales ahora que tú y mie hermana sois la pareja de moda.

Lewis disimuló una carcajada y Caleb sonrió, complacido porque su amigo siguiera siendo tan mordaz como siempre.

—De acuerdo.

—Voy a ir directo al grano —declaró Max—, mi hermana no es una conejita^[1]. —Caleb iba a decir algo, pero le detuvo alzando la mano para que le permitiera continuar—. Entiendo por qué lo has hecho y te lo agradezco. Lo único que te estoy diciendo es que no juegues con ella. Esto no va a ser fácil para Alisha, son demasiadas cosas las que le han caído encima de golpe. No lo compliques.

—Tampoco es fácil para mí —se defendió.

—Lo sé, pero Alisha... ella fue la que se llevó la peor parte aquella vez. Si vuelves a hacerle daño te aseguro que de la única manera que podrás volver al hielo será conduciendo un Zamboni^[2].

Caleb se mordió el interior de la mejilla con fuerza.

Puede que hubiese sido él quien tomó la decisión, pero eso no significaba que no hubiese sufrido por ello.

—Estás siendo ridículo, Max —intervino Lewis, con firmeza.

—¿Lo estoy?

—Por supuesto. Nadie en su sano juicio amenaza a un jugador de *hockey* con acabar su carrera

conduciendo un Zamboni —bromeó—, ansioso por terminar con la tensión entre ellos—, es el sueño de todos ellos. Incluso yo he soñado alguna vez con conducir uno.

—Así es —apuntó Caleb.

—Muy bien. Como sea, trátala bien y sobre todo, no le des falsas esperanzas o esta vez te buscaré y te mataré.

—Estoy seguro de que a Paige le encantaría visitarte en la cárcel —se burló.

—Sí, lo que sea.

—Me alegro de verte, Maxi —confesó finalmente, con sinceridad.

Tras su ruptura con Alisha se habían ido distanciando. La universidad, ser fichado por un equipo de la NHL, las jornadas intensas de entrenamiento y los constantes viajes durante la temporada, así como la ruptura de su relación con Alisha había hecho complicado que siguieran siendo tan amigos como lo habían sido siempre.

—Yo también. No hagas que me arrepienta de darte el beneficio de la duda.

—No lo haré.

—Perfecto, pues —trató de suavizar la tensión Lewis—. Dúchate y te esperaremos fuera para que vengas con nosotros a tomarnos un café.

—En realidad he quedado con Alisha para hablar de lo que vamos a hacer.

—Toda mi familia está ahora en su casa. Creo que lo mejor para ti será que te vengas con nosotros y les des tiempo a que lo asimilen.

—De acuerdo —aceptó, había adorado siempre a la familia de Max y Alisha, pero todo estaba demasiado reciente como para tratar de recuperar el tiempo perdido.

Lo bueno de ser una estrella de NHL era que no existían las colas. Daba igual a dónde fuera, Caleb siempre tenía prioridad, desde saltarte una cola en una discoteca, en una cafetería o en una tienda. Ser famoso tenía sus cosas buenas y sus cosas malas, como que todo el mundo se sintiera con derecho a opinar sobre el juego o peor, la vida personal:

—Felicidades por haber conquistado a Alisha Hayer —le dijo el camarero que les sirvió el súper desayuno de campeones que había pedido—. Es mucho mejor partido que Patty Jones.

Nunca había estado en una relación con la modelo, por lo que el comentario no solo estaba fuera de lugar, sino que era incierto. Habían quedado un par de veces, no obstante, su idilio no había ido más allá de un par de apasionadas noches que habían terminado con la misma rapidez con la que se había iniciado.

No estaba interesado en relaciones, y, aunque lo estuviera, Patty no habría sido una opción para ello.

Escuchó el gruñido de Max al comentario del tipo, pero inteligentemente se abstuvo de decir nada.

—¿Te vas a comer toda esa montaña de comida?, ¿sabes cuánto colesterol tienes delante? —se quejó Lewis, seguramente para desviar la atención.

—Lo voy a hacer. Estoy hambriento —se quejó—, apenas he podido comer nada antes del entrenamiento.

—No sé dónde te lo metes.

Arqueó una ceja al tiempo que le miraba con incredulidad.

—De acuerdo, de acuerdo —alzó las manos pidiendo paz—, puedo ver dónde lo quemas.

Asintió mientras se metía un trozo de tocino en la boca.

Mientras engullía, se limitó a escuchar la conversación de sus amigos. Margot y Lewis tenían entradas para todos los partidos en casa, gracias a él, pero su relación con Max había sido tan... superficial durante los últimos años que nunca se le había ocurrido conseguirle pases de

temporada.

—¿Queréis tú y Page venir al partido de esta noche? Así Alisha se sentirá más arropada que con solo Lewis y Margot.

—De acuerdo, pero ¿cómo sabes que mi hermana va a querer ir al partido?

—Vamos a tener que dejarnos ver en público si queremos que la gente compre nuestra relación. Además, me preocupa lo que pueda hacer Morton.

—¿A qué te refieres? —preguntaron Max y Lewis al unísono.

Sonrió antes de responder:

—No creo que vaya a tomarse bien cómo se han dado las cosas.

—¿Crees que dará problemas? —el tono de Max mostraba su preocupación.

—¿Tú no?

—Tienes razón. Es un imbécil —zanjó—. Y sí, me encantará ir al partido esta noche.

—Genial, pero no todo en esta vida es gratis —bromeó.

—¿De qué hablas? Lewis tiene un pase anual —protestó, muy indignado.

—Lewis es mi seguidor más fiel —se burló de Maxwell.

—De acuerdo, déjate de rodeos ¿qué quieres?

Se encogió de hombros como si no fuera nada digno de mención.

—La dirección de tu hermana, ¿qué si no?

Capítulo 4



Todos se habían ido hacía solo unos minutos y Alisha aprovechó para meterse en la ducha y ponerse presentable. No estaba segura de cuándo llegaría Caleb, pero tenía muy claro que no quería que pensara que estaba abatida porque no lo estaba.

Se sentía dolida y traicionada, pero desde que Carter había sido cambiado al equipo de Boston las cosas entre ellos se habían ido distanciando. Hasta el punto de que la propia Alisha se había preguntado si era buena idea seguir con el compromiso. El problema fue que, aunque Carter había pensado lo mismo, no había tenido la delicadeza de hablarlo con ella antes de decidir que quería seguir haciendo su vida.

De cualquier manera, ya no tenía caso pensarlo.

Tras salir de la ducha se secó, se puso una bata y se encaminó a su vestidor para decidir qué ponerse. Pretendía ir mona, pero sin que pareciera que se había arreglado especialmente.

Iba a coger unos vaqueros cuando sonó el timbre de la puerta. Seguía sin vestir, pero tampoco podía dejar a quien fuera esperando hasta que se decidiera, para ese entonces ya se habrían ido, se dijo.

A toda prisa se peinó con los dedos, el cabello todavía húmedo, se cerró bien la bata y fue a la puerta a abrir, no sin antes asegurarse de quién era.

Al ver a Caleb al otro lado de la puerta tomó un par de inspiraciones profundas y abrió.

—¡Oh! Vaya —dijo él, mirándola de arriba abajo.

Alisha se apartó para dejarle entrar.

—Acabo de salir de la ducha. Siento no estar presentable.

—No tienes que disculparte por el recibimiento —bromeó—, estaré encantado de que me abras siempre la puerta vestida así o desnuda así, según se mire.

—Tronchante —dijo con ironía—. Pasa al salón, vuelvo en diez minutos. —Se detuvo en su camino—, si quieres beber o comer algo en la cocina hay galletas de mi abuela y zumos sin azúcar.

—Nunca digo que no a las galletas de tu abuela —apuntó muy serio.

—De acuerdo. Ya vuelvo.

Se encaminó a su cuarto con las rodillas temblorosas. Acababa de abrirle la puerta con solo una bata. Únicamente una bata de seda, fina, sin ropa interior debajo, pensó escandalizándose a sí misma ¿en qué estaba pensando?

Volvió a abrir el armario sacando los vaqueros que había pensado ponerse, una camiseta de manga corta y una sudadera y tras conseguir ropa interior sexy, porque era la que ella siempre usaba, por nada más que eso. Se vistió a toda prisa y se aseguró de perfumarse en los lugares estratégicos.

Ni siquiera se molestó en maquillarse, después de todo ya la había visto con la cara lavada antes y tras calzarse unos calcetines gruesos y peinarse, esta vez con un cepillo, salió de su dormitorio sin pensar en usar zapatos.

Le encontró en la cocina, sentado a la mesa en la que horas antes habían estado sentados los miembros de su familia.

—Están tan ricos como las recordaba —comentó sonriente—, por cierto, te he traído un regalo.

—Lo sé, sus galletas son uno de los mejores placeres de la vida —se rio Alisha mientras abría la bolsa que Caleb había dejado encima de una de las sillas y sacaba una sudadera azul con las rayas blancas y rojas del equipo, con su nombre impreso en la espalda.

—A no ser que seas alérgico a los frutos secos —bromeó Caleb.

—¡Gracias! —levantó el regalo para que supiera qué era lo que le estaba agradeciendo—. Espero que Max no haya sido un imbécil contigo —cambió de tema—, y por supuesto, también espero que mi hermano siga de una pieza.

Se atragantó con una galleta y ella se levantó de donde se había sentado frente a él para conseguirle un zumo de naranja.

Se lo tendió mientras seguía tosiendo y él se lo bebió de un tirón.

—Eso no ha tenido gracia. Jamás le pegaría a Max, aunque reconozco que ha habido veces en las que ganas no me han faltado.

—Lo sé. Lo siento.

—No importa. En cualquier caso, lo verás esta noche en el partido. También he invitado a tu hermano y a Paige.

—El partido.

Lo vio asentir.

—Tienes que ir. Eres mi novia y hay reglas que tenemos que seguir si queremos que esta relación sea creíble.

—De acuerdo. Supongo que las reglas serán para los dos —aventuró ella.

—Por supuesto, de ahí que mi primera regla sea que vengas a mis partidos en casa.

—Muy bien, la mía es que no te acuestes con nadie mientras sigamos con nuestra relación falsa.

—De acuerdo —aceptó demasiado rápido y demasiado fácilmente.

—Hablo en serio, Caleb. No me puedo permitir que te hagan fotografías con otra mujer o peor, que alguna conejita hable. Ya he tenido bastante con Carter.

—Lo sé y lo he dicho en serio. Estoy de acuerdo, pero... eso también se aplica a ti.

—Por supuesto.

—¡Bien! Siguiente regla: citas. Vas a tener que salir conmigo por la ciudad. Tenemos que dejarnos ver y para eso hay que salir.

—Me parece bien siempre y cuando no estés pensando en fiestas hasta bien entrada la madrugada, discotecas y cosas así. No es lo mío.

Caleb negó con la cabeza.

—He dicho que tenemos que dejarnos ver como pareja —se explicó—, saldremos en citas románticas con ir al Rockefeller center a patinar, visitar mercadillos de Navidad, beber sidra caliente... lo que sea que se nos ocurra y nos apetezca.

—No he patinado desde hace... —iba a decir ocho años, pero se lo pensó mejor—, mucho tiempo.

—Lo siento —bromeó él—, pero patinar no es negociable.

Suspiró resignada. Antes había sido buena sobre los patines, después de todo había tenido un buen maestro, pero había pasado demasiado tiempo y no estaba segura de que fuera capaz de hacerlo de nuevo.

—Tengo otra petición para ti —anunció muy seria—, no es una regla en sí, pero agradecería que aceptaras.

—Dime.

—Hay varias revistas que quieren hacernos sesiones de fotos. Algunas para reportajes interiores, pero hay otras que nos quieren en la portada.

—No es un problema. Somos una pareja, haré lo que necesites que haga —concedió muy serio.

Alisha sintió un nudo en el estómago. Por un lado, le abrumaba que estuviera dispuesto a ayudarla en todo lo que necesitara, sin poner trabas ni excusas y por otro se sentía decepcionada de que nada de lo que estaban planeando fuera a ser real.

No quiso ahondar en el pensamiento, demasiado preocupada por descubrir lo que significaba.

—Supongo que voy a tener que darte las claves de acceso a mi casa. No va a ser muy creíble que no las sepas.

—Bien, haré lo mismo por ti.

—Lo que me recuerda, ¿dónde vives?

Caleb carraspeó, incómodo.

—Puede que no lo creas, pero te prometo que es pura casualidad.

—Caleb.

—Dos edificios más allá.

—¿En serio?

—Lo prometo. De hecho, tú también vas a tener que visitar mi casa por si hay prensa fuera.

—¡Está bien! Supongo que eso hará más creíble nuestra relación.

Él asintió, pero no dijo nada al respecto.

Siguieron hablando de sus futuros planes y Alisha se encontró a sí misma sonriendo más de lo que lo había hecho en un tiempo. Inicialmente, pensó que volver a hablar con Caleb sería incómodo. Ese era uno de los motivos por los que había atrasado tanto el momento, si hubiese sabido que iba a ser como si no hubiese pasado el tiempo, quizás hubiese propiciado antes un

encuentro. Después de todo, hacía años que lo había superado y en esos momentos se dio cuenta de que ya ni siquiera había resentimiento en su corazón.

Cuando estuvieron juntos eran unos críos. Habían hecho planes que no se ajustaban a la realidad de sus carreras, al final la burbuja hubiese estallado igualmente, de algún modo la decisión de Caleb lo hizo todo menos difícil, por muy duro que fuera para Alisha en su momento.

—Tenemos que ir más allá —estaba diciendo Caleb—. Cuando llegue a casa buscaré alguna foto vieja nuestra y la subiré a las redes sociales, por si Carter tiene intención de fastidiar. Así siempre podemos decir que cuando rompimos mantuvimos nuestra amistad y que cuando rompiste con Carter la retomamos de nuevo, dándonos cuenta de que nada había cambiado entre nosotros.

—¿Sabes? Con esa imaginación deberías ser el que escribiera mis canciones.

Caleb rio, sus ojos grises brillantes como la plata.

Alisha tuvo que apartar la mirada para conservar la cordura. Seguía siendo tan atractivo como recordaba, quizás más, ahora que estaba más fuerte, más grande y que había añadido tinta a su piel.

Tenía una insana curiosidad por saber a qué correspondían las líneas que abarcaban parte de sus antebrazos, pero no estaba dispuesta a preguntárselo a él.

—Como sea, Morton no es un buen tipo. No me extrañaría si intentara darle la vuelta a la historia y hacerte quedar mal —Y añadió—: después de todo, en el programa de Carlie di a entender que os habíais separado porque él no era del todo honesto.

—Lo sé. Lo recuerdo. ¿Crees que lo haga?

—No lo sé. Tú le conoces mejor.

—Es evidente que no, aunque tienes razón. Yo también subiré alguna foto antigua para cubrirnos las espaldas.

La miró con fijeza, sin parpadear.

—¿Qué sucede?

—Nada. Solo que nunca pensé que las conservarás —dijo, encogiéndose de hombros, pero era evidente en su voz que el que lo hubiera hecho le complacía.

—No soy de esas personas que borran del mapa a su ex cuando se separan.

—No, yo tampoco.

—Y para que lo sepas, te sigo en Instagram desde hace años —anunció con las mejillas sonrosadas.

—Lo sé. Yo también te sigo.

Capítulo 5



Alisha sabía que en las gradas con sus amigos y su familia no era el lugar en el que se esperaba que debiera de estar, sino los aficionados esperarían que viera el partido en alguna zona VIP con las WAGs. No obstante, era el primer juego al que asistía y como tal tenía cierto pase libre al respecto.

No debería de haberse sorprendido de que las localidades que Caleb les había dado fueran tan buenas. Estaban sentados a seis filas del hielo, en la línea azul frente al banquillo local.

Después de tantos años sin ver un partido estaba emocionada. Iba a apoyar al equipo local y lo hacía acompañada de su familia, tenía toda la intención de disfrutarlo. Hubo un tiempo en que realmente le gustaba el *hockey*. Su hermano se había encargado desde que era una cría en que entendiera lo que sucedía en el hielo y de tanto acudir a sus partidos había terminado siendo una auténtica fan del deporte. Por otro lado, se había comprometido con Caleb en ser una buena novia y si para ello debía asistir a los partidos en casa y relacionarse con las esposas y las parejas de sus compañeros de equipo lo haría. Después de todo, él también había tenido que hacer sus propias concesiones, aceptando todo lo que le había lanzado sin protestas.

Se dio cuenta en ese momento de que no le había dicho a Emma que había aceptado salir en las revistas con ella, por lo que tomó nota mental de avisarla antes de que se pusiera intensa con el tema que no se había atrevido a preguntar.

Lo cierto era que cuando se lo comentó no tenía todas consigo de que aceptara. En otro tiempo

nunca hubiese dudado de que la secundaría en todo, pero tras años de no tener trato con él, había sido una sorpresa agradable comprobar que seguía siendo la misma persona en la que podía confiar. De cualquier manera, sus problemas no estaban relacionados con Caleb. Finalmente, Carter había tratado de ponerse en contacto con ella y no solo la había llamado insistentemente, sino que le había enviado mensajes de texto y de voz.

Se negó a escuchar o leer nada de lo que tuviera que decir, pero el que se negara a volver a tener contacto con él no la libraba de lo que este tuviera en mente hacer. Su único consuelo era que jugaba fuera y que estaría al menos una semana en la carretera. En cualquier caso, ya se preocuparía cuando llegara el momento.

—¿Estás bien? —preguntó Margot.

—¿En general o preguntas por algo en concreto?

—No te pases, listilla —la amonestó su amiga.

—Sí, solo tengo mil cosas en la cabeza.

—Es comprensible.

—Sí, bueno... Emma quiere que le pida a Caleb que salga en mi próximo vídeo musical como el protagonista. Ya sabes...

—¡Vaya! Eso sería genial. ¿Te preocupa que diga que no?

Alisha negó con la cabeza.

—Lo que me preocupa es abusar de él. Ya le he pedido que haga conmigo unas sesiones de fotos. No puedo pedirle también que salga en mis vídeos.

—¿No se supone que estás de descanso?

—Estoy en fase de composición, pero Emma quiere explotar nuestra relación todo lo que pueda y un *single* antes del nuevo disco está a la orden del día.

—No va a decir que no —la animó Margot—, estoy segura de que le va a gustar la idea.

—Es posible. En realidad, me preocupa más que diga que sí.

Margot rio, al tiempo que se apartaba un mechón castaño de la cara.

—Sí, supongo que se trata de una canción romántica.

Asintió.

—Y Carter está tratando de ponerse en contacto conmigo —explicó.

—¿Crees que quiere arreglar lo vuestro? —preguntó escandalizada.

—Espero que no. Ya estoy con otra persona, ¿recuerdas?

Margot comprendió lo que quería decir.

—Crees que va a crear problemas. Después de todo él y Caleb se odian y sabe la verdad.

—No lo sé y eso es parte de lo que me preocupa —explicó—, no sé hasta qué punto está dispuesto a arruinar su reputación por despecho.

—No creo que su agente le permita hacer tonterías al respecto. En cualquier caso, mejor no adelantemos acontecimientos y disfrutemos del partido.

—¿Crees que hará que lo mío con Caleb es un montaje?

—No. Y, en cualquier caso, tienes un pasado con él, nadie creería sus palabras. Puede que ni él mismo lo crea.

—¿Qué quieres decir?

—Tal vez el hecho de que Caleb era tu exnovio era lo que le hacía detestarle tan visceralmente.

—A la vista está que yo no le importaba tanto como para eso —dijo con mucha más indiferencia de la esperada dadas las circunstancias.

En ese instante el estadio se puso en pie dando una ovación a la salida del equipo para

calentar. Los jugadores se pusieron a ello y Caleb la saludó con un gesto de la mano al pasar delante de ella, lo que hizo que el público se diera cuenta de su presencia.

Hasta ese momento no había sido nada más que una seguidora con una sudadera del número veintiuno, el capitán del equipo y una gorra de beisbol que ocultaba su cabello rojo.

En seguida la gente comenzó a señalarla y la música del estadio cambió cuando el DJ decidió poner una de sus canciones.

—Deberías saludar —comentó un Max sonriente.

Avergonzada se levantó y saludó a los aficionados que aplaudían. En las pantallas gigantes aparecía ella misma y Caleb en el hielo, que también aplaudía mirando en su dirección.

—¡Dios! Voy a matarte —sentenció mirando a su hermano.

—Te debes a tu público —se rio de ella sin remordimientos.

—Estoy segura de que ahora poca gente dude de que vuestra relación es real —comentó Margot con una sonrisa socarrona—. Por supuesto, tienes que agradecerse a Caleb y al número que ha montado al saludarte.

—Supongo.

—¿Sabes? Creo que realmente está emocionado de verte aquí y con su sudadera, nada menos.

—Me la ha regalado él.

—Lo sé.

Alisha la miró con curiosidad.

—¡Vamos! Os conozco a los dos y sé que él es el de los detalles. No quiero decir que tú no puedas ser detallista, solo que él lo es habitualmente.

—Ok, amiga —dijo con sorna.

Margot sonrió, pero no se retractó de sus palabras.

No hablaron más porque el árbitro pitó el inicio y el interés de todos se volcó en lo que estaba sucediendo en el hielo.

La línea de Caleb funcionó a la perfección y el partido iba en el descanso 2-0, uno de los cuales había sido anotado por su capitán, quien había hecho un gesto a la grada, dedicándoselo.

—¡Vaya! Esto es como en el instituto solo que a gran escala —exclamó Margot encantada.

Paige, que se sentaba al otro lado de Max, se inclinó hacia delante para darle un apretón en la rodilla y una enorme sonrisa.

Alisha se la devolvió emocionada. Sabía que la dedicatoria había sido para que la gente pensara que realmente estaban enamorados, pero eso no evitaba que se le hubiese acelerado el corazón. Igual que se le aceleró, aunque de otro modo, cada vez que algún jugador cargaba contra Caleb.

Su hermano y Lewis fueron a comprar comida y regresaron con un poco de todo: perritos, pizza, hamburguesas... Alisha decidió obviar las galletas que había comido por la mañana y aceptó el perrito que le tendió Max, si iba a portarse mal tenía que hacerlo a lo grande, pensó. Después de todo, estaba de descanso.

—¿Crees que tenga planes para después del partido? —le preguntó Lewis.

—No lo sé. Tú le conoces mejor —respondió.

Este carraspeó.

—Eso no es del todo cierto —protestó.

Fue el turno de Max de intervenir.

—Lewis Sepherd, te agradecería que no hicieses insinuaciones de ese tipo sobre mi hermana —hizo una pausa para aclarar—, al menos mientras esté yo delante. Me resulta... me da grima pensar en ello.

—¡Oh, Dios mío, Max! —se quejó esta.

—No seas inocente, Ali. Se estaba refiriendo precisamente a eso.

—Me ofendes —bromeó Lewis, llevándose la mano al corazón.

—Y una mierda que lo hago. Eres un maldito perverso.

—Chicos, calma —intervino Paige sin poder esconder su sonrisa—. Lo importante aquí es: ¿debemos esperar a Caleb o vamos solos a tomarnos unas cervezas?

—Yo voto por esperar —decidió Alisha—. No olvidéis que estamos aquí porque nos ha conseguido las entradas.

—Sí, pero han ganado. Normalmente lo celebra con sus compañeros cuando lo hace —explicó Lewis, quien al igual que Margot era asiduo a los partidos.

—En ese caso... —trató de recular.

—Le esperamos —zanjó Max sin opción a réplica—. No va a dejar que Ali se marche sin más. Parece mentira que no le conozcáis.

—Tienes razón —concedió Lewis—, supongo que ahora que tiene novia las cosas son diferentes.

Capítulo 6



Caleb no les había pedido a sus amigos que le esperaran y el haber marcado un gol lo había llevado a ser requerido en la rueda de prensa posterior al partido, por lo que cuando todo terminó y salió del vestuario duchado y contento, tras reusar la invitación de sus compañeros de ir a tomar unas copas para celebrar la victoria, lo que menos se esperaba era encontrar a sus amigos en el pasillo de los vestuarios aguardando por él.

Al parecer ser una estrella de la música era tan efectivo como ser una celebridad del deporte.

—¿Cómo habéis entrado? —preguntó acercándose a ellos.

Todos señalaron a Alisha.

—Anunciasteis vuestro noviazgo en *prime time* —se burló Max—, lo raro hubiese sido que no nos dejaran pasar.

—¿Y estáis aquí con algún plan o solo queráis felicitar me por el partido? —preguntó al tiempo que se inclinaba sobre Alisha y depositaba un casto beso en su mejilla.

Ambos se tensaron con el gesto. Había sido algo habitual cuando salían, que ella le esperara tras el partido para ir a celebrarlo y que él le diera un beso como saludo, pero había pasado demasiado tiempo desde entonces y el que el gesto le saliera tan natural lo dejó completamente asombrado.

Si alguno de sus amigos notó lo incómodo de la situación tuvo el buen tino de no decir nada.

—Unas copas en el Mulligan's —ofreció Lewis—, aprovechemos la hora feliz.

—Me parece bien. Pero he de dejar mi equipo en el coche.

—¿Vas a conducir? —preguntó Alisha.

—No. Puedo dejarlo aquí o volver luego a por él y llevarte a casa.

—Si conduces no deberías beber.

Caleb se rio.

—Me gusta que te preocupes por mí —admitió—, pero no soy tan tonto como para beber y conducir.

Ella le ofreció una sonrisa traviesa.

—No me preocupo por ti sino por mí ya que tienes intención de llevarme a casa.

Él se llevó la mano al corazón como si le doliera la pulla.

—Venga, tortolitos —se burló Margot—, si llegamos muy tarde no encontraremos mesa.

—Subestimas el poder de nuestros acompañantes —comentó Max—, déjales ir delante y nos sentaremos en el mejor lugar.

Nadie protestó ante el comentario.

El Mulligan's tenía mesas vacías cuando llegaron, por lo que no hubo ningún problema para sentarse. La camarera los llevó a una zona relativamente discreta, pero fue imposible que un jugador de *hockey* local y una cantante famosa pudieran pasar desapercibidos en muchas partes.

Igualmente, la gente fue muy amable y nadie se acercó a ellos hasta que no les retiraron los platos de comida de delante.

Caleb tenía la excusa de no haber comido nada antes del partido, pero Lewis y Max, que habían aprovechado lo variado del menú de la arena, comieron tanto como él.

El primero en acercarse fue un aficionado del *hockey* que le pidió a Caleb una foto, una vez abierta la veda fueron más los que quisieron immortalizar el momento.

No le molestó. En primer lugar, porque le gustaba charlar con los aficionados, siempre aprendía algo nuevo de comentar las jugadas con ellos, en segundo lugar porque atender a los fans formaba parte de la descripción de su trabajo, y en tercer lugar porque todas las fotos que se había tomado esa noche servían para reforzar su relación con Alisha, quien se había visto arrastrada a la mayoría de ellas.

Caleb estaba cien por cien comprometido a ayudarla. Desde que se separaron había estado buscando una manera de compensarla por el modo en que había terminado con su relación. No era que pensara que ella siguiera sufriendo por ello, su ego no era tan grande, pero sí que lamentaba que su amistad se hubiese roto al mismo tiempo que su romance.

Después de todo, comenzaron siendo amigos. Era la hermana menor de Maxwell, y, aunque este siempre le había advertido que no soñara con salir con ella, él siempre se había sentido interesado por Alisha. Después, Lewis comenzó a salir con su mejor amiga, Margot, y su relación se había ido afianzando hasta que no tuvo más remedio que pedirle permiso a Max para salir con su hermana. En favor de su amigo debía reconocer que no se comportó como un idiota desconfiado, sino que, consciente de que el interés era mutuo, les apoyó sin problemas.

Como fuera, ahora estaba ahí, a unos centímetros de su alcance e iba a ir a por todas. Alisha no se merecía el trato que Carter le había dado. Era una persona leal, amable, divertida y tan preciosa como cuando tenía dieciocho años, quizás más.

—¿Bailas conmigo? —le preguntó, señalando con la cabeza la pequeña pista de baile en la que algunas parejas se balanceaban al ritmo de la música.

—¿Crees que es buena idea?

—Se supone que tienen que vernos —explicó, aunque ese no fuera el motivo por el que la estaba invitando.

—De acuerdo.

—Dame tu móvil —pidió Paige—, os haré fotos y un vídeo.

Alisha asintió, desbloqueándolo antes de tenderlo, sin embargo Caleb lo interceptó.

—Esa no es la foto de fondo de pantalla que deberías tener —comentó, medio molesto.

Ni siquiera se había dado cuenta de que seguía llevando una fotografía suya con Carter. La que se habían hecho el día en que le dio el anillo.

No pudo replicar porque Caleb le dio la vuelta, pegó su cara a la suya y les hizo un selfi.

Trasteó en el teléfono unos segundos antes de pasárselo a Paige.

—Ahora sí —declaró con determinación.

Asiéndola de la mano la llevó hasta la pista de baile donde la pegó a su cuerpo mientras sus brazos la agarraban por la cintura. Alisha se colgó de su cuello y comenzaron a bailar.

La música de Sam Smith, *Stay With Me*, era perfecta para ese tipo de movimientos, por lo que no desentonaron con el resto de los bailarines.

—No hagas planes para mañana por la tarde. Voy a llevarte a una cita —dijo, mientras se mecían juntos en la pista de baile.

—¿Y cómo sabes que no tengo planes ya?

—¿Los tienes?

—No, pero...

Caleb se rio apretándola más contra él.

—No has cambiado nada.

—Tú tampoco. Sigues igual de mandón.

—Merecerá la pena. Voy a llevarte a patinar y a disfrutar de la mejor comida callejera que puedes encontrar en toda la ciudad.

Alisha se rio a carcajadas, atrayendo, todavía más, la atención de la gente que les rodeaba. No obstante, no le importó. Ese había sido el motivo por el que se habían unido, para hacer creer a la gente que estaban juntos y que su prometido no la había engañado con otras mujeres.

—¿No me merezco una cena en un buen restaurante?

—Los buenos restaurantes están sobrevalorados —bromeó—, pero si tanto lo quieres, te prometo que la próxima vez que salgamos te llevaré al mejor.

—Espero que no estés tratando de monopolizar mi escaso tiempo libre —bromeó.

—No te preocupes. Puedo compartirte con tu música y tus amigos.

—¿De veras?

—Por supuesto. Siempre y cuando tú puedas compartirme a mí con el *hockey*.

—¿Solo el *hockey*?

—Nada ni nadie más. Lo prometo —dijo con más seriedad de la que Alisha esperaba. Después de todo, solo eran tonterías.

—Te tomo la palabra —trató de bromear—. Ahora no puedes echarme atrás.

—Nunca.

—¿No es eso mucho tiempo? —siguió con el coqueteo.

—Si es contigo no es más que un suspiro.

Alisha rio.

—Definitivamente voy a tener que contratarte para que escribas una canción conmigo. Lo que me recuerda... ¿Has pensado alguna vez en ser actor?

—¿Cómo dices?

Suspiró resignada a ser directa y soltárselo de una vez.

—Mi agente quiere que seas el protagonista de mi nuevo vídeo musical.

—¿Cuándo? —preguntó sin dejar de bailar, lo que significaba que se lo estaba tomando

bastante bien.

—Supongo que si dices que sí en cuanto pueda organizarlo. Ella es así.

—De acuerdo. Si no coincide con mis partidos ni mis entrenamientos cuenta conmigo.

—¿De veras?

—¿Estás de broma? Voy a ser una estrella de la música —bromeó—, ¿dónde tengo que apuntarme?

La música cambio y la voz de LP y su *Lost on You* comenzó a sonar de fondo, pero ellos siguieron moviéndose despacio.

—Gracias por todo lo que estás haciendo por mí —dijo con emoción en su voz—, siento haber sido una cría y haberte evitado durante tanto tiempo.

—No te disculpes. Fui un egoísta que te hizo daño.

—Mi madre tiene razón, éramos unos críos.

—Eso no justifica lo que hice.

—¿Si tuvieras la oportunidad de nuevo, ¿lo volverías a hacer? —inquirió con la mirada fija en él.

—No. Al menos la parte de dejarte. Sería sincero contigo y lucharía por nuestra relación, incluso en la distancia.

Sin dejar de mecerse Alisha se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla.

—Gracias por decirlo.

—Gracias a ti por perdonarme.

Capítulo 7



Alisha se despertó con el sonido de su teléfono móvil. Palpó a su alrededor en la cama para encontrarlo, se había quedado durmiendo mientras revisaba las redes sociales de Caleb, por lo que no debería de andar muy lejos.

Lo encontró rápidamente y descolgó, sorprendida de que fuera Emma, su representante la que llamaba.

El día anterior habían estado hablando y tratando de organizarlo todo el trabajo pendiente, desde su ruptura se había convertido en la chica de moda a la que todo el mundo quería entrevistar, además, ya le había dicho que Caleb había aceptado todo, las portadas y el videoclip, por lo que le extrañó que volviera a llamar tan pronto.

—Buenos días, Emma.

—Hay nuevas informaciones sobre Carter —soltó a bocajarro.

—¿Perdón?

—¿No has visto nada?

—Estaba durmiendo.

—¿A las diez de la mañana?

—Ayer me acosté tarde.

—De acuerdo —hizo una pausa para tranquilizarse—. Levántate, date una ducha y tómate un café. Estaré allí en media hora. Tenemos que hablar.

—¿Tan malo es?

—Peor.

Preocupada por lo que fuera que Emma quisiera contarle y que no podía decirle por teléfono, se levantó de la cama y sin perder tiempo se metió debajo de la ducha. A pesar del apuro, se permitió unos largos minutos para disfrutar del agua caliente y relajarse. Cuando estuvo a punto de comenzar a arrugarse salió, se secó y se vistió con ropa cómoda. Dejó que el pelo se le secara al aire y se encaminó a la cocina para preparar café. Hizo suficiente para Emma y Rob, ya que estaba segura de que su fiel asistente iba a aparecer, aunque fuera sábado.

Cuando sonó el código de la puerta se felicitó a sí misma por ser tan inteligente y sirvió dos tazas más. Mientras sus invitados entraban, ni siquiera le dio importancia a que aparecieran juntos, las dejó en la mesa y tomó asiento. Esperaba que Robert hubiera pasado por su tienda favorita de *bagels* porque necesitaba comer algo que le alegrara el día.

—Buenos días —saludó este al entrar unos segundos después, con una bolsa rosa que, tal y como esperaba, le alegró el día.

—Buenos días —el tono más serio de Emma debería de haberla preocupado, no obstante, sus pensamientos estaban fijos en lo que contenía la bolsa de papel.

—Buenos días a los dos. Tenéis leche y azúcar ahí mismo —señaló la barra de la cocina.

—Nos he traído *bagels* —anunció Robert.

—Lo sé y te quiero.

—También lo sé —bromeó.

Emma seguía seria, pero tomó asiento y le dio un sorbo a su café, antes siquiera de ponerle azúcar, lo que indicaba que las cosas iban peor de lo que Alisha había esperado.

—Esto está amargo —se quejó.

Robert no dijo nada, pero le tendió el azúcar y la leche. Después buscó tres platos en la despensa y puso un *bagel* en cada uno de ellos. El de Alisha con queso crema, salmón y pepino.

—Dímelo de una vez, antes de que crea que es peor de lo que en realidad es.

—Lo siento, Ali. Eso no va a pasar. Es malo. Mucho.

—¡Emma!

—Hay nuevas fotografías de Carter con otras mujeres —zanjó Robert.

Las dos mujeres le miraron con sorpresa.

Se encogió de hombros.

—No había que dar tantas vueltas —contestó mirando a Emma—, solo había que decírselo.

—Bueno, es malo —concedió Alisha.

—Eso no es todo —siguió contando su representante—, ¿quieres hacer los honores? —le preguntó a Robert con sorna.

Él le hizo un gesto con la mano para que continuara.

—Las fotografías son de este verano. Son explícitas y no cuadran con el tiempo que se supone que lleváis tú y Caleb juntos. Además, hay varias mujeres que han... decidido contar sus historias a la prensa. Esta parte todavía no es de dominio público, pero parece ser que Carlie tiene intención de llevarlas a su programa.

—De acuerdo —respondió.

Su cerebro no daba para más en esos momentos.

—¿Estás bien? —inquirió Robert, mirándola preocupado.

Asintió no muy segura de poder usar su voz.

—Lo siento mucho —se disculpó Emma, como si ella tuviera la culpa de lo que estaba sucediendo. Ser la portadora de las noticias no la convertía en la culpable de las mismas.

—Ha estado llamándome. Por supuesto, no se lo he cogido, pero... he visto que ha borrado

nuestras fotos de sus redes sociales.

—¿Debería hacer lo mismo?

Robert negó antes de hablar:

—No tienes que hacerlo, pero estás en tu derecho. Solo haz lo que te haga feliz —aconsejó.

—Tiene razón —corroboró Emma—. Haz lo que quieras. En cualquier caso, hagas lo que hagas está acabado. Lo que contasteis tú y Caleb podría haberle salvado el culo, pero ahora no tiene ninguna excusa para justificar que es un infiel.

—No le pasará nada. Es un hombre y un deportista de élite. Seguramente sus fans me echen la culpa a mí.

—Tú también tienes fans. Más que él —protestó Robert—. Y estoy seguro de que la prensa se pondrá de tu parte.

—Como Carlie, ¿quieres decir?

—Esa mujer tenía intereses morbosos en la historia —apuntó Emma—, quería mejorar su *share* y te usó para eso. No todos los periodistas son carroñeros como ella.

—Supongo que tienes razón. Igualmente, ¿qué hacemos con Caleb? Tal vez ya no sea necesario que se siga haciéndose pasar por mi novio.

—Por supuesto que es necesario. Si hacéis como que os habéis separado será el segundo hombre que te deja en unos pocos meses —se quejó Emma, preocupada porque Alisha quisiera dejar de fingir una relación con el jugador de *hockey*.

—Tienes un tacto exquisito —se quejó Robert, fulminándola con la mirada—. Ali, cariño, no se trata solo de ti, tampoco sería bueno para Caleb después de anunciar vuestra relación por la televisión que os separéis a los pocos días.

—Supongo.

—¿Qué planes tenéis para hoy? Después de todo, es sábado, el día en que las parejas suelen tener citas.

Caleb tuvo que pedir un coche que le llevara al entrenamiento porque había dejado el suyo en el aparcamiento privado del estadio la noche anterior. Por suerte tenía ropa limpia en su taquilla por lo que esa parte la tenía cubierta.

Desde que se despertó había estado organizando en su cabeza la cita de esa noche. Quería que Alisha lo pasara bien y que se olvidara por unas horas del terremoto que había asolado su vida.

Cuando entró en el vestuario, la mayoría de sus compañeros ya estaban allí perfectamente ataviados con el equipo o a medio vestir.

Saludó como siempre y se acercó hasta su taquilla.

—¿Cómo está? —preguntó Novak, acercándose a él, pero a juzgar por las miradas que algunos de sus compañeros les lanzaban, todos parecían interesados en lo mismo.

—¿Quién?

Ethan Novak le miró como si hubiese dicho algo malo.

—¿No las has visto?

—¿El qué?

No dijo nada, se dio la vuelta para ir a su propia taquilla y regresó unos segundos después con su móvil en la mano.

Se lo tendió sin ambages.

Lo que vio le llenó de ira. Morton era un completo imbécil, siempre lo había sabido, después de todo, se había enfrentado a él en multitud de ocasiones, pero si en algún momento le hubiese quedado la más mínima duda, tenía que rendirse ante lo que estaba viendo.

—Tengo que llamar a Ali.

Bjorn carraspeó a su lado para llamar su atención.

—¿Qué?

—No creo que debas hacerlo.

Unos segundos después se estaba creando un debate en el vestuario entre los que pensaban que Caleb debía llamarla para apoyarla y los que pensaban que la situación era demasiado humillante como para que su novio actual le hablara de ello. Miller, el portero principal, encabezaba la facción a favor de que se lo dijera y Bjorn y Novak le aconsejaban que si quería demostrarle su apoyo se esperara a verla cara a cara.

La aparición de su entrenador quien, cómo no, también tenía algo que decir al respecto inclinó la balanza a favor de que no dijera nada, al menos por teléfono.

Lo mejor que podía hacer era estar cerca físicamente para poder darle un abrazo después.

Caleb se rio internamente, completamente complacido de que a sus compañeros les interesaran tanto los sentimientos de su novia. Había tenido suerte con el equipo, se dijo, sus compañeros eran muy buena gente. Estaban ahí para él como él mismo pensaba estar para Alisha, incondicionalmente. No se merecía menos.

Capítulo 8



Era evidente que Caleb se había enterado de lo de las fotos y las entrevistas, pero había tenido el tacto suficiente como para no mencionarlo, lo que hizo que Alisha se sintiera menos tensa. Era de dominio público que había sido engañada por su prometido, pero que lo supiera el país al completo no se sentía del mismo modo a como lo hacía saber que Caleb estaba al tanto de sus fracasos amorosos.

Tratando de mantenerse entera buscó en su móvil una playlist de Navidad, se arregló con esmero, aunque bien abrigada y se dispuso a esperar a su cita.

Sonrió cuando la primera canción fue *All I want for Christmas is You*. Tenía que tomar nota para el próximo año y escribir ella misma una canción navideña que pudiera opacarla, pensó sonriendo mientras terminaba de vestirse.

Se había puesto los vaqueros que mejor le sentaban junto con un jersey gordito y calentito, botas con poco tacón, un abrigo blanco, bolso, guantes y gorro rojo.

A la mierda pasar desapercibida, se dijo cuando escogió los complementos, ella no tenía nada de lo que avergonzarse, había sido una buena novia y una excelente prometida, le había sido fiel, si había alguien que tenía que temer dar la cara era él no ella.

Se levantó del sofá en el que se había sentado cuando escuchó que subía el ascensor. Consciente de que le había dado a Caleb los códigos de acceso a su casa se preparó para que fuera él.

—Preciosa —dijo en cuanto cruzó el vestíbulo y entró en el salón—, ¿estás lista para patinar?

—La verdad es que no mucho —confesó—, hace años que no me pongo unos patines.

Caleb se llevó la mano al pecho como si su confesión le hubiese herido de muerte.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros y apartó la mirada.

—Patinar siempre fue lo tuyo. Yo... prefería hacer otras cosas.

Ninguno de los dos dijo nada al respecto durante unos segundos. Fue él quien habló primero:

—En ese caso, vamos a recuperar el tiempo perdido. Si no recuerdo mal te encantaba el hielo.

Alisha no dijo nada, pero le siguió de buena gana.

Puede que fuera él quien se ganaba la vida patinando, pero en algo tenía razón, ella lo había disfrutado. El único motivo por el que dejó de hacerlo fue, inicialmente por lo mucho que le recordaba a Caleb y posteriormente, cuando su carrera despegó, porque dejó de tener tiempo para sí misma. Componer, grabar y salir de gira ocupó su día a día. Las entrevistas y los eventos a los que debía asistir monopolizaron cada segundo de su vida y los pequeños placeres como patinar quedaron relegados a ser hermosos memorias que le traían dolorosos recuerdos de lo mucho que había perdido.

Inicialmente habían planeado ir a la pista del Rockefeller Center, pero las colas allí eran interminables y Amanda, su guardaespaldas cuando salía a lugares públicos, no estaba muy convencida de que Caleb fuera suficiente protección si era acosada por hordas de fans, por lo que para acallarla y tranquilizarla se decidieron por la del Wollman Rink en Central Park, donde era mucho más fácil patinar sin tanta aglomeración y pasar un poco más desapercibidos. Después de todo, estaban a cinco semanas de Navidad, la gente se había vuelto loca con las compras y las salidas. Ni siquiera el frío desanimaba a la gente a salir de sus casas, fueran donde fueran iban a encontrarse con una multitud de personas que los vería hacer cosas de pareja, que después de todo, era el motivo por el que habían decidido salir.

Como era de esperar no tuvieron que hacer cola para entrar en la pista. Caleb ya se había ocupado de ello, llamando con anterioridad para avisar que iban a ir, por lo que los organizadores les estaban esperando para hacerles entrar sin esperas.

—Me siento mal por colarme.

—No lo hagas —comentó él mientras se ataba los cordones de los patines—, nuestra presencia aquí es una publicidad impagable para ellos. Estoy seguro de que mañana la gente en lugar de ir a Rockefeller vendrá aquí.

—No somos tan importantes —protestó Alisha.

Caleb se rio de buena gana.

—Me alegra comprobar que eres tan modesta como siempre, pero, cariño, no te equivoques. Lo somos. Tú más que yo.

—Yo no...

Él se inclinó hacia ella en el banco en el que se estaban calzando y la calló con un beso rápido en los labios.

Alisha abrió los ojos por la sorpresa, no tanto por el beso, sino por lo natural que se había sentido que Caleb zanjara la pequeña protesta de ese modo. Después de ocho años sus labios se sentían igual de cálidos y de suaves contra su boca.

—Vamos a tener que ser cariñosos si queremos que esto funcione —dijo él en un susurro.

Inesperadamente, sus palabras fueron como un jarro de agua fría para ella. Sí, sabía que el beso era principalmente para el espectáculo, pero se había sentido real, como si el tiempo se hubiese detenido o como si el lapso de ocho años sin hablar no hubiese durado más que un par de

minutos.

—Lo sé.

—Bien, porque no quiero que pienses que me estoy aprovechando de ti. Sigues siendo la mujer más atractiva e interesante que he conocido nunca, pero jamás abusaría de tu confianza de ese modo. —Había tal seriedad y emoción en su voz que Alisha se sintió apaciguada.

—Lo sé. Te conozco, ¿recuerdas?

Él sonrió y volvió a besarla, en esa ocasión en la mejilla.

—¿Lista para comerte la pista? —bromeó.

—Lista para intentar con caer —confesó, preocupada por haber olvidado como se hacía.

—Eso es imposible. Me tienes a mí de sostén.

Alisha no dijo nada, pero sus palabras la llenaron de calidez. Era ciertamente su sostén, en el sentido más amplio de la palabra.

Cogidos de la mano entraron en la pista y dieron varias vueltas de calentamiento. La gente los miraba y algunos los saludaban con la mano, pero nadie se acercó a ellos ni invadió su espacio personal. Les sacaron fotos y cuando se cansaron de patinar y salieron de la pista, hubo gente que se les acercó para pedirles un selfi. Nadie mencionó ni una sola vez a Carter Morton y Alisha se fue relajando y quizás, en algún momento de la tarde, se olvidó de todo lo que había sucedido en la última semana de su vida.

Después de patinar decidieron dar una vuelta por Columbus Circle para disfrutar de la famosa comida callejera de la que Caleb le había hablado.

Tal y como había sucedido en la pista, los fans y seguidores de ambos fueron respetuosos y les permitieron recorrer el mercadillo de Navidad sin demasiadas interrupciones.

Caleb fue atento y cariñoso en todo momento. Hablaron de sus familias y de todo lo que se les pasó por la mente. Parecía una cita auténtica. Nadie que los viera imaginaría que no lo era.

Él todavía recordaba sus gustos y cosas tan tontas como que Alisha era tan supersticiosa como él y jamás hablaba de sus proyectos antes de que estuvieran listos y preferiblemente grabados.

La tarde pasó sin que se dieran cuenta. Nada de lo que le había preocupado se dio realmente. Estar con él no fue incómodo ni forzado. Era el mismo chico al que conocía desde siempre. El amigo de su hermano que vivía a solo tres calles de la suya. El fanático del *hockey*, el tipo que soñaba con entrar en el salón de la fama, solo que en esos ocho años transcurridos, estaba mucho más cerca de conseguirlo.

—Lo he pasado muy bien esta noche —confesó Alisha, sin poder dejar de sonreír mientras subían en el ascensor hasta su casa.

Caleb se había empeñado en asegurarse de que llegaba bien, por lo que la estaba acompañando hasta su apartamento.

—¿Por qué no vienes a ver nuestro partido contra Boston? No está lejos y puedes ir y volver en el mismo día si tienes algo que hacer al día siguiente —pidió, sorprendiendo a ambos.

Ni él mismo había pensado en ello, no obstante, ahora que lo había dicho estaba encantado con la idea.

—No creo que sea buena idea...

—Olvídate de Carter. Ven porque lo vamos a pasar bien. Porque soy el mejor jugador de la liga y porque quieres animarme —bromeó—. No voy a regresar a Nueva York hasta una semana después de ese partido. Tenemos tres jugos seguidos fuera de casa.

—¿Crees que...?

—No —la cortó—, ven a verme porque quieres, no porque sea lo que los fans esperan de nuestra relación.

—De acuerdo.

—¿En serio?

Ella rio, parecía un niño satisfecho porque se había salido con la suya.

—Sí, hablaré con Margot y Lewis por si quieren venir conmigo.

—Invitaré a Max y a Paige si eso hace que vengas.

—¡Hazlo!, cuantos más seamos mejor lo pasaremos.

—Hubiese sido suficiente contigo, pero me alegra que no vayas a estar sola.

El comentario la dejó sonriendo como una tonta. El ascensor se detuvo en el vestíbulo de su casa.

—Buenas noches, Caleb y gracias por invitarme.

—Buenas noches, Ali y gracias por aceptar —se despidió de ella inclinándose para darle un beso en la mejilla.

La vio alejarse hacia el interior de la casa mientras las puertas del ascensor se cerraban con él en su interior.

Iba a tener que ser prudente porque estaba arriesgando demasiado con cada nuevo instante que pasaba a su lado porque si no lo hacía cuando todo terminara iba a ser él el que resultaría herido.

Capítulo 9



Caleb Blake, el jugador más valioso de la liga estaba nervioso por primera vez desde el último partido de *playoffs* que había disputado para ganar la copa Stanley, y no precisamente por el juego de *hockey* que estaba a punto de comenzar.

Había conseguido que Alisha le acompañara a Boston para ver el partido que disputaba contra su exnovio, y aunque no estaba sola, ya que la acompañaban sus amigos, le preocupaba que los aficionados contrarios le hicieran pasar un mal rato o que el propio Carter hiciera algo fuera de lugar. De hecho, si lo hubiera pensado mejor no le habría pedido que fuera a verle.

Salió al hielo junto con sus compañeros para calentar mientras de fondo sonaba *I Gotta Feeling* de *The Black Eyed Peas*, un clásico que Caleb había escuchado mil veces en la arena, pero que siempre le transmitía buenas sensaciones cada vez que la escuchaba.

Instintivamente miró hacia la zona de las gradas en la que se situaban los seguidores de Nueva York buscando a Alisha entre ellos. Sabía que llevaba la sudadera que él mismo le había regalado, pero entre tanta gente vestida del mismo modo era complicado dar con ella a pesar del cabello rojo que tenían tanto ella como Max, aunque en distintos grados de intensidad.

Siguió buscándola entre la multitud hasta que notó que Novak se paraba a su lado.

—Esta noche me quedaré en la habitación de Sully y Miller para que puedas invitar a tu chica al hotel —ofreció Novak con un guiño—. Vamos a estar fuera una semana. Aprovecha la

oportunidad y despídete como se merece.

Le sorprendió que se lo dijera en ese momento, ya que se habían sentado juntos en el viaje en autobús y no había mencionado nada al respecto.

—¿Y tú? Solo hay dos camas en cada habitación.

—Vamos a pedir un catre para mí. No te preocupes por eso y disfruta.

—Pero...

—Ya he hablado con Sully y con Miller antes de ofrecértelo y están de acuerdo con darme asilo por una noche —bromeó—. No te lo mencioné antes porque no había podido hablar con ellos.

—Está bien, amigo. Gracias.

—No se merecen. Tú harías lo mismo por mí.

—Cierto.

—Ahora vamos a calentar para que podamos darle una paliza a Morton y a sus secuaces —anunció muy serio.

—Seguramente esté decidido a ir a por mí —comentó sin alterarse.

Carter Morton no se caracterizaba precisamente por ser un tipo tranquilo en el hielo. Era un jugador ofensivo que luchaba hasta el final por muy mal que fueran las cosas para su equipo. Si no hubiese sido un idiota, Caleb podría haberle admirado por ello, sin embargo, lo era y lo mal que había tratado a Alisha lo convertían en imposible de redimir a sus ojos.

—Tenemos tu espalda, amigo. No te vamos a dejar desprotegido.

—Lo sé. No me he preocupado por mí ni un solo segundo —confesó—, es solo que Alisha está aquí y no quiero que lo pase mal pensando que ella es la culpable de su actitud.

Novak sonrió complacido y le dio un par de golpes en la espalda antes de patinar hacia la zona del banquillo en que estaba su equipo. Caleb patinó a su lado siguiendo su ritmo.

—Estoy seguro de que tu novia sabe que vuestra rivalidad es anterior a ella. Porque lo es ¿verdad?

Caleb no dijo nada, pero su amigo le conocía lo bastante bien como para leer sus expresiones.

Se rio descaradamente en su cara.

—¡Joder! ¡Es verdad! Comenzaste a odiarlo cuando se supo que estaba saliendo con Alisha Mayer.

—Eso no es...

—No mientas. Antes de ella solo erais rivales en el hielo, después de ella comenzaste a odiarlo visceralmente también fuera de él.

—Es un imbécil —se excusó.

—Lo es y tú un celoso. ¿Qué pasa? ¿Nunca superaste tu ruptura?

Caleb le lanzó una mirada que podría haberle derribado si estas tuvieran esa facultad.

—Vamos a calentar —dijo Novak, tratando de no reír—, tenemos que calentar si vamos a patearle el culo a Morton.

—¡Está bien! Hagámoslo.

Durante los siguientes diez minutos Caleb se olvidó de Carter hasta que se dio cuenta de que todo su equipo había salido a calentar menos él. Sintió un fuerte cosquilleo en la nuca, como un presentimiento. Preocupado por lo que pudiera significar que no estuviera en el hielo dirigió su mirada a la grada, donde todavía no había logrado encontrar a Alisha, sin embargo, el enorme personal de seguridad que se paseaba por las gradas llamó su atención. Le siguió con la mirada, curioso y perspicaz por hacia dónde se dirigía y lo vio detenerse tras el grupo en el que estaban sus amigos.

El tipo se inclinó sobre Alisha, que llevaba un gorro oscuro que le había impedido distinguir su cabello, y le habló. Vio a Max levantarse en plan protector, pero ella negó con la cabeza y le hizo sentarse de nuevo. Paige y Margot fueron las siguientes en ponerse de pie y Caleb vio a las tres marchar detrás del tipo de seguridad, sin saber a dónde las llevaba o por qué.

El nerviosismo y la preocupación le nubló la mente. Debió de hacer algún gesto porque un segundo después estaba rodeado de compañeros que le preguntaban qué sucedía.

Al mirarlos se dio cuenta de que él no había sido el único en ver cómo Alisha era requerida por la seguridad del estadio.

—Necesito hablar con el entrenador —dijo, patinando hasta él.

No estaba muy seguro de qué decir o hacer. El partido comenzaría en menos de quince minutos, por lo que debería de estar concentrado en él, pero el hecho de que Alisha estuviera pasando un mal rato le impedía ser funcional.

—Blake —saludó el entrenador cuando se detuvo frente a él.

—Yo... —se quedó en silencio sin tener muy claro qué decirle.

Afortunadamente no fue necesario que defendiera su caso. El entrenador Clark era demasiado inteligente como para que se le escapara nada.

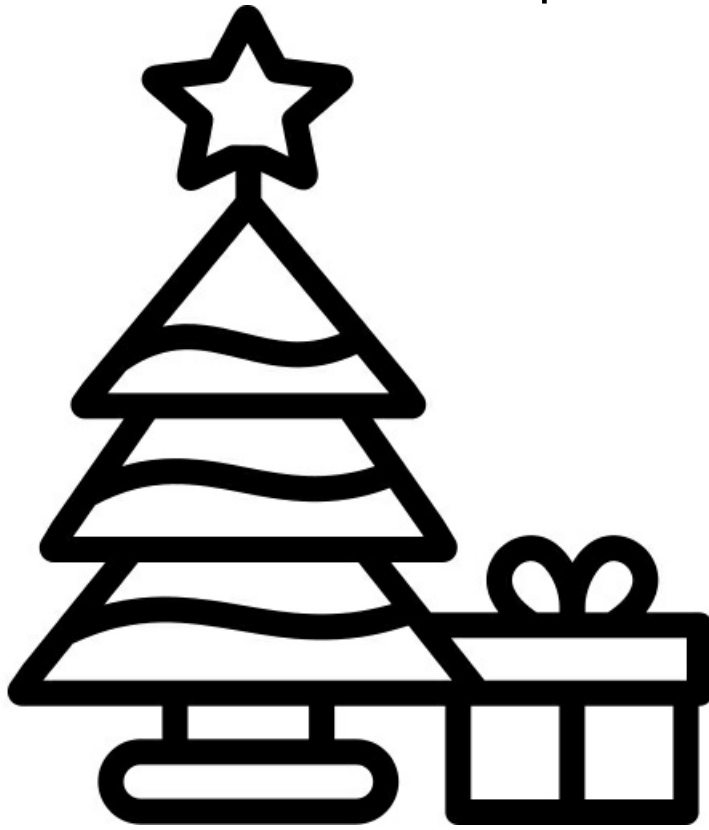
—Diez minutos y nada de peleas fuera del hielo —avisó muy serio—. Lo que quieras hacerle saber puede esperar al inicio del partido.

—Lo prometo, entrenador.

—¡Ve! O no tendrás la cabeza donde debe estar.

No esperó a que se lo volviera a decir, salió disparado del hielo. Apenas se detuvo para quitarse los patines y salió a toda prisa en busca de su novia.

Capítulo 10



Lo que menos había esperado Alisha cuando aceptó ir ver el partido de Caleb en Boston fue que sería requerida por alguien de seguridad de la arena. Un tipo enorme con los típicos auriculares de las películas de espías en los oídos se acercó a ella para pedirle que por favor le acompañara.

Max se levantó como un resorte, pero el tipo le aclaró que no sucedía nada, que Carter Morton quería hablar con la señorita Hayer antes del partido.

—Te acompaño —anunció su hermano.

—No. Iré sola y acabaré con esto de una vez por todas.

—Ali.

—Estoy segura de que llamaremos menos la atención si acompaño al caballero yo sola.

—Yo te acompañaré —se ofreció Paige—, parecerá que vamos juntas al baño. No llegaré a donde esté Carter, pero será mejor si vamos y volvemos juntas.

—Iremos las tres, así será más discreto —anunció Margot, levantándose.

—¿Hay algún lugar donde mis amigas puedan esperarme? —le preguntó al tipo de seguridad.

—Por supuesto, señorita.

Las tres lo siguieron mientras rodeaban el estadio y cruzaban una puerta franqueada por guardas.

Siguieron por el pasillo que llevaba a los vestuarios y finalmente el hombre abrió una puerta a una sala, que parecía la que se veía en la televisión cuando los jugadores y el cuerpo técnico eran

entrevistados por la prensa.

—Por favor, ustedes esperen aquí. La señorita Mayer estará en la habitación contigua, pueden estar tranquilas.

Aunque Paige asintió, Margot no estaba del todo convencida.

Alisha habría jurado que el tipo esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Porque no se queda en la puerta mientras yo la acompaño a donde la espera el señor Morton? —ofreció—, así verá que no le miento.

—Eso me parece mejor.

Asintiendo, le hizo un gesto a Alisha para que le siguiera y tal y como había dicho, abrió la puerta contigua, una pequeña sala en la que Carter Morton la esperaba vestido con la equipación completa de *hockey*, sin el casco ni los patines.

—Ali. Gracias por venir —saludó, acercándose a ella.

Se apartó cuando se dio cuenta de que pretendía abrazarla.

—Por favor, dime qué quieres para que pueda regresar con mis amigos. Mi hermano está aquí y no va a permitir que tarde mucho.

—Yo... no sé por dónde empezar.

—¿Qué tal por el principio?

—Lo siento mucho, Alisha.

—¿Por qué me pediste matrimonio si estabas engañándome? ¿Pretendías seguir haciéndolo después de que nos casáramos? ¿O tenías previsto romper el compromiso en algún momento?

—No, no. Yo...

—Lo mínimo que me merezco es la verdad. No va a cambiar nada de lo que ha pasado, pero al menos sabré porqué.

—Me arrepiento de todo y lo siento. Ni siquiera me comprendo a mí mismo.

Alisha esperó que respondiera a alguna de sus preguntas, pero él se limitó a lamentarse, como si fuera la víctima y tras unos segundos de no sacar nada del encuentro, estaba lista para marcharse.

—Voy a regresar, ya te has disculpado y no parece que tengas intención de hacer nada más. Solo te pido que dejes de llamarme y de mandarme mensajes. —Se encogió de hombros—, supongo que este puede ser el cierre que necesitábamos.

—Pero tenemos que hablar. —Se pasó las manos por el cabello despeinándolo. Parecía nervioso y tan incómodo como ella—. Mira, lo siento mucho. Todo lo que te he hecho, pero mi agente quiere que nos dejemos ver como amigos.

—¿Disculpa?

—Dice que si lo hacemos nos vendrá bien a ambos. Nos hará quedar mejor de cara a todo lo que está saliendo.

—No puedo creer que tengas la desfachatez de pedirme algo así —acusó, completamente asombrada por su descaro.

—Es una exigencia, Alisha, y no es solo de mi agente. Mi entrenador, el dueño del club... todo el mundo quiere que limpie mi imagen y parecen creer que mi relación contigo es la clave.

—No voy a ayudarte en nada, Carter. Deberías haber pensado en tu reputación cuando te dedicaste a engañarme con toda mujer que se cruzó en tu camino.

—Lo siento. Mucho. Nunca sabrás cuánto me arrepiento.

—Has dicho como un millón de veces que lo sientes, pero es evidente que no lo haces o no me estarías pidiendo lo que me estás pidiendo. —Hizo una pausa antes de seguir, como si necesitara asimilar lo que acababa de suceder—. He venido hasta aquí para escuchar lo que fuera que

quisieras decir, para que me explicaras porqué decidiste que era buena idea engañarme y pedirme matrimonio y no lo has hecho. Ni siquiera has intentado apaciguarme, solo has tenido la desfachatez de mirarme a los ojos y pedirme que haga algo por ti. —Negó con la cabeza—. Es evidente que tú y yo no tenemos nada más que hablar.

—¿Puedo ir a tu habitación de hotel esta noche y hablar tranquilamente de lo que ha pasado y lo que debemos hacer? —pidió, muy serio.

—Eso no será posible —dijo una voz detrás de ellos—, Alisha se queda conmigo esta noche y los jugadores rivales no son bienvenidos en nuestro hotel.

Carter la miró como si le hubiera traicionado, pero se recompuso con rapidez.

—Alisha —dijo en un tono suplicante—. De verdad que tenemos que hablar. Necesito que me ayudes. Sé que no me lo merezco, pero igualmente te necesito.

—Ahora soy yo quien lo siente, Carter, porque a estas alturas lo que tú necesites no puede importarme menos. —Hizo una respiración profunda como si tratara de calmarse—, soluciona tus problemas por ti mismo como hacemos todos. Sinceramente te deseo mucha suerte en la vida.

—No puedes dejarme así.

—Tú ya no eres mi problema. Me has convertido en el hazmerreír del momento, asume tus errores y búscalas solución. Como te he dicho no estoy interesada en implicarme contigo nunca más.

—Yo no quería que esto pasara.

—Pues para no quererlo has estado entretenido. De cualquier manera, ha pasado y no se puede borrar. Te haré llegar el anillo de compromiso —expuso mortalmente seria.

—No, quédatelo. Lo compré para ti.

—Si me lo quedo lo venderé y daré lo que saque de él a la beneficencia —explicó decidida. Después de todo, estaba segura de que Margot todavía no se había deshecho de él.

—Haz lo que quieras con él, como he dicho es tuyo.

Alisha asintió y se dio la vuelta para marcharse.

—Te acompañaré a tu sitio —se ofreció Caleb.

—No, tienes que salir al hielo y las chicas están esperándome en la habitación contigua.

Saber que tenía a sus amigas cerca tranquilizó un poco a Caleb.

—Deja al menos que te acompañe hasta ellas.

—De acuerdo.

Carter no se movió de donde estaba, viendo cómo se alejaban de él y sintiéndose el hombre más idiota del mundo.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien. No tenías que dejar el hielo para protegerme —comentó Alisha una vez fuera de la habitación donde estaba Carter—. Quizás un poco cabreada por lo que me ha pedido. Se comporta como si las cosas no fueran con él. Ni siquiera ha tenido en cuenta mis sentimientos —se quejó, visiblemente molesta—. De cualquier manera esto me ha ratificado que terminar nuestra relación ha sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

—¿Qué quería? ¿Qué volvieras con él?

Alisha negó con la cabeza.

—Que fingiera que éramos amigos y que nuestra relación había terminado en buenos términos.

—Maldito. Voy a matarlo.

Ella sonrió, agradecida porque se indignara en su nombre.

—No lo hagas. Estoy bien, mejor que bien. Me siento liberada.

—Lo sé, pero yo no. No puedo creer que se haya atrevido a pedírtelo —se quejó. Entendía que su situación no era muy buena, pero ¿cómo podía atreverse a pedirle ayuda a la misma mujer a la que había engañado después de haberle pedido matrimonio?, ¿acaso no tenía vergüenza?

—Me alegro de tenerte en mi esquina. Ahora ve y gana. Patéale el culo por ti y por mí —le pidió con una sonrisa traviesa.

—De acuerdo, pero hay algo que... mis compañeros de equipo lo han organizado todo para que pases la noche en la habitación de hotel del equipo conmigo.

—¡Oh! Supongo que ha sido un detalle de su parte.

—Siento haberte metido en este lío.

—No te preocupes. No será la primera vez que durmamos juntos sin que suceda nada. Además —se encogió de hombros—, ahora mismo no hay ningún otro hombre en el que confíe tanto como en ti.

—¿De veras?

—Sí. Eres un buen amigo y una mejor persona. Gracias por salir a la palestra solo para ayudarme.

—Cuando sea que me necesites.

Alisha sonrió y se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—Suerte. Ahora vuelve al hielo —dijo y abrió la puerta en la que estaban Paige y Margot para encontrarlas pegadas a esta.

—Par de cotillas —se rio viéndolas enrojecer, tras haber sido pilladas *in fraganti*.

A pesar de lo interesante que estaba el partido Alisha apenas se enteró de nada, demasiado preocupada al haberse enterado de que debía pasar la noche con Caleb. Ni siquiera le dedicó un solo pensamiento a Carter y a lo absurdo de su petición. Ni siquiera se detuvo a valorar el hecho de que su encuentro cara a cara con él la hubiese dejado totalmente indiferente. Sí, estaba dolida, pero se trataba más de amor propio que de un amor pisoteado. Su relación con él hacía tiempo que había comenzado a ser una costumbre, pero, aun así, ella sí que se había mantenido fiel a su palabra.

Como fuera, su mente estaba llena de Caleb y de lo que significaba pasar una noche a su lado.

Iba a ser imposible que pudiera llegar al hotel del equipo sin que la prensa se enterara. Del mismo modo, nadie iba a creer que hubiera reservado su propia habitación en el hotel en que se quedaba su novio, cuando sus compañeros de viaje habían reservado habitaciones en uno distinto, el mismo en el que se suponía que ella misma iba a pasar la noche.

Por no hablar de sus propios sentimientos por Caleb, de algún modo cuando se marchó fue como si hubiera entrado en remisión y esta hubiese durado los últimos ocho años, y todo lo que siempre sintió por él salió a la superficie cuando le vio aparecer en el plató de Carlie como el héroe romántico que necesitaba para salir de la situación en que la que se había visto envuelta.

Aplaudió como todos en los momentos correctos, y sonrió cuando se suponía que debía hacerlo, mostrándose amable y cercana con los seguidores del equipo de Caleb que se acercaron a ella para hacerse fotografías, pero la misma idea rebotaba en su cabeza una y otra vez: ¿cómo iba a sobrevivir cuando todo volviera a la normalidad? Cuando ya no fuera necesario que siguieran fingiendo que eran pareja... Si ya era complicado con las cosas como estaban, ¿no se haría más difícil si ampliaban su grado de intimidad?

—¿Has visto? —preguntó Margot con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿El qué?

Su amiga la miró con suspicacia.

—¿Va todo bien?

—Sí. ¿Qué debería haber visto?

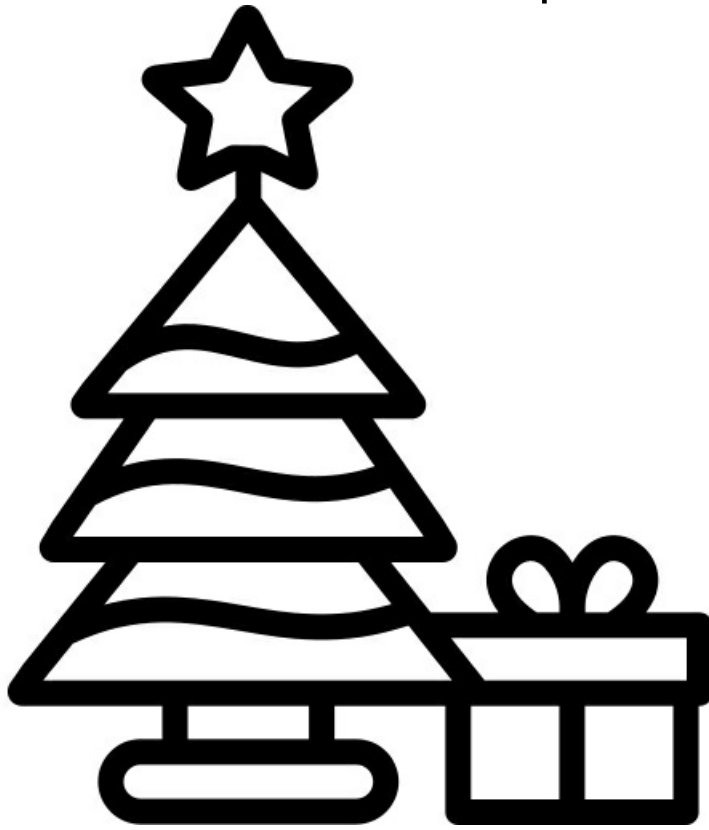
—Caleb te ha dedicado el gol.

—¡Oh! Genial.

Debería rectificar, se dijo, Caleb estaba siendo encantador con ella, un completo cabellarlo, atento y cariñoso y en esos momentos lo único en lo que podía pensar era en qué iba a hacer cuando su relación falsa terminara.

Le estaba resultando muy fácil estar con él, demasiado. Tanto que corría el riesgo de terminar creyéndoselo y si lo hacía no podría echarle la culpa a nadie más que a sí misma.

Capítulo 11



El equipo estaba encantado con la victoria 2-4 contra Boston, pero si había alguien que realmente lo celebraba ese era Caleb Blake. No solo habían ganado el partido, sino que había derrotado a Carter Morton dentro y fuera del hielo.

En cuanto advinó las intenciones de este se volvió loco de preocupación. No porque creyera que Alisha estuviera dispuesta a perdonarle, sino por temor a que le hiciera pasar un mal rato. Había sido cuestión de suerte que los encontrara tan fácilmente y que nadie de la seguridad del estadio le hubiese impedido moverse con libertad por él.

Comenzó a relajarse en cuanto Alisha se quedó con Paige y Margot, de modo que regresó al hielo y dio todo de sí mismo. Por el equipo, por la confianza que el entrenador había depositado en él al dejar que se marchara en medio del calentamiento y por ella, que le había pedido que ganara.

Por todo ello, la victoria se sintió grande. Incluso marcó y pudo dedicárselo a Alisha.

—¿Estás listo para esta noche? —preguntó Miller en el vestuario con una sonrisita de suficiencia.

—Parecéis más emocionados que yo —bromeó.

—¿Estás de broma? Polly y los niños me van a adorar cuando les cuente cómo te he ayudado con Alisha Mayer.

Arqueó una ceja con curiosidad. No tenía ni idea de que la esposa y los hijos de su compañero

fuera fan de su novia.

—Polly quiere conocerla —confesó—, me ha pedido que te vigile para que no la cagues hasta que lo haga —bromeó riendo.

—Y yo que creía que era uno de los favoritos de tu mujer —se quejó.

—Lo eres, pero tu novia le gusta más que tú.

A sus bromas se le unieron algunos compañeros más. La adrenalina de la victoria y las bromas hicieron que Caleb se olvidara, temporalmente, de que iba a tener que compartir dormitorio con Alisha.

En cuanto estuvo duchado y listo le mandó un mensaje para avisarla de que el autobús iba a llevarlos al hotel.

Contestó un par de minutos después diciéndole que Max se había empeñado en llevarla.

Sonrió a su teléfono.

Había echado de menos a su amigo. Los últimos años lo había visto muy poco y siempre con el sentimiento de culpa latiendo entre ellos.

La decisión que había tomado al cambiar de universidad en el último minuto había afectado a más personas de lo que había imaginado cuando tomó la decisión. No solo se había separado de Alisha, también lo había hecho de Max, de Lewis, de Margot... e incluso de su propia familia.

Las primeras semanas habían sido duras y no solo por los entrenamientos. Se sentía solo y miserable. De no haber sido por el *hockey* no estaba seguro de que lo hubiese conseguido.

—¿Nervioso? —inquirió Novak, sentado a su lado en el autobús.

—No.

—Lo pareces.

—Me ofende que lo pienses siquiera —comentó, fingiéndose indignado—. Estuve saliendo con Alisha dos años antes de que nos separáramos.

—Nunca me has dicho que pasó.

—La universidad —se encogió de hombros—, estábamos lejos y yo tenía que enfocarme en ganar la *Frozen Four* ^[3] para poder llegar a la NHL. Mantener una relación a distancia era inviable.

—Supongo que estáis destinados a estar juntos si os habéis vuelto a encontrar.

Caleb le miró con los ojos abiertos por la sorpresa.

—¿Qué?

—No me esperaba ese tipo de comentario viniendo de ti.

—¿No puedo creer en el amor por ser un fantástico jugador de *hockey*? —bromeó.

—¿Fantástico?

—¿Tienes algo que decir al respecto?

—Nada. Fantástico —hizo el gesto de cerrarse la boca con una cremallera.

—Eso creía.

Cuando el autobús se detuvo frente al hotel Caleb se encontró con que había prensa en la puerta, pero como no era infrecuente no le dio importancia. Hasta que al encaminarse hacia los ascensores vio que había cierto movimiento en el bar.

Sus compañeros parecían alborotados por algo y la prensa también. Se acercó por instinto y se encontró con Alisha y con Max charlando y haciéndose selfis con sus compañeros mientras la prensa les fotografiaba a ellos. Sin embargo, eso no fue nada comparado con el hecho de que su entrenador estuviera entre ellos, riendo y pidiéndole a su novia que se hiciera un selfi con él para enseñárselo a su esposa.

Se suponía que se iba a colar en su hotel, no que le fueran a dar la bienvenida, pensó Caleb.

Max fue el primero en darse cuenta de su llegada. Se notaba que no estaba muy convencido de que su hermana se quedara con él, pero por otro lado, también estaba al tanto de lo que estaban tratando de hacer.

Se acercó a él y Caleb supo lo que iba a suceder a continuación.

—Cuidala bien —le pidió clavando sus ojos verdes, del mismo tono esmeralda que los de su hermana, en él.

—¿Sin amenazas?

—No las necesitas. Si le haces daño vas a sufrir tanto o más que ella, Blake. No te engañes a ti mismo con que será diferente.

Había suficiencia en su tono, pero tenía derecho a ello porque lo había leído como nadie más lo había hecho nunca.

Regresó para decirle algo a Alisha al oído y tras despedirse de sus compañeros de equipo que todavía estaban allí, se marchó.

Caleb se acercó a ella y tomó su maleta de fin de semana.

—Yo puedo...

—Puedo llevar las dos —protestó impidiéndole que ella cargara la suya a pesar de que solo había que empujarla para que se moviera—, vamos. Ya tengo la llave de la habitación.

—De acuerdo.

—¿Has cenado? —preguntó mientras se dirigían a los ascensores.

—Lo cierto es que no.

—Yo tampoco. Así que voy a pagar mi deuda y a llevarte a un restaurante de verdad —dijo con una sonrisa.

—Sueno perfecto. Estoy hambrienta y estoy segura de que después de todo el ejercicio que has hecho hoy tú también lo estás.

—Podría comer —aceptó sin comprometerse.

Alisha se rio de buena gana, atrapando la atención de la prensa gráfica que seguía en el vestíbulo del hotel y de algunos huéspedes.

—De todas las personas que conozco eres la que tiene un apetito más insaciable —comentó.

—Es bueno saberlo —respondió coqueto.

—¡Caleb! Hablaba de comida —dijo con las mejillas enrojecidas.

—Yo también —se defendió al tiempo que se cerraban las puertas del ascensor y pulsaba el botón de la novena planta.

Ninguno de los dos dijo nada hasta que bajaron en la planta donde se encontraba su habitación.

Caleb le hizo un gesto para que ella bajara primero y después lo hizo él con una maleta en cada mano.

—A la izquierda —indicó al mirar los números de las habitaciones.

Una vez en la puerta, pasó la tarjeta por el lector y esta se abrió. Tras colocarla en la ranura de la luz se toparon con que no les había correspondido una de las habitaciones a las que Caleb estaba acostumbrado.

—Lo siento, Ali. No lo sabía —se excusó sin saber qué decir—. Estoy seguro de que esto es cosa de mis compañeros —confesó—, lo que no entiendo es cómo han conseguido que el entrenador estuviera de acuerdo.

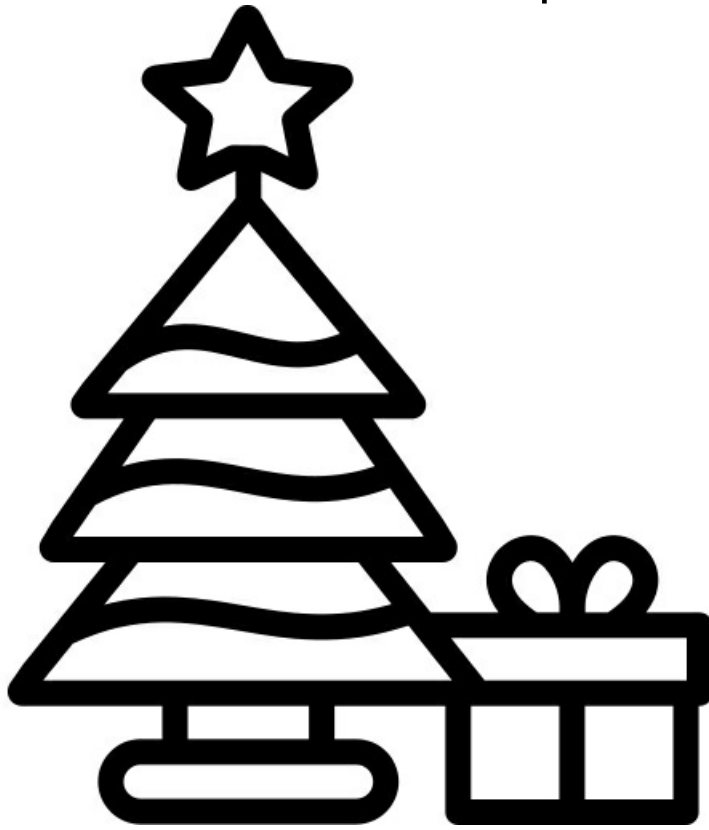
—No te preocupes. No pasa nada —dijo ella en un tono bajo, casi un susurro.

—¡Chismosos metomentodos! —musitó entre dientes.

¿Cómo habían hecho sus compañeros de equipo para que en lugar de las dos camas habituales

solo hubiera una de tamaño *king*? En esos instantes se debatía entre agradecerles el gesto o matarles por el lío en que lo habían metido.

Capítulo 12



Alisha se esforzó por alejar su mente de lo que iba a suceder cuando terminara la cena y regresaran a su habitación de hotel. Compartir la cama con Caleb iba a ser difícil si se permitía pensarlo, por lo que trató de ocupar su mente en otros pensamientos menos intensos.

Su relación con Caleb estaba llena de primeras veces: su primer amor, su primer novio y el primer chico con el que había estado. Igualmente, también fue con el que más había abierto, en el que más había confiado y el que mejor la había hecho sentir, por lo que meterse en la cama con él y no recordar su pasado juntos iba a ser una complicación. Además, de una completa tortura si ya desde la distancia el aroma de su perfume la estaba volviendo loca, qué no le haría al sentir también la calidez de su cuerpo.

Por otro lado, más allá de lo físico se alineaban todos los sentimientos que había estado reprimiendo y que habían vuelto a ella con más fuerza si eso era posible. Caleb ya no era un niño, ahora era un hombre que se estaba arriesgando al protegerla. Si de algún modo se enteraban de que su relación no era real, saldría tan perjudicado como ella misma.

—¿Va todo bien?

—Sí, por supuesto.

—¿Estás segura? Parece que vayas a desmayarte en cualquier momento —comentó él.

—Es solo hambre.

—Ya casi hemos llegado —anunció él mirando por la ventanilla del coche que los llevaba al

restaurante escogido para cenar.

—¿Nos han seguido? —inquirió Alisha.

La prensa les había sacado fotografías al salir del hotel, pero no estaba segura de si les habían seguido o se habían conformado con lo que tenían.

—Posiblemente, pero no tienes que preocuparte por nada —la tranquilizó asiendo su mano—, no soy Amanda, pero puedo protegerte. —Bromeó.

Alisha rio, tranquilizada con el gesto.

—No lo dudo.

—Me alegra ver tu confianza en mis capacidades.

Ella se sonrojó con el comentario, pero si Caleb se dio cuenta lo dejó pasar y no dijo nada.

Siguieron hablando sobre el restaurante en el que iban a cenar.

Caleb debía de haber hecho reservas porque les recibieron en la puerta y los llevaron a la mejor mesa del local. Era la más discreta. La mayoría eran mesas para cuatro o más comensales, por lo que tenía sentido que las habilitadas para las parejas fueran más reservadas.

El restaurante tenía un aspecto muy ecléctico, con la moqueta vintage, los muebles negros con forros rojos, los techos industriales y los grandes relojes en una de las paredes, marcando la hora en distintas ciudades del país.

La comida se especializaba en langosta, como era de esperar dado donde estaban y en carnes rojas.

Decidida a probar las especialidades de la ciudad, Alisha se decantó por la sopa de almejas y de segundo eligió los rollos de langosta. Caleb, como siempre, pidió un poco de todo, de modo que cuando toda la comida fue servida les faltaba espacio para acomodarla.

—No puedo creer que comas tanto y tengas ese cuerpo —se quejó Alisha.

—¿Tienes algo malo que decir de mi cuerpo?

—Claro que no, por eso me quejo. Es injusto que te veas tan increíble con lo que comes.

—Caleb se pavoneó con una sonrisa orgullosa.

—Increíble. Me gusta que pienses que lo soy.

—Ya sabes lo que quiero decir —se excusó avergonzada por su arrebato.

—No te avergüences eres mi novia, es tu deber creer que soy increíble —sonrió—. En cualquier caso, hago ejercicio todos los días, por supuesto que puedo comer lo que quiera. —Se encogió de hombros—, lo quemo todo rápido de ahí que siempre tenga hambre.

—Supongo que quemas tanto como consumes.

—¿Qué quería Carter esta noche? No puedo creer que solo quisiera que le ayudaras con su situación —inquirió cambiando de tema, como si llevara con la idea en mente desde que se separaron antes del partido.

—Te aseguro que era eso precisamente lo que buscaba de mí —sentenció, muy seria—, estoy segura de que se disculpó solo para ablandarme.

—Me alegro de que ya no estés con él. No te ha merecido nunca.

—Lo sé. Supongo que debería haberme dado cuenta antes, pero...

—No es culpa tuya. Jamás te mostró su verdadera cara.

Alisha asintió, pero no pudo evitar sentirse tonta por haber alargado las cosas con él cuando era evidente que ya no funcionaban.

—Lo peor de todo es que yo misma tenía dudas sobre nuestra relación —confesó.

—¿Por la distancia?

—No, las cosas ya se habían enfriado antes de que fuera traspasado. Supongo que no dije nada porque apenas nos veíamos.

—Que las cosas no os fueran bien no justifica lo que te ha hecho —insistió, preocupado porque ella sintiera que, de alguna manera, era culpa suya.

—Lo sé. ¿Y qué hay de ti? ¿Has tenido alguna novia formal de la que la prensa no haya informado?

—Ninguna. Ni formal o informal. Solo tú.

Ella le miró con suspicacia.

—No trates de hacerme creer que has sido célibe porque he leído sobre tus aventuras con Patty Jones —protestó.

Él asintió con vehemencia.

—Y eran exactamente solo eso: aventuras. Además, Patty no es el tipo de chica con el que saldría.

—¿Por qué? —preguntó con curiosidad, la modelo era guapísima.

—Estoy seguro de que solo le interesaba porque soy famoso.

—Eso no es agradable ni para ti mismo ni para ella —lo amonestó.

—Es la verdad. Solo quería que saliéramos donde hubiera gente famosa y prensa y esperaba que le presentara a todo el mundo que conocía.

Alisha no sabía qué decir al respecto, por lo que se quedó en silencio y se llevó una cucharada de sopa a la boca.

—Como digo si tuviera interés en tener pareja buscaría a alguien a quien le gustara pasar largas tardes en casa conmigo. Viajo mucho y cuando por fin tengo días libres me gusta pasarlos en casa comiendo y viendo películas.

—¿No quieres una relación estable?

—Supongo que sí que la quiero, pero con la persona correcta.

La intensidad con la que la estaba mirando hizo que le recorriera un escalofrío por la espina dorsal. ¿Estaba tratando de decirle algo sin usar las palabras o era su imaginación la que le estaba jugando una mala pasada?

—Espero que la encuentres.

—¿Quién dice que no la haya encontrado ya? —la retó con la mirada fija en sus ojos verdes.

—¿Lo has hecho?

Caleb le ofreció una sonrisa traviesa.

—Es posible.

—Supongo que no vas a decírmelo.

—Chica lista.

—Pero... nuestro noviazgo es *vox populi*, ¿estoy estropeando cualquier oportunidad que tengas con ella?

Caleb la miró y abrió la boca, como si fuera a decir algo, pero en el último momento la cerró y guardó silencio, limitándose a negar con la cabeza.

Siguieron comiendo y hablando de todo, aunque no retomaron el tema de las parejas. Caleb parecía reacio a compartir con ella esa parte y Alisha estaba tan celosa que ni siquiera quería escucharle hablar de nadie.

Por lo que recurrieron a temas más inofensivos, cualquiera que los viera desde fuera jamás dudaría de que realmente estaban en una relación. El modo en que se miraban, como se movían en sincronía, inclinándose el uno hacia el otro como si lo que estuviera diciendo fuera lo más importante que había escuchado nunca...

Terminaron la cena con la tarta de crema de Boston. Alisha estaba tan llena que dudaba que pudiera moverse. Caleb por su parte estaba tan ágil como siempre, a pesar de que él fue quien

más había comido de los dos.

Salieron del restaurante cuando llegó su coche, no sin antes firmar varias cartas para el restaurante.

Llegaron al hotel con bastante rapidez, dada la hora y el poco tráfico que encontraron.

Una vez en el dormitorio tomaron turnos para ducharse y ponerse el pijama. Alisha fue la primera en usar el cuarto de baño. Como no había imaginado que terminaría compartiendo dormitorio con él, no llevaba la ropa adecuada para ese fin.

Su pijama era un pantalón corto de seda y una camiseta de tirantes del mismo material. Lo suficientemente sexy y revelador como para seducir a cualquiera, si hubiese sabido que iba a terminar en la cama con Caleb habría optado por ponerse un pijama de manga y pantalón largo, ya que se sentía un poco incómoda estando tan expuesta, después de todo, no podía olvidarse de que aunque era delgada y estilizada su cuerpo no podía comprarse al de Patty Jones.

A Caleb pareció gustarle lo que veía porque a punto estuvo de atragantarse con su saliva cuando la vio.

Se metió en el cuarto de baño y cuando terminó de arreglarse salió con un pantalón gris de pijama y el pecho descubierto. Alisha se preguntó si esa era su forma de vengarse por su atuendo, en cualquier caso, no era tan tonta como para quejarse.

El *six pack* que tenía delante era una auténtica obra de arte, igual que lo eran sus hombros anchos y sus brazos tonificados y musculosos. Hasta los tatuajes que había intuido, y que estaba viendo en esos instantes, eran sexis como el demonio. Llevaba uno de sus brazos completamente cubierto de ellos, y Alisha pudo distinguir claramente unos palos de hockey, unas alas en la parte posterior del bíceps, flores, una cruz egipcia y... un micrófono. Ese último descubrimiento la pilló por sorpresa.

No preguntó ni comentó nada sobre él. No estaba segura de si quería saber la respuesta. Estaba segura de que ella no era la única cantante que Caleb conocía.

Se metió en la cama a su lado y ambos se dieron las buenas noches con bastante naturalidad por parte de ambos. A pesar de los años, estar tumbada junto a él no se sintió extraño ni incómodo sino más bien lo contrario.

Lamentablemente, que se sintiera bien no significaba que conciliar el sueño fuera a ser fácil. Intentó no moverse para no alertarlo de que seguía despierta, pero saber que estaba tan cerca de ella, oler su aroma y sentir su calor le estaba dificultando a su mente hiperactiva desconectar. Recuerdos inoportunos invadieron su mente haciéndola sentir acalorada.

Pasó más de una hora en la que estuvo atenta a cualquier movimiento de su compañero de cama, antes de que notara cómo Caleb se levantaba y se dirigía al cuarto de baño. Siguió con los ojos cerrados, inmóvil y con la respiración acompasada. Solo se permitió abrirlos cuando la puerta se cerró tras de él, y supo que estaba sola en el dormitorio.

Unos segundos después escuchó el sonido de la ducha y se dio cuenta de que estaba tan afectado como ella. Se quedó allí tumbada, planteándose qué hacer ¿debía ir y meterse debajo del agua con él y dar rienda suelta a todos los pensamientos que la habían invadido desde que se metió en la cama? o ¿Debía pedirle que se dejara de tonterías y que la besara de una vez?

Sus caóticos pensamientos se vieron interrumpidos cuando lo escuchó jadear. Su primera reacción fue pensar que se había equivocado, debía de ser el sonido del agua, se dijo. Estaba tan obsesionada que estaba comenzando a escuchar cosas, no obstante, el sonido volvió a repetirse. Se puso de pie de un salto y trató de escuchar tras la puerta.

Caleb volvió a gemir. Una mezcla entre un gruñido y un sonido de placer que le erizó la piel. No había duda de cómo estaba tratando de relajarse para poder dormir.

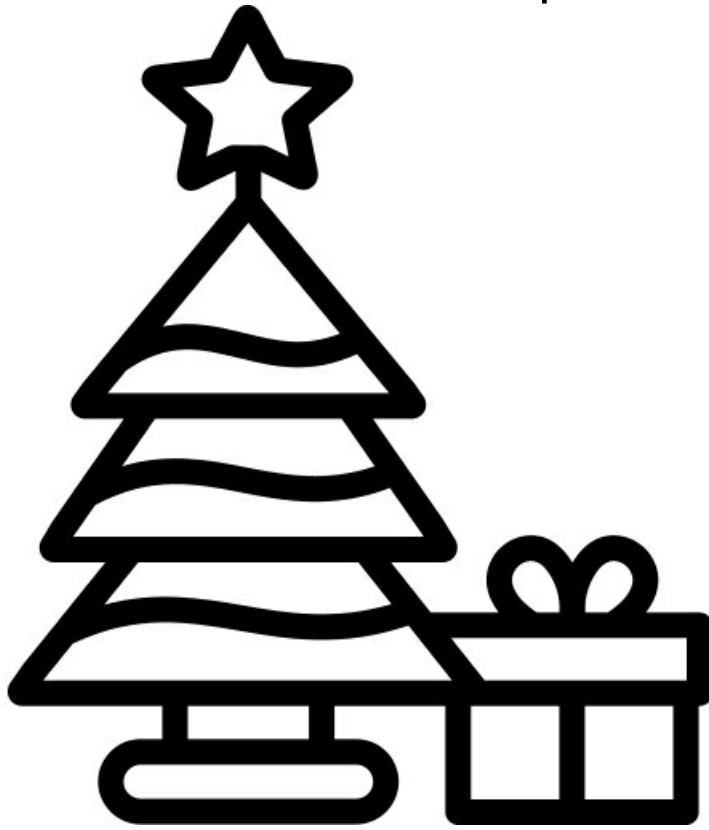
Excitada, nerviosa y con la mente más activa que nunca, Alisha se metió en la cama y volvió a fingir que dormía, todavía debatiéndose entre lo que quería hacer y lo que estaba haciendo realmente.

¿A qué se debía la escapada de Caleb al baño?, ¿era porque estaban compartiendo cama y se sentía atraído por ella o quizás, eso era circunstancial y era el hecho de que le hubiera pedido que no se acostara con nadie mientras durara su noviazgo lo que le había llevado a buscar el placer por sí mismo? Las dudas la tenían paralizada, por lo que no hizo nada más quedarse allí, dándole vueltas a la cabeza y sin llegar a ninguna conclusión.

Unos minutos después, Caleb salió del baño oliendo maravillosamente bien y se tumbó a su lado. No dejó pasar la oportunidad, y fingiéndose todavía dormida rodó hasta que se pegó a su costado. Puso su pierna sobre las de él y rodeó con sus brazos el musculoso bíceps de su novio temporal.

Sorprendentemente, él no se apartó de ella sino que se lo permitió, y Alisha que llevaba más de una hora tratando de dormir sin éxito, se quedó inconsciente al instante. Tanto que no estuvo segura de que el beso que sintió en su frente fuera real o producto de su activa imaginación.

Capítulo 13



Alisha se había acostumbrado rápidamente a tener a Caleb en su vida, por lo que estar alejada de él durante una semana se estaba haciendo más difícil de lo que tenía sentido. Habían pasado ocho años separados y ahora ¿no podía soportar no verlo en cinco días? Si bien se enviaban mensajes e incluso habían hablado por teléfono no era ni remotamente parecido.

Por no mencionar que desde que le escuchó dándose placer a sí mismo no podía dejar de fantasear con la escena y de imaginar mil y una formas de contribuir a ella.

Para acabarlo de rematar, la prensa seguía pendiente de su relación pasada con Carter y de todas las mujeres que habían desfilado por la vida de su exnovio mientras estaban juntos. Dos de ellas habían decidido que iban a sacar provecho de su idilio y habían acudido como invitadas al programa de Carlie.

Alisha había comenzado a pensar que la presentadora tenía un problema personal con ella, aunque no podía adivinar porqué.

Por suerte, hacía solo un par de meses que había terminado su gira mundial, por lo que tenía una excusa para esconderse en su apartamento sin que la gente especulara al respecto. Para todos, su discográfica incluida, estaba en periodo de composición y, en cierto modo, lo estaba.

Esa semana que estaba pasando con Caleb fuera de la ciudad había escrito dos canciones y comenzado dos más. Sorprendentemente todas ellas clamaban al amor y no a la desilusión o la traición. Todavía quedaban dos días más antes de que este regresara a la ciudad, por lo que si

seguía el ritmo podría tener finalizadas un par más para cuando volviera.

Como fuera ya tenía escogida la que quería que saliera como *single* y con la que grabarían el video musical.

—¿Por qué no salimos a comer hoy? —ofreció Robert, mirándola con preocupación.

—Podemos pedir comida. No he de ir a ninguna parte hoy.

—Lo sé, pero necesitas que te dé el aire. No es bueno estar encerrada tanto tiempo —se quejó su amigo y asistente.

—¿El aire? Hace un frío de mil demonios ahí fuera y quieres que me dé el aire.

—Es una forma de hablar. No seas tan dramática.

—Soy una artista incomprendida —se burló—, ser dramática está en mi ADN.

—De acuerdo. Hagamos un trato —ofreció muy formal—, si sales hoy a comer conmigo y a comprar los regalos de Navidad, te prometo dejar que pases el resto del tiempo aquí encerrada.

—¿De compras?

Robert asintió.

—Amanda nos acompañará. ¿O me estás diciendo que ya tienes los regalos de todo el mundo comprados?

Alisha le fulminó con la mirada. Jugaba con ventaja, ya que sabía que no había conseguido nada para nadie.

—¡Está bien! Vayamos a por regalos.

—Y a comer —añadió.

—Y a comer.

—Fabuloso. Margot y Paige estarán aquí en veinte minutos. Ve a arreglarte.

—Eres un manipulador —se quejó—, ya lo tenías todo organizado.

Le vio encogerse de hombros.

—Es mi trabajo, ¿recuerdas? Organizo tu vida para que te sea más fácil disfrutarla.

—Sacarme de casa a la fuerza no es disfrutarla —se quejó fingiéndose molesta.

No podía enfadarse con él, ya que sabía que lo único que pretendía era animarla y sacarla de la desidia en la que se encontraba con Caleb fuera de la ciudad.

Sin decir nada más se levantó del sofá y se fue a su dormitorio para cambiarse.

Estaba en ello cuando escuchó el timbre de la puerta. Imaginando que seguramente sería Amanda siguió con lo suyo.

Optó por vestir calentita y cómoda en lugar de llamativa. Por ello se decantó por unos pantalones de traje gris oscuro, un jersey de cachemir en un tono crudo, unas botas UGG marrones y un abrigo largo del mismo tono camel. Le añadió un bolso shopping también marrón y gorro y guantes en el mismo tono del jersey.

Salió de su dormitorio para encontrarse con que tanto sus amigas como su guardaespaldas la estaban esperando para salir.

—De acuerdo ¿a dónde vamos? —preguntó resignada a que la llevaran a donde quisieran.

—¿Qué te parece comer en Lake Placid? —ofreció Margot—, en casa pasaremos más desapercibidas.

—Eso no te lo crees ni tú —se burló Paige.

—Quiero decir que no se emocionaran excesivamente —se explicó—, están acostumbrados a ver a Alisha y a Caleb por allí.

—Por mí bien. Podemos pasar a ver a mis padres y a la abuela.

—Suena genial —apoyó Paige.

—A ver chicas, ¿estáis seguras de que en Lake Placid hay centros comerciales? —las provocó

Robert—, la idea original es ir a comprar regalos.

—No seas *snob*, Rob. Por supuesto que hay tiendas —protestó Alisha entre risas.

Su ciudad era uno de los pocos lugares en los que Alisha podía ser ella misma sin esconderse. Tal y como había dicho Margot, la mayoría de sus habitantes estaban tan acostumbrados a verla que no actuaban exageradamente al respecto. E incluso a pesar de que era una ciudad turística a la que acudían los interesados en toda clase de deportes, ni siquiera estos la hacían sentir incómoda.

Por ello, entró en el restaurante al que había ido toda su vida con la tranquilidad de encontrarse con viejos conocidos.

Lo que no había esperado fue encontrarse con Beverly, la madre de Caleb y su hermana Amber, en el restaurante en el que iban a comer. Habían salido de Nueva York justo después del desayuno y habían llegado a su ciudad natal poco antes del mediodía por lo que habían ido directas a comer. Después tenían planeado pasar por casa de sus padres y convencer a su madre y a su abuela para que los acompañaran a hacer compras. Había un centro comercial bastante completo, pero Alisha planeaba pasarse primero por las tiendas locales, segura de que encontraría la mayoría de sus regalos en ellas.

Nada más entrar, la anfitriona les recibió con amabilidad y sonrisas y sin que nadie le dijera nada al respecto las acompañó hasta la mesa en la que se encontraba la familia de Caleb.

Beverly fue la primera en darse cuenta de lo que sucedía y en lugar de subsanar el malentendido de que tenían una cita para comer todos juntos, se aseguró de que los acomodaran con ellas.

—Me alegro mucho de verte, querida —la saludó con un fuerte abrazo—, hacía mucho que no nos veíamos.

—He estado muy ocupada —se excusó.

Hacía unas siete semanas que había terminado con un éxito rotundo su gira mundial, pero había estado primero tan cansada y después tan ocupada que no había visitado la ciudad hasta ese momento. Habían sido sus padres los que se habían desplazado para verla e incluso, habían pasado una semana con ella en Nueva York.

Amber, la hermana mayor de Caleb, la saludó tan afectuosa como siempre.

Hablaron de todo mientras esperaban la comida y Alisha supo que David, el marido de Amber y Donald, el padre de Caleb, habían sido asignados como los cuidadores de los niños para que ellas pudieran salir a hacer las compras de Navidad.

Después de todo, solo quedaban cuatro semanas para esta y comprar cuando la fecha se aproximaba era una locura de gente, por no hablar de que se corría el riesgo de no encontrar los juguetes que los niños deseaban.

Al encontrarse con ellas, Alisha había llamado a su madre y Amanda había ido a recogerla a ella y a su abuela para que pasaran el día juntas, por lo que fueron trasladadas a una mesa más grande en el comedor interior del restaurante.

Una vez que terminaron de comer, se dedicaron a pasear por las calles comerciales y a entrar en todos los establecimientos que encontraron.

A mitad de la jornada tuvieron que ir hasta el coche para descargar bolsas porque no había manera que pudieran llevarlas y seguir comprando.

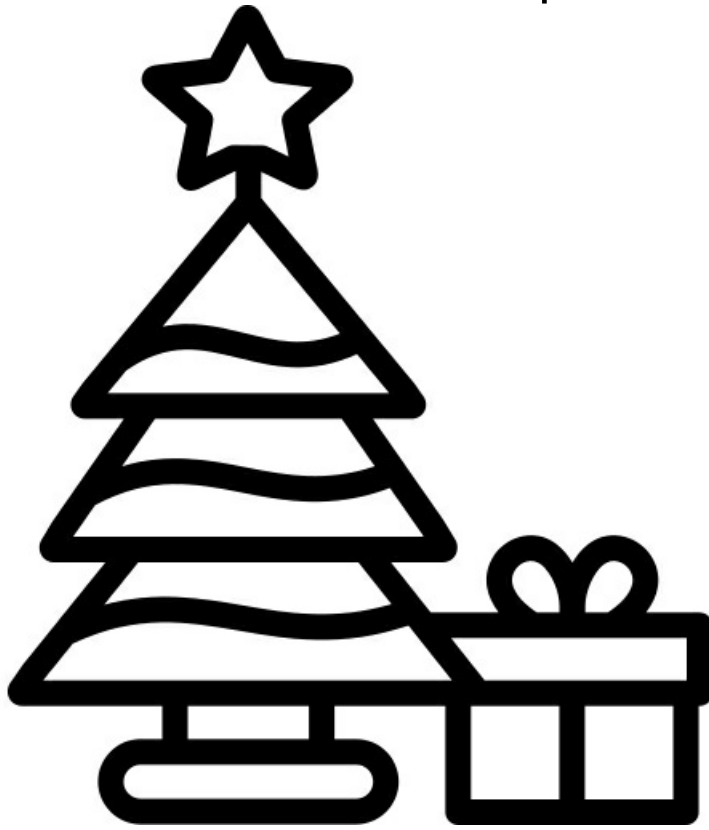
Alisha se dio cuenta muy pronto de que o bien Caleb no les había contado a su madre y a su hermana que realmente no habían vuelto, o ellas secretamente esperaban que la ficción se hiciera realidad porque actuaron con ella como si realmente formara parte de su familia. Su madre y su abuela por su parte, aunque sí que estaban enteradas de todo, se comportaron de la misma

manera, preguntándole a Beverly qué debían regalarle a Caleb para Navidad y bromeando con ella sobre los nietos tan guapos que iban a tener.

Cuando llegó la hora de marcharse a casa, Alisha estaba pletórica y feliz. No solo había pasado una jornada maravillosa con sus seres queridos en su ciudad natal, sino que había escuchado una y otra vez lo enamorado que Caleb había estado siempre de ella.

Al final, había tomado una decisión: con ayuda de la magia de la Navidad iba a lograr que el cuento que estaban fingiendo se convirtiera en realidad.

Capítulo 14



Caleb no era un seguidor de la prensa rosa, de hecho jamás le había dedicado un solo minuto de su tiempo a comprobar qué escribían sobre él. No podía importarle menos quién se relacionaba con quien, o quién engañaba a su pareja.

No obstante, desde que se había vuelto a encontrar con Alisha se había dedicado a leer todo lo que se escribía sobre ellos. Necesitaba asegurarse de que la prensa no la estaba tratando mal y para ello debía leer los artículos sobre el tema.

Lo que le molestaba enormemente era que siguieran más interesados en las infidelidades de Carter Morton que en su relación con Alisha. Era realmente triste que la suciedad interesara más que las cosas sanas y hermosas.

En cualquier caso, fue gracias a su reciente afición por la prensa rosa, por lo que se enteró de la cita que habían tenido su novia, su madre y su hermana. Sonrió encantado al ver las fotografías que ilustraban los artículos.

Su madre y su hermana se habían reunido para comer con prácticamente la parte femenina al completo de la familia de su novia. Habían disfrutado de una tarde de compras y la prensa mencionaba lo cómplices que se veían ambas familias.

Se alegró y no solo por el encuentro, sino porque la noticia había eclipsado de algún modo el interés mediático que habían despertado las amantes de Morton que se habían paseado por la prensa contando sus sórdidas historias.

—No puedo creer que estés leyendo eso —se burló Novak a su lado en el asiento del autobús.
—Necesito estar informado —se quejó, mientras salía de la página que había estado leyendo
—. Estas cosas afectan a Alisha.

Su amigo pareció entenderlo porque asintió apesadumbrado.

—No puedo creer que sigan dándole tanto bombo a las infidelidades del imbécil de Morton.

—La prensa sensacionalista está haciendo caja con ello —comentó Caleb asqueado.

—Lo sé, sobre todo Carlie Jensen, ella es la que más publicidad le está haciendo al tema.

—Lo sé. Me pregunto si es algo personal —aventuró—. Tengo la sensación de que tiene un problema con Alisha y se está desquitando con esta historia.

—¿No se lo has preguntado?

—Ella dice que no la conocía hasta que comenzó a invitarla insistentemente a su programa. Ni siquiera había coincidido con ella en un evento.

—Es un poco raro.

—Lo es —estuvo de acuerdo—. Según me ha contado Alisha no dejaba de insistir con que fuera a su programa hasta el punto de que su representante le pidió que hiciera un alto en sus días de descanso para ir.

—¿Crees que es posible que ella también tuviera un idilio con el imbécil? —soltó de repente Novak.

Caleb no había pensado en ello. De hecho, la idea ni siquiera se le había pasado por la cabeza, pero una vez que se le dedicaba un minuto comenzaba a tener cierto sentido o, al menos, a ser bastante verosímil.

Carlie era una periodista atractiva, inteligente y de éxito. Ni siquiera se acercaba a los treinta y ya era exitosa. Su programa era el más visto de toda la Costa Este. Y, aunque físicamente fuera lo opuesto a Alisha, con su cabello rubio y sus ojos marrones, no dejaba de ser esbelta y famosa como ella.

Quizás Morton había jugado con Carlie y en lugar de estar molesta con él había decidido pagar su frustración con Alisha, la prometida oficial del jugador. No obstante, eso no justificaba el hecho de que estuviera sacando a las amantes en su programa. ¿Estaría tratando, tal vez, de llamar su atención? ¿O era una especie de venganza por dejarla?

—¿Sabes? No es una idea tan descabellada —le dijo a Novak quien había estado mirándole a la espera de su respuesta.

—¿El qué no es descabellado? —preguntó Miller, dándose la vuelta en su asiento del autobús.

—¿Crees que Carlie Jensen esté siendo una víbora con Alisha porque es una de las amantes de Morton? —preguntó Novak introduciéndole en la conversación.

—¡Joder! No lo había pensado, pero tiene sentido.

—Voto por esa opción —se unió Foster, sentado junto a Miller.

—¡Madre mía! —siguió Novak—, ¿qué vas a hacer?

—Nada. No puedo hacer nada.

—Eso no es del todo cierto —apuntó Foster con una mirada peligrosa—, puedes filtrar la posibilidad a la prensa y que ellos se encarguen de investigar si es cierto o no.

—No tengo contactos con ese tipo de periodistas.

—¡Qué suerte tienes de que mi compañero de habitación esté tonteando con una periodista del medio! —se rio Foster—. ¡Harris! —llamó a voz en grito.

El aludido que se había quedado dormido dos filas más allá de ellos dio un respingo antes de asomar la cabeza.

—¿Qué sucede? ¿Hay fuego en alguna parte?

—Nada de fuego —aclaró Foster—. Ven, corre, necesitamos de tus servicios.

—Voy a escribir a Polly —anunció Miller—, a ver si ella o alguna de las chicas han escuchado algo.

—¡Hazlo! —animó Caleb.

Con un gruñido molesto y sin entender lo que hacían sus compañeros Harris se levantó y se acercó a ellos a regañadientes. No obstante, a pesar del sueño cuando el capitán del equipo pedía ayuda no se cuestionaba y se le daba.

Caleb se olvidó del asunto por el resto del día. Entrenó, hizo una siesta antes del partido y jugó dando dos asistencias y marcando su propio gol. De hecho, no volvió a pensar en el tema hasta que estuvo en su habitación de hotel, cuando sus compañeros se marcharon a tomar unas copas y él prefirió quedarse y llamar a Alisha para hablar con ella.

De algún modo, su relación se estaba afianzando y se comportaban como una pareja incluso cuando no había nadie mirándolos. No era tan tonto como para intentar engañarse a sí mismo y tratar de convencerse de que solo lo estaba haciendo por ayudar a una vieja amiga. Puede que las cosas hubiesen comenzado de ese modo, pero volver a estar cerca de ella y recuperar su confianza era una de las cosas que más feliz le habían hecho junto con jugar al *hockey*.

Había sido así en aquel entonces cuando comenzaron a salir y seguía siendo años y años después. Ocho años atrás se había equivocado al creer que no iba a poder tener las dos cosas que su corazón más amaba y, equivocadamente, se había alejado de una de ellas. No obstante, ya no era aquel joven y estaba dispuesto a luchar para conservarlos a ambos.

Le ofreció una sonrisa de oreja a oreja a Alisha cuando contestó a su videollamada. Por lo que podía ver estaba en su casa viendo algo en la televisión, porque las voces que se escuchaban de fondo parecían las de una película.

—Hola, ¿interrumpo?

—No te preocupes. Estoy viendo a Hugh Grant bailando en el 10 de Downing Street, pero puedo pararlo y ponerlo más tarde —ofreció.

Caleb se rio al imaginarlo. Formaba parte de la tradición navideña de Alisha ver *Love Actually*.

—¡Hazlo! Hay algo que quiero contarte y que te va a dejar tan alucinada como me ha dejado a mí.

La vio estirarse para coger el mando y la música de *The Pointer Sisters, Jump (For My Love)* dejó de sonar de fondo.

—¡Dispara!

—¿Has pensado en la posibilidad de que Carlie Jensen te odie porque es una de las amigas especiales de Morton?

Alisha se quedó en silencio tratando de asimilar la pregunta. Era evidente que desde que Caleb había vuelto a su vida esta no tenía un solo minuto de aburrimiento.

—Por tu cara voy a adivinar que no —aventuró sonriendo.

—¿De dónde has sacado la información?

—No es información contrastada, pero estamos en ello —explicó—, la amiga de Harris que es periodista está tratando de averiguar si es cierto o no.

—Si resulta que lo es y sale a la luz la noticia va a terminar con su carrera —vaticinó ella—, en ese caso estaría usando su programa para venganzas personales.

—No me digas que te da pena, después de todo lo que te está haciendo.

—Me da pena que haya confiado en alguien como Carter, pero ella no es digna de lástima porque en lugar de ponerse de parte de la víctima lo que está haciendo es tratar de vapulearla.

Caleb soltó una risita.

—¿Qué?

—Me hace gracia que hables de ti como si fuera otra persona.

Ella se encogió de hombros.

—De alguna manera lo soy. No me considero una víctima, ya no. Soy una mujer que se equivocó en su juicio sobre alguien.

—Me alegro mucho de que no te haya roto el corazón.

—Gracias, eres muy amable.

—En realidad soy egoísta —confesó, quedándose en silencio durante unos segundos—. Voy a dejar que vuelvas con Hugh.

—De acuerdo. Buenas noches, pero Caleb...

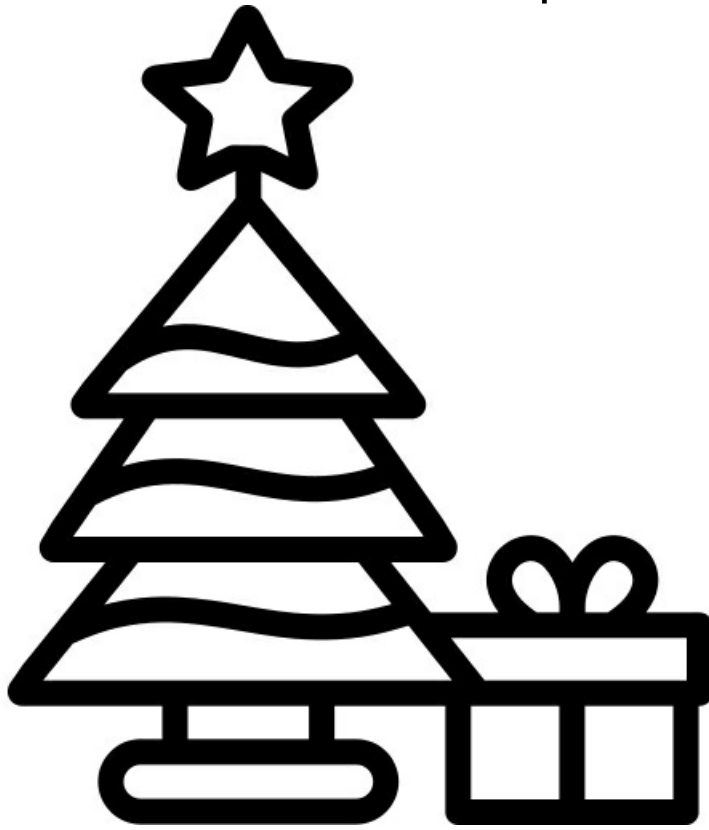
—¿Sí?

—Te prefiero a ti antes que a él. Por muy presidente de Gran Bretaña que sea —dijo, medio en broma medio en serio.

—Es la mejor noticia que me han dado hoy —rio—, qué descansas.

—Tú también.

Capítulo 15



Alisha estaba a punto de ver el hogar de Caleb. En lugar de que él pasara a recogerla, habían quedado en que sería ella la que se pasaría por su casa, por lo que este le había enviado los códigos de acceso y estaba esperándola. Hacía poco menos de dos horas que había vuelto a la ciudad y planeaban salir para celebrarlo. El viaje de una semana con el equipo se había zanjado con tres victorias de cuatro partidos, lo que tenía al equipo con el ánimo alto y a Caleb eufórico por las victorias y porque iban a jugar los próximos en casa.

La pareja había decidido visitar varios mercadillos de Navidad y disfrutar de la sidra caliente en el Winter Village de Bryant Park.

Ni él ni Alisha les habían comprado todavía los regalos de Navidad a sus madres por lo que esperaban encontrar algo esa noche. La Navidad estaba cada vez más cerca y con ella llegaban las compras de último minuto y la masificación de gente en las tiendas.

Segura de que Amanda no le iba a permitir salir en esos días, estaba tratando de comprar con tiempo y divertirse en el proceso. Siempre le quedaba la posibilidad de hacer sus compras online y que se lo llevaran a casa, pero hacerlo sería saltarse una de las mejores partes de comprar regalos.

Se puso el abrigo, se colgó el bolso y salió de su casa emocionada por volver a verlo tras una semana de separación.

El apartamento de Caleb estaba solo a un par de edificios del suyo, aunque lo sabía, el verlo la hizo sentir mejor. De algún modo, su cercanía le ofrecía seguridad.

Cruzó el vestíbulo y se encontró con el portero que la saludó por su nombre. Debía de haber sido avisado por Caleb porque ni siquiera le preguntó dónde iba, era eso o que el hombre era un seguidor de los cotilleos.

Una vez en el ascensor, que iba directo al ático y era de uso exclusivo, marcó el código y esperó mientras este subía.

Tanto el vestíbulo como el resto del edificio que había visto hasta el momento tenía el mismo estilo que el suyo propio: mármol oscuro y aluminio. Elegante y ostentoso.

El único motivo por el que ella había adquirido su apartamento en su edificio fue por la seguridad y por las vistas de Manhattan que este le ofrecía. Se preguntó si Caleb pensaba lo mismo, después de todo, ambos se habían criado en Lake Placid y las luces brillantes de Nueva York eran un reclamo que no tenían en su ciudad natal.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron para mostrar el recibidor del piso de Caleb.

A pesar de que en cuanto a estructura sus hogares eran similares, en decoración eran polos opuestos. Donde Alisha tenía muebles claros y adornos en blanco y colores crudos, Caleb había decorado su apartamento con muebles negros y detalles en tonos tierra.

—Adelante —pidió este, mientras cruzaba el amplio recibidor.

Iba vestido con vaqueros y un jersey de lana grueso, pero iba descalzo, ni siquiera llevaba calcetines y ella no pudo evitar que sus ojos se fueran hacia la única parte de su cuerpo que estaba desnuda.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció.

—No, gracias. Creía que íbamos a salir.

—Y vamos a hacerlo —comentó mientras la dirigía hacia su salón—, pero he pensado que iba a ser más cómodo para ambos queuviéramos esta conversación en un lugar privado.

—De acuerdo —aceptó confusa por el comentario.

—Tu casa no lo es —bromeó nervioso—, de ahí que te haya pedido que vengas aquí.

Alisha notó que también estaba incómodo, nervioso e incluso podría decirse que preocupado. ¿Acaso quería terminar con el noviazgo? ¿Había hecho algo para ofenderlo?

—Supongo que es cierto —sonrió con curiosidad por lo que tuviera que decirle—. Robert y Margot entran cuando quieren —sonrió tratando de parecer tranquila.

—Por eso lo digo.

—Entiendo.

Los dos se quedaron unos largos segundos en silencio mirándose, hasta que Caleb se decidió a abordar el tema que la había llevado hasta allí.

—A ver —comenzó y parecía nervioso.

—¿Debo de estar asustada? ¿Estás molesto porque salimos con tu madre y con tu hermana? Te prometo que fue casualidad no hubo nada premeditado en ello.

—¿Qué? No. Me encantó saber que habíais pasado tiempo juntas. Mi madre te adora, ya lo sabes.

—¿Entonces?

—Es solo que hay algo que necesito pedirte, pero quiero que quede claro desde ahora mismo que no tienes que aceptar si no te apetece, ¿de acuerdo? Te lo voy a pedir porque quiero hacerlo, pero no hay presión para que aceptes. No me debes nada, recuérdalo antes de darme una respuesta.

—Si quieres una respuesta haz una pregunta.

—Lo voy a hacer —dijo, pero no continuó.

—Ahora sí que estoy empezando a asustarme —bromeó, aunque lo cierto era que estaba

preocupada por lo que fuera a pedirle. Debía de ser algo importante cuando estaba dando tantos rodeos en lugar de exponerlo de una vez.

Caleb se sentó más rígido en el sofá y tomó sus manos entre las suyas. La miró con fijeza a los ojos y le soltó la pregunta:

—¿Quieres venir conmigo a la cena de Navidad del equipo?

Alisha parpadeó un par de veces. No habló ni hizo ningún movimiento hasta que de repente estalló en carcajadas. Se rio tanto y tan fuerte que se retorció en el sofá.

—Buenos, por lo menos no has dicho que no de plano —comentó, medio ofendido por causarle risa y medio aliviado de que no estuviera molesta por su petición.

—Creía que me ibas a pedir algo mucho peor —explicó, cuando pudo dejar de reír.

—Bueno, me alegro de que ser mi pareja para la cena del equipo no te parezca malo del todo.

—No seas tonto. Sabes a lo que me refiero. Le has dado tantas vueltas que ya no sabía qué pensar. —Hizo una pausa dramática para enfatizar su respuesta—, por supuesto que iré. Soy tu novia. Es mi obligación acompañarte y apoyarte cuando me necesites.

—¿En serio? —parecía un niño que había recibido lo que había pedido la mañana de Navidad—. Gracias —se inclinó sobre ella y la abrazó, fuerte y sentido.

—De nada —aceptó ella con un nudo de emoción en el estómago.

Desde que habían decidido ser pareja por el bien de Alisha se habían besado, habían bailado juntos, se habían tomado de la mano e incluso habían dormido juntos, pero no se habían abrazado como lo estaban haciendo en esos momentos. El abrazo la tenía pegada a él, con la cara enterrada en su cuello, respirando su aroma, sintiendo el calor que desprendía su cuerpo. Tuvo que aguantarse las ganas para no subirse a su regazo y sentirlo por completo.

Ajeno a sus pensamientos Caleb se separó de ella para mirarla a los ojos.

—Te aviso que mis compañeros van a ser unos pesados y sus mujeres y novias no se van a quedar atrás. La mayoría de ellos son fans que te van a pedir selfis y puede que incluso autógrafos.

—No me importa. Podemos intercambiarlos —bromeó, después de todo eran jugadores de la NHL, no era que fueran personas anónimas—, ¿cuándo es la fiesta?

—La próxima semana. El club ha aprovechado que disputamos todos los partidos en casa para organizarlo.

—Genial. Estoy libre.

—Estupendo —se levantó del sofá—. Ahora deja que te haga un tour por mi casa antes de ir a visitar todos los mercadillos de Navidad de la ciudad.

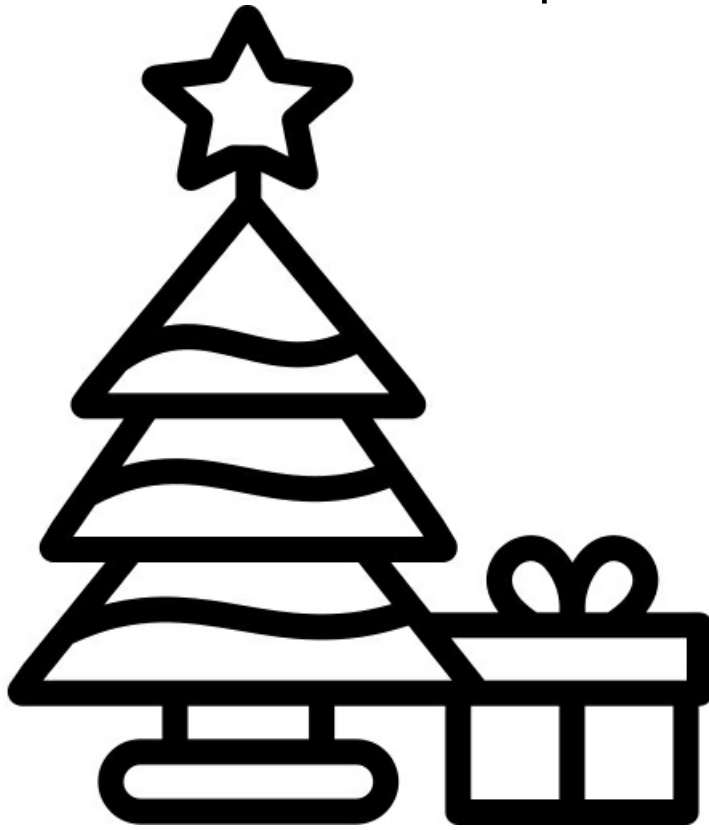
—¿Todos? —se rio—. Y yo asombrada de que estuvieses de acuerdo con ir de compras.

Él le guiñó un ojo.

—Lo hago por toda la deliciosa comida que hay en ellos, no me malinterpretes —jugó con ella.

—Por supuesto que es por la comida —comentó entre risas—, cómo no había caído en ese detalle.

Capítulo 16



Pasear por los mercadillos la hizo sentir que eran realmente una pareja. Iban de la mano, deteniéndose en cada parada que tenía algo que les llamara la atención, charlando de todo lo que se les pasaba por la cabeza y disfrutando del simple hecho de estar juntos. Estaba siendo tan difícil recordar que su relación era para el mundo que temía el momento en que esta ya no fuera realmente necesaria.

«Supongo que tendré material extra para un álbum completo», se dijo, tratando de verle el lado positivo al asunto.

—¿Has vuelto a saber algo de Carter?

—No, la verdad es que no. —Se encogió de hombros—, supongo que fuiste lo bastante convincente el otro día cuando nos vio juntos.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, él sabe que la puesta en escena inicial de nuestra relación no era real. Supongo que creyó que aunque las cosas no habían ido como contamos sí que terminaron siendo de ese modo.

—Supongo que tienes razón.

—Como te dije hacía mucho tiempo que las cosas no iban bien entre nosotros. Si me hubiese parado a pensarlo seriamente haría mucho que nos habríamos separado, pero entre el final de la gira, la distancia y la desgana, supongo, lo dejé pasar y terminó de la peor manera para ambos. No debe de parecerle raro que hayamos retomado nuestra relación tras volvernos a encontrar.

—Supongo que es bueno que lo crea. En cualquier caso, tú eres la que menos culpa tiene de su

situación actual —expuso Caleb muy serio—, que francamente, no es tan mala como debería, dadas las circunstancias.

—Mucha gente excusa su comportamiento alegando que las mujeres se le echan encima.

—Esa parte no es mentira. Pero eso no le libra de haber hecho las cosas mal contigo. Debería haber sido honesto y haber roto contigo si quería ver a otras personas.

—Así es. Solo digo que descubrir que me había engañado dolió más por la trascendencia pública que por el hecho en sí.

—Bueno, te ganaste un novio mejor —bromeó él.

—Lo hice —contestó sonriente—. Jamás hice con Carter lo que estamos haciendo ahora.

—¿No salisteis a pasear?, ¿a cenar?, ¿al cine?

Ella se rio por lo escandalizado que parecía.

—Nunca salimos a pasear, sí que fuimos a cenar, pero siempre lo hicimos en restaurantes caros, jamás me llevó a disfrutar de la comida callejera y el cine no estuvo nunca en el plan ya que teníamos una sala de cine en casa.

—Pero no es lo mismo que verlo en un cine de verdad. Las palomitas en casa no saben igual.

—Lo sé. Por eso eres mucho mejor novio que él.

—Sé que te estás burlando de mí porque yo tampoco te he llevado al cine, pero déjate libre una noche de esta semana porque lo voy a hacer.

Siguieron bromeando al respecto y tras dar la vuelta completa al mercadillo se decidieron por ir a ver las luces de Dyker Heights mientras bebían su sidra caliente.

A Alisha siempre le emocionaba hacer cosas corrientes como salir a pasear, beberse un chocolate caliente mientras lo hacía, visitar el jardín botánico, pasear por Central Park, escuchar a la gente cantar villancicos en Washington Square o ver las luces de la ciudad.

Por lo que el largo paseo, mientras se detenían a cada paso para disfrutar de las luces, fue una maravillosa experiencia. Caleb se empeñó en hacerle fotos en cada una de las casas que llamaron su atención.

—Si tanto te gustan deberías poner este tipo de luces en tu apartamento.

Ella rio de buena gana.

—Por supuesto porque mi ático es el lugar ideal para hacerlo.

—Tienes una terraza —explicó—. O podrías comprarte una casa y celebrar la Navidad como te gusta.

—Para eso voy a casa de mis padres. ¿Dónde la vas a pasar tú? —preguntó con curiosidad.

No habían hablado al respecto y ni siquiera estaba segura de si su acuerdo de noviazgo contemplaba que pasaran las festividades juntos.

—Tengo días libres del veinticuatro al veintiséis. El veintisiete jugamos en casa y ya no volvemos a hacerlo hasta el dos de enero, por lo que mi viaje al Caribe tendrá que esperar a otro momento —dijo en un tono socarrón que daba a entender que estaba de broma.

—Entonces, ¿cuáles son tus planes?

—Estaré con mi familia, por supuesto. Soy el tío genial, no puedo defraudar a mis fans más fieles.

—Supongo que eso nos viene bien —comentó con cierta timidez—, para seguir con nuestra historia, quiero decir. Yo también estaré con mi familia.

—¿De verdad crees que mi madre no va a acosar a la tuya para que nos reunamos todos en Navidad? —inquirió con incredulidad.

—¿Tú crees?

—No lo dudo. Conociéndola estará organizándolo todo y volviendo loca a tu madre y a la

abuela.

—Ninguna de ellas me ha dicho nada.

—Contéstame una pregunta ¿tu madre y tu abuela saben cómo comenzó esto? ¿Qué lo hice para ayudarte?

—Sí. Por supuesto.

—Ahí lo tienes —zanjó encantado consigo mismo—. No te lo han dicho para que no puedas protestar y cargarte los planes que están haciendo a tus espaldas —se rio—. Te apuesto lo que quieras a que su idea es que pasemos la Nochebuena y la Navidad juntos.

Alisha le miró suspicaz.

—¿Por qué estás tan seguro?

Se encogió de hombros.

—¿Puede que esta mañana haya hablado con Max?

—¿Mi hermano también está implicado en esto? —se escandalizó.

—Yo no diría implicado teniendo en cuenta que me ha llamado para amenazarme si te hacía daño otra vez.

—¿Y qué le has dicho tú?

—Que si realmente te lo hacía no necesitaría su ayuda para acabar conmigo. Yo mismo me ocuparía de ello.

Alisha asintió, sin saber qué decir y siguieron paseando y disfrutando de la decoración navideña y del ambiente festivo.

—¿Sabes? —preguntó Caleb más tarde, cuando ya habían completado el recorrido—. Creo que debería quedarme a pasar la noche en tu casa. Es lo que hacen los novios —comentó como si no tuviera importancia, aunque se notaba por su postura que estaba ansioso por conocer la respuesta de ella—, por si hay prensa vigilándonos y esas cosas. Tenemos que mantener las apariencias.

—Sí, supongo que deberías quedarte en casa.

—Genial. Tal vez deba dejar algo de ropa allí también. Quizás también un cepillo de dientes y ropa para entrenar.

—De acuerdo. Podemos pasar por tu casa y recoger lo que necesites o tal vez deberías ir tú mientras yo voy a casa y preparo la habitación de invitados. No creo que esté en condiciones de recibir a nadie —dijo, agachando la mirada para que Caleb no se diera cuenta de que estaba exagerando.

—O podríamos compartir tu cama —aventuró él—, después de todo tampoco sería la primera vez que lo hacemos y así no tienes que molestarte en preparar nada por mi culpa.

—Sí, claro. Podríamos hacerlo así.

—Genial, no quiero ser una molestia para ti.

—No lo eres.

La sonrisa de Caleb fue tan impresionante que Alisha tuvo que parpadear varias veces, preocupada por ser deslumbrada por ella.

—Estupendo. ¿Nos vamos ya?

—Sí. Ya no nos queda nada más por ver —estuvo de acuerdo Alisha, de repente nerviosa y emocionada por el giro que había dado su cita.

Capítulo 17

Tres semanas antes de Navidad



Caleb no era ajeno a las sesiones de fotos. Además de ser la imagen de muchas marcas que utilizaban su *status* para vender sus productos, el propio club se encargaba de organizarles sesiones de fotos para su página web y las redes sociales como un reclamo para vender entradas o aumentar la venta de pases de temporada. Sin embargo, lo que estaba a punto de suceder esa mañana era algo totalmente distinto a lo que hubiera hecho nunca. Se encontraba en medio de un estudio vestido un traje de Armani y esperando a que Alisha saliera de su camerino para la sesión de fotos que la revista *Simply Chic USA* que habían decidido que ellos ocuparan la portada de su edición de febrero.

El que se hubiese decidido que ellos fueran la pareja de portada con tan poco tiempo los tenía a todos nerviosos y con prisas.

Caleb se dedicó a observar a todos los ajetreados asistentes mientras contestaba a su agente que también se había pasado por allí, estaba seguro de que con la esperanza de conocer a Alisha.

—Trata de no ponerte nervioso —le estaba aconsejando este—, es una sesión de fotos como cualquier otra.

—Lo sé.

—¿No estás nervioso? —preguntó Jacob con sorpresa.

—No. ¿Por qué iba a estarlo?

Lo vio encogerse de hombros.

—Bueno, es la primera vez que vas a posar con tu chica mientras os observan más de una docena de personas.

Caleb le fulminó con la mirada.

—No lo estaba, pero gracias por hacer que lo esté.

—Espera. Yo...

Se quedó callado como todos los demás, cuando Alisha apareció en el estudio con el cabello recogido y un vestido negro de Dior con escote Bardot, largo hasta los pies en seda y gasa. No llevaba ninguna joya al cuello por lo que la piel expuesta era el centro de todas las miradas. Los pendientes largos de brillantes y sus labios rojos y jugosos eran los únicos complementos que necesitaba para acaparar la atención de todos. Parecía como si Robert, a su lado, estuviera decidido a protegerla de todos los depredadores hechizados por su belleza.

A Caleb le gustó la actitud del tipo de inmediato.

—Definitivamente deberías estar nervioso —apuntó Jacob en voz baja—, está espectacular.

—No lo está. Lo es —aclaró, un segundo antes de dejarle allí solo para acercarse a ella.

—Oye, ¿no vas a presentarnos? —pidió mientras lo veía alejarse.

—Después —aceptó, haciéndole un gesto con la mano para que tuviera paciencia.

Alisha le ofreció una sonrisa preciosa cuando se paró frente a ella.

—Estás preciosa —se inclinó para darle un beso en la mejilla aspirando el aroma cítrico de su piel.

—Gracias. Tú también estás guapísimo.

—¡Venga, tortolitos! —llamó el fotógrafo—. Empecemos con lo nuestro.

Alisha le dio su móvil a Robert para que les hiciera fotografías y se giró hacia el fotógrafo que les dio las instrucciones de lo que quería y les dejó a ellos moverse e interactuar mientras los sentaba en un banco de madera.

El decorado simulaba que estaban en un parque, como una pareja más, paseando y compartiendo confidencias.

Al estar cerca de Alisha Caleb se olvidó de todo lo que le rodeaba. Al contrario de la imagen que Jacob había pintado para él, no le molestó lo más mínimo que hubiera gente observándoles, principalmente porque estaba tan ensimismado con su *partenaire* que no tenía tiempo que dedicarle a nadie más.

—Esto se te da muy bien —alabó ella—. Vas a ser una estrella de la actuación cuando grabemos el videoclip de mi nueva canción. Todas las cantantes van a quererte de protagonista.

—No te rías de mí —se quejó.

—No lo hago. Soy completamente sincera cuando digo que se te da genial.

—Debes de ser tú que me inspiras —aunque sonó a coqueteo lo cierto era que estaba diciendo la verdad.

Con Alisha a su lado la mayoría de las cosas que hacía habitualmente como comer, pasear o posar para una fotografía, adquirirían una dimensión nueva, convirtiéndolo en algo especial.

—No recordaba que fueras tan elocuente cuando salíamos —se rio ella.

—No lo era. Estaba demasiado obsesionado con el hockey para eso.

—No creo que esa parte haya cambiado desde entonces —dijo, no como una crítica sino como la constatación de un hecho.

—Te sorprendería saber cómo han cambiado mis prioridades desde entonces.

Alisha no pudo responder porque el fotógrafo les pidió que se abrazaran y se pusieran de lado para que la cámara captara sus rostros.

Tras más de media hora sacando fotografías sin descanso tuvieron que cambiarse de ropa.

El siguiente *outfit* era más informal que el primero. Los dos con vaqueros, jerséis a juego y botas moteras. Con lo que ninguno de los dos había contado fue con que les hicieran sentarse en una Harley Davidson, Caleb como si estuviera conduciéndola y Alisha frente a él, sentada a horcajadas en sus muslos.

—Lo siento —se disculpó ella.

—¿Por qué?

—Por pedirte que aceptaras esta portada. No creí que fueran a ir tan lejos.

Caleb se rio de buena gana. Carcajadas auténticas que hicieron que Alisha se agarrara a sus hombros preocupada por caer.

—No te disculpes. Creo que esta es la experiencia más alucinante que he vivido nunca —dijo de buen humor.

Alisha sonrió agradecida. Era evidente que estaba mintiendo para hacerla sentir mejor.

Caleb debía de haber vivido experiencias fantásticas, mucho más alucinantes que estar exponiéndose en una sesión de fotos con su novia de pega.

—¿No me crees? —adivinó.

Ella se encogió de hombros, reacia a decirle la verdad.

—Es la primera vez que monto una Harley con una estrella de la música que, además, es una de las mujeres más impresionantemente bellas que conozco —musitó acercando su cara a su oído.

—Eres un adulator —se sonrojó.

—Solo digo la verdad.

—Caleb —llamó el fotógrafo—, inclínate hacía ella como has hecho antes, pero esta vez haz como si estuvieses besándole el cuello. No dejes de mirar a la cámara.

—Muy bien —accedió, pero no hizo como que le besaba el cuello, sino que la besó de verdad. Deleitándose en la suavidad de su piel y el aroma cítrico que desprendía.

Se apartó cuando se dio cuenta de que si seguía así iba a avergonzarse a sí mismo cuando le pidieran que bajara de la moto. No había mentido cuando le dijo a Alisha que era la mujer más hermosa, interesante y fabulosa que había conocido nunca.

Lo pensó ocho años atrás y seguía haciéndolo.

Miles de veces escuchando sus canciones se había preguntado cuántas de ellas hablaban de su historia. Había visto cierta similitud en varios de sus éxitos, pero no era tan engreído como para creer que eran por él.

—¿Puedo preguntarte algo? —se decidió cuando les hicieron bajar de la motocicleta.

—Por supuesto.

—¿Alguna vez has escrito una canción sobre nosotros?

Alisha le miró con asombro, como si nunca hubiese esperado que le preguntara algo así.

—Lo he hecho —dijo sin apartar la mirada de él.

—¿Qué canción?

Ella le ofreció una risa cargada de diversión y misterio.

—Eso vas a tener que averiguarlo tú solo —lo desafió con un guiño travieso.

—Siempre he creído que *Sin decir adiós* era sobre nosotros —comentó con la esperanza de que le diera una respuesta.

Alisha sonrió con picardía.

—Ni confirmo ni desmiento —contestó con una sonrisa de suficiencia.

—De cuerdo —comentó rindiéndose—, pero dime, ¿también has escrito alguna sobre Morton?

—Lo cierto es que no —contestó pensativa—. Aunque no descarto hacerlo después de cómo ha terminado todo.

Él rio de buena gana.

—Escríbela, por favor. Estoy deseando escucharla.

—Nuevo cambio de ropa, chicos —anunció la estilista.

—¿Tienes planes para después? —preguntó ella, mientras se encaminaban a los camerinos.

—No hasta las tres que tengo entrenamiento. ¿Qué tienes en mente?

—Bueno —se encogió de hombros—, qué te parece venir conmigo a mi estudio y ayudarme a escribir una canción.

—¿Para Morton? —preguntó confuso.

—No, para nosotros —dijo con un bonito rosa en las mejillas—, las que escribí antes hablaban de desamor. Quizás podamos algo más... alegre.

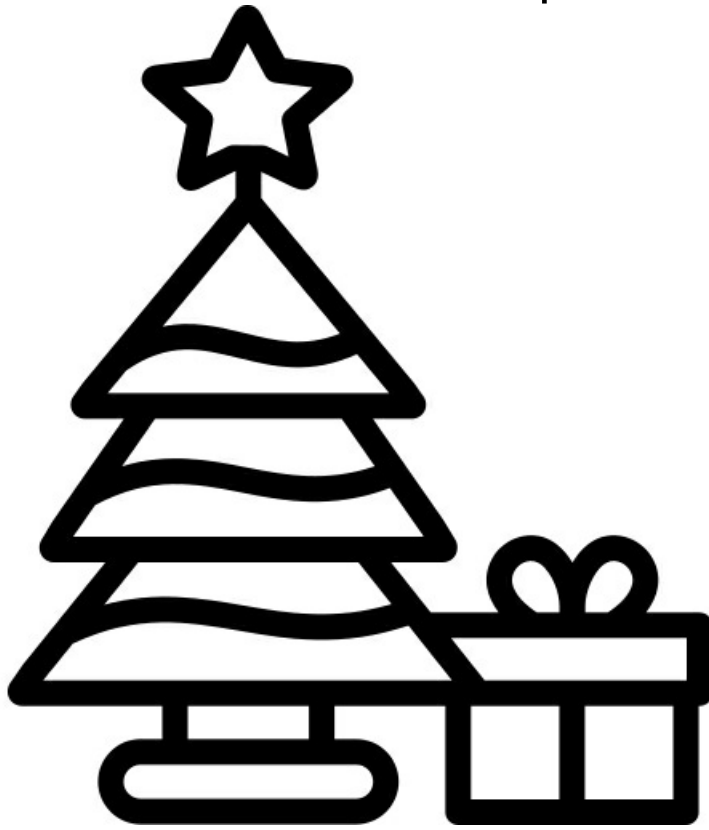
—Cuenta conmigo —y no estaba hablando solamente de la canción.

—Me alegra que seas tan fácil de convencer —se burló.

—Solo soy fácil contigo —dijo con un guiño—, eres una afortunada —comentó con diversión en la voz.

—Sé que lo soy.

Capítulo 18



Alisha no sabía cómo había sucedido, pero ir a los partidos de Caleb en casa y después regresar a su apartamento con él se había convertido en algo cotidiano. El beso en los labios después de desearse buenas noches y la tensión antes de dormirse los había convertido en una especie de matrimonio entrado en años que compartía su vida de un modo platónico.

No faltaba el contacto físico entre ellos, se tomaban de la mano, se hacían confidencias, susurrándose uno al otro al oído y se tocaban sin ningún tipo de pudor, pero su relación no había ido más allá de eso y Alisha estaba comenzando a dudar de que él sintiera algo más que amistad y complicidad por ella.

Las últimas dos noches había tratado de ir un paso más allá y se había enredado en él para dormir. En esas ocasiones Caleb la había abrazado pegándola más a su cuerpo, pero no había tratado de que las cosas fueran a más. Tampoco había vuelto a escaparse al baño, aunque ella sí que había repetido modelito para dormir.

—Si él no da el primer paso deberías darlo tú —la aconsejó Margot.

—¿Y si él no quiere que lo dé? —protestó, demasiado preocupada por actuar y fastidiar la bonita relación que habían resucitado.

Robert tosió exageradamente, pero no dijo nada. Aparentemente estaba contestando correos electrónicos, pero era evidente que también estaba siguiendo su conversación. Alisha no tenía ningún problema con que lo hiciera, Margot y él eran las personas en las que más confiaba y a

las que recurría cuando necesitaba consejo.

Por supuesto adoraba a su cuñada, a su madre y a su abuela, pero ellas eran demasiado templadas tanto en pensamiento como en acciones, lo que no ayudaba a su personalidad indecisa. Ella necesitaba alguien que la empujara a actuar ya que tenía la costumbre de darle mil vueltas a todo, de valorar los pros y los contras antes de tomar una decisión, quizás por ese motivo había durado tanto su noviazgo con Carter.

Por suerte Margot era todo lo contrario a Alisha, su mejor amiga era un torbellino que se movía por instinto e iba directa a por lo que quería, ese rasgo de su carácter la había llevado a ser una de las mejores abogadas de la ciudad.

Robert por su parte era tan decidido como Margot, solo que además era extremadamente organizado. No daba un paso sin saber lo que iba a hacer después y aunque, aparentemente, eso debería ralentizarle lo cierto era que no lo hacía. Llevaba ventaja porque se adelantaba a lo que fuera a suceder.

—Suéltalo, Rob —pidió muy seria.

—Me parece ridículo que pienses que Caleb no está interesado en ti.

—No digo que no esté interesado, solo digo que quizás no lo esté del mismo modo en que lo estoy yo.

—Ridículo. No sé cómo puedes dudarlo cuando se está desviviendo por ti —protestó, muy indignado.

—Tiene razón —apoyó Margot.

—Por supuesto que la tengo.

—De acuerdo —respiró profundamente para calmarse antes de seguir—, ¿cómo sugerís que le haga saber... bueno, eso?

—¿Que quieres acostarte con él? —apuntó Robert.

—¿Que estás enamorada de él? —dijo Margot al mismo tiempo que su amigo.

Las mejillas de Alisha se sonrojaron, pero no se retractó.

—Sí, a las dos cosas.

—Organiza una cena romántica. Ya sabes, cocinas algo rico y pones velas y música relajante y a la hora del postre te ofreces para que te coma a ti —se rio Margot.

—Muy graciosa.

—Lo del postre era broma, pero el resto es lo que yo haría.

—Te voy a dar el mejor consejo de tu vida —se jactó Robert—, díselo. No le des vueltas tontas y dile directamente lo que sientes. Si siente lo mismo te habrás ahorrado horas y horas de darle vueltas a las posibilidades y si no lo siente te habrás ahorrado horas y horas de darle vueltas a las posibilidades. Sea como sea, tú ganas.

—Supongo que es una buena opción —comentó Margot.

—¿Y cuándo se lo digo? No quiero que se sienta presionado o que las cosas entre nosotros se vuelvan raras —protestó—, si le abordo cuando se queda aquí a dormir y no le interesa, la situación se va a volver muy incómoda.

—Supongo que tienes un punto ahí —concedió Robert—. En ese caso, no se lo digas cuando estéis aquí. Encuentra otro momento adecuado para decírselo.

—Tienes muchas oportunidades, díselo durante una cita —ofreció Margot—, ¿cuándo habéis quedado en volver a salir?

—Mañana tenemos la fiesta de Navidad de su equipo.

—Ahí lo tienes —sentenció Margot—. Estaréis rodeados de gente, por lo que si no funciona no tendréis que estar el uno encima del otro.

—¿Robert?

—Creo que lo estás complicando tú sola, pero si no quieres decírselo cuando estéis en casa me parece bien la fiesta. Aprovecha el evento para tomarte un par de copas de *champagne* y lánzate.

—De acuerdo. Voy a hacerlo, se lo diré mañana.

—Maravilloso. Ahora que tenemos esa parte cubierta, dinos, ¿qué te vas a poner? —Margot casi saltaba sentada en el sofá, ansiosa por saber qué modelito había escogido para la ocasión.

—Lo cierto es que no he escogido nada todavía.

Hasta Robert la miró con reprobación tras su declaración.

—¿Deberíamos ir de compras? —preguntó la abogada con esperanza.

—Tiene el vestidor lleno de ropa sin estrenar —se quejó Robert—, no creo que necesite comprar nada más.

—¡Aguafiestas! —lloriqueó Margot.

—Podemos pasear por mi vestidor y elegir algo que ponerme —ofreció Alisha, esperanzada de poder contentar a su amiga.

—Tu vestidor es mucho más completo que cualquier *boutique* de Manhattan —sentenció Robert—, id a dar un paseo y dejadme terminar mi trabajo.

—Me parece bien —aceptó Margot—, pero tienes que dejar que me pruebe alguno de tus vestidos. Esa es la mejor parte de ir de compras.

—Puedes probarte el que quieras —convino al tiempo que se ponía de pie—. Pero después de que hayamos resuelto mi problema. Necesito encontrar el *look* perfecto para mañana. Quiero que Caleb sea incapaz de rechazarme.

Escucharon a Robert bufar mientras se encaminaban hacia el vestidor, pero las dos estaban tan emocionadas con la ropa que lo dejaron correr.

Después de todo, tenían trabajo que hacer.

—Deberías llamar a tu maquilladora y a tu peluquero para que vengan mañana a ayudarte a prepararte.

—¿Tú crees?

—Por supuesto, te has convertido en una WAG, tienes que estar a la altura.

—Soy una super estrella de la música —se quejó, indignada.

—Por eso lo digo, tú trabajas y esas mujeres se pasan la vida esforzándose en estar guapas para sus maridos.

—Margot Sepherd, eso es lo más horrible que te he oído decir nunca —la amonestó—, no puedes meter a todas esas mujeres en el mismo saco. Estoy segura de que son algo más que esposas florero.

Su amiga pareció arrepentida por sus palabras, por lo que agachó la cabeza avergonzada.

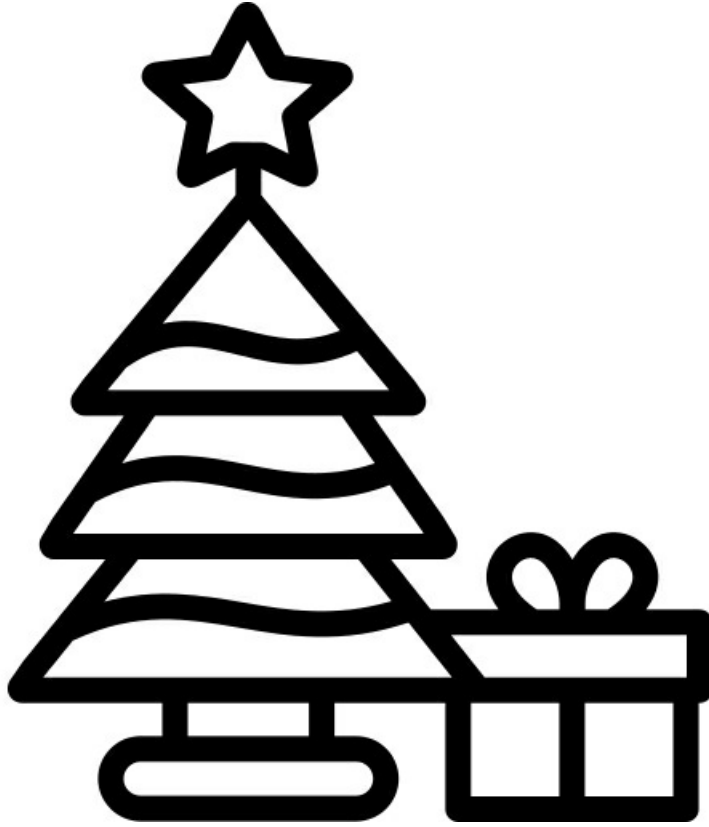
—Tienes razón. Mi comentario ha estado fuera de lugar y no es propio de mí. Pero sabes a lo que me refería, tienes que estar espectacular para que nadie te eclipse.

—De acuerdo, llamaré a Marissa y a Roger para que vengan mañana.

—Perfecto.

Capítulo 19

Dos semanas antes de Navidad



Esa no iba a ser la primera vez que Alisha ejerciera de pareja de un jugador de *hockey* durante una cena de equipo. Había asistido a la mayoría de las que se habían celebrado en el instituto, e incluso había acompañado un par de veces a Carter, no obstante, asistir como la novia de Caleb le proporcionaba una emoción completamente distinta, incluso a la que había sentido la primera vez que salieron, cuando los dos no eran más que unos críos.

Por todo ello había seguido las indicaciones de Margot y había llamado a su maquilladora y peluquero de confianza para que la ayudaran a verse perfecta.

El resultado la tenía encantada. Roger se había empeñado en dejarle el pelo suelto, por lo que lo llevaba peinado en ondas que le caían por la espalda y los hombros. El maquillaje por el que Marissa había optado fue una piel limpia y juvenil, en el que lo que llamaba la atención no eran los ojos sino sus labios, pintados en rojo intenso.

El vestido era de Chanel, *strapples*, adornado con cristales con una falda de gasa hasta los tobillos y un forro que le cubría solo hasta la rodilla, dejando a la vista la mayor parte de sus piernas. Era de la colección de otoño de la casa francesa y tal y como había insinuado Robert, ni siquiera recordaba que lo tenía.

En los pies había optado por unas sandalias negras de tacón interminable y un *clutch* del

mismo tono.

Para evitar el frío un abrigo blanco de piel remataba el *outfit*.

—Acuérdate de retocarte el pintalabios de vez en cuando —le dijo Marissa—. el labial es muy bueno, pero no es infalible, y menos si comes y besas sin descanso.

—De acuerdo.

La parte de besar hizo que sonriera como una tonta. Tenía la esperanza de que fuera así porque era el día en que iba a confesar sus sentimientos a Caleb.

—Estás preciosa. Te hemos dejado sensacional —se jactó Roger.

—Y estoy agradecidísima por eso.

—Si la base es buena el resultado siempre será impresionante —la alabó Marissa.

Estaban dándole los últimos toques cuando escucharon que subía el ascensor. Alisha había pensado que tendría más tiempo ya que la cena estaba programada para después del partido de esa noche. Ella misma no había ido al juego para poder arreglarse con tranquilidad.

Caleb, por su parte, tenía que ducharse en el estadio para después marcharse a casa a dejar su coche, cambiarse y esperar a que el vehículo que había pedido para esa noche llegara. Con todo lo que tenía que hacer Alisha creyó que le daría tiempo de sobra para estar lista.

—Tu chico ya está aquí —anunció Marissa, emocionada ante la idea de conocerle—, crees que me dará su autógrafo para Joe.

—Por supuesto. No sabía que a tu marido le gustara el *hockey*.

—No sé quién es el tipo al que le gusta el *hockey*, pero ya me cae bien —comentó Caleb, asomándose por la puerta del vestidor de Alisha donde habían estado arreglándola.

Con su simpatía y cercanía Caleb se los ganó a los dos en menos de tres frases. Cuando se marcharon estaban encantados de haber podido conocerle y su maquilladora se fue con algo más que su autógrafo: una invitación para que los dos vieran un partido en casa.

—Estás impresionante —anunció dándole un repaso de arriba abajo.

—Tú también lo estás —comentó ella mirando lo maravillosamente bien que le quedaba el esmoquin de Brioni que llevaba.

—En ese caso estoy seguro de que vamos a ser la pareja más guapa de la fiesta —se jactó mientras la hacía reír moviendo las pestañas.

El lugar que el club había elegido para su fiesta de Navidad era uno de los restaurantes de la ciudad con estrellas Michelin. Se había cerrado de manera que fuera una fiesta privada, por lo que la prensa se agolpaba en la puerta para hacer fotos a los invitados, pero no tenía acceso a la sala. De modo que no había riesgo de que nada de lo que sucediera dentro fuera captado por estos.

Alisha estaba segura de que el club había pretendido proteger a sus jugadores con esa medida.

Como capitán principal del equipo, todos sus compañeros se lanzaron a saludarlos en cuanto llegaron. Alisha se pasó más de media hora en la entrada del restaurante ofreciendo sonrisas, apretones de manos y posando para fotografías.

Todas las personas que se le acercaron fueron encantadoras. Lo malo fue que en ningún momento durante la noche se le permitió tener la copa vacía.

Las esposas y las novias de los compañeros de Caleb insistieron en que las acompañara durante los partidos en casa. Según ellas era mucho más divertido ver a sus chicos con un margarita en la mano y una bandeja de sushi delante, que sentadas en una grada incómoda con un perrito caliente.

—La verdad es que me gustan los perritos —rio Alisha—, no obstante, lo de los cócteles y los asientos cómodos suena muy bien.

—Déjame tu teléfono —pidió Polly, la esposa del portero, Miller—. Te grabaré mi número y así puedes llamarme antes del próximo partido y unirte a nosotras.

—De acuerdo.

Cuando se sentaron a cenar, Caleb estuvo pendiente de ella en todo momento. O bien preocupado de que le gustara la comida o de que tuviera con quién hablar. Inevitablemente todos querían interactuar con él, por lo que no podía conservar su atención durante mucho tiempo.

Por suerte la sentaron junto a Jessica Adams, la amiga especial periodista de Harris, quien resultó ser un encanto y le juró y le perjuró que todo sobre lo que hablaran esa noche era *off the record*. Fue gracias a ella que se enteró que su revista estaba investigando una posible relación entre Carlie Jensen y Carter Morton.

—¿Te lo estás pasando bien? —preguntó Caleb, besándola en la mejilla.

—Sí. Todos son muy amables.

Él asintió.

—¿Sabes de qué me he dado cuenta? —preguntó mirándola con fijeza.

—¿De qué?

—Que tenía razón y eres la más guapa de la fiesta.

Ella rio, complacida por el piropo, pero nerviosa por lo que pretendía hacerle saber después, cuando fuera hora de marcharse, así, si las cosas no salían como esperaba no iba a tener que quedarse y poner buena cara con el corazón roto.

—Gracias.

El resto de la cena transcurrió en la misma tónica. Todo el mundo fue encantador y divertido y cuando se retiraron los platos y se les invitó a pasar a otro salón en el que podían bailar y pedir una bebida todo el mundo pareció encantado con la idea.

Incluso el entrenador de Caleb se acercó a ella con su esposa para saludarla y decirle que los dos eran sus fans.

Su novio se acercó con una bebida en las manos para ella y durante unos minutos creyó que iba a poder disfrutar de su compañía con tranquilidad, pero los dos eran demasiado apreciados por todos, por lo que ni siquiera pudieron hablar un minuto antes de que alguien nuevo se pasara a saludarles.

El resto de la noche siguió el mismo ritmo. Personas acercándose a ellos para saludarles, charlar con ella contándole anécdotas divertidas de su novio o traerles una bebida, y Alisha que no bebía muy a menudo acabó completamente achispada.

—Deja que te ayude a quitarte el vestido —pidió él, sujetándola con firmeza contra su pecho.

—No, quiero dormir.

—Lo sé, cariño, pero lo harás mejor si te quitas el vestido —insistió ayudándola a llegar a la cama.

De repente Alisha le dio un suave empujón para que la soltara y se plantó tambaleante delante de él, con el ceño fruncido.

—Estoy enfadada y muy triste.

—¿Por qué, preciosa? —preguntó él, apartándole el cabello de los ojos.

—Esta noche había planeado decirte que te quiero, pero no me han dejado hacerlo —hizo un puchero.

Caleb parpadeó sorprendido y clavó su mirada en ella con una mezcla de incredulidad, esperanza y amor.

—¿Me quieres?

Ella asintió con vehemencia y a punto estuvo de irse al suelo.

—Te quiero mucho —dijo al tiempo que se lanzaba a él y le rodeaba el cuello con los brazos —, aunque tú no me quieras a mí.

—¿Por qué dices que no te quiero, cariño?

—Duermes conmigo por las noches y nunca has intentado nada —volvió a hacer el adorable puchero—, ni siquiera cuando me acercó a ti.

El corazón de Caleb estaba a punto de salirse del pecho. ¿Cómo podía haber estado tan tonto como para no darse cuenta?, se preguntó. Había estado tan preocupado por lo que él mismo estaba sintiendo que no se detuvo a pensar que quizás era correspondido.

—Sí que te quiero, cariño.

—¿De verdad?

—Por supuesto.

Ella asintió de nuevo.

—Quítame el vestido —pidió.

Con las manos temblorosas la ayudó a sentarse en la cama y le bajó la cremallera para descubrir que no llevaba sujetador.

La soltó tan rápido que cayó sobre el colchón.

—¡Ay! —se quejó ella.

—Lo siento, cariño, espera un momento.

Nervioso buscó en uno de los cajones que ella había vaciado para que dejara sus cosas, una camiseta de las que usaba para entrenar y se la puso sin quitarle por completo el vestido.

—Necesito que te levantes para quitarte el vestido —pidió—, no queremos que se rompa.

—Vale.

Tal y como había esperado la tela cayó a sus pies en cuanto se levantó. Consciente de que ella estaba perdiendo sus fuerzas la levantó en brazos y la llevó a la cama, donde la acomodó con cuidado.

Alisha rodó y le miró con suspicacia a pesar de su estado ebrio.

—Has dicho que me querías.

—Y lo hago.

—¿Por qué sigues con la ropa?

—Porque te quiero.

Ella vio fruncir el ceño mientras intentaba adivinar lo que quería decir.

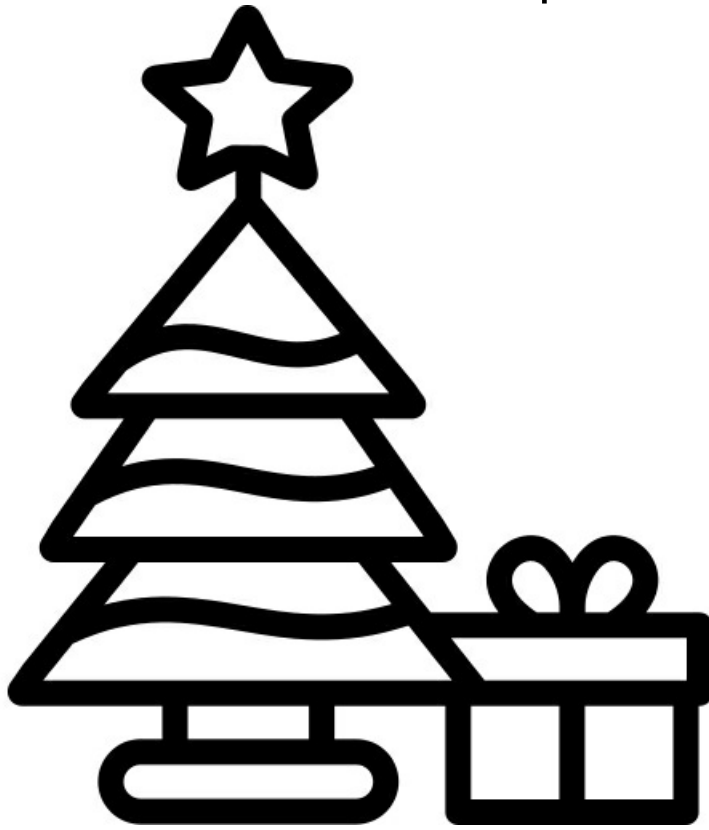
—Mañana, cuando se te pase la resaca, volveremos a hablar de esto. ¿De acuerdo?

—¿Pero vas a dormir conmigo hoy?

—Por supuesto. No voy a alejarme de tu lado nunca más.

—Bien, me gusta que estés conmigo —dijo y acto seguido bostezó, cerró los ojos y se quedó dormida.

Capítulo 20



Alisha se despertó con un martillo golpeándole el cráneo. Gimió lastimera y rodó en la cama esperando chocar contra un cuerpo musculoso y cálido, pero su lado estaba vacío.

Confusa se levantó de la cama para ir al baño, mientras trataba de recordar cómo había llegado a casa la noche anterior, pero tras aliviarse se acercó a la pila para lavarse las manos y se encontró con que una emo pelirroja le devolvía la mirada. De hecho, ni siquiera llevaba uno de sus pijamas sino una camiseta de Caleb que le llegaba por debajo de las rodillas.

—¿Qué es esto?

—¿Ya estás despierta? —preguntó una voz a su lado haciéndola gritar por el susto.

Lo vio reírse de ella, pero se sentía tan mal que ni siquiera pudo enfadarse.

—Lávate la cara y ven a la cocina. Tengo café y he bajado a comprarte algo para desayunar.

—¿Un *bagel* de salmón? —preguntó esperanzada, aunque era imposible que él lo supiera, ya que era un gusto adquirido desde que se mudó a la ciudad.

—Un *bagel* de salmón, queso y pepino —corroboró muy serio.

—¿De verdad?

Asintió con una sonrisa.

—¡Gracias! Podría besarte.

—Estoy a favor de los besos —rio él—, pero no creo que estés en condiciones ahora mismo.

—Espera. ¿Cómo lo has sabido?

—Tengo mis fuentes —comentó como si nada—, refréscate y ven a la cocina.

—De acuerdo.

Volvió a mirar su cara en el espejo y decidió que lo mejor era desmaquillarse y darse una ducha, quizás la limpieza y la comida la ayudarían a sentirse mejor.

Salió media hora después en pantalones de yoga y una sudadera enorme que había sacado del cajón de Caleb. Había sido él el primero en ponerle su ropa, por lo que no podía quejarse de que ella hiciera lo mismo por su cuenta.

—Siéntate —le pidió en cuanto la vio aparecer por la cocina—, por cierto, esa sudadera te queda mucho mejor a ti que a mí.

Ella sonrió a pesar del dolor de cabeza. Era agradable ver cómo se movía por su casa, como si se sintiera cómodo de estar allí, como si de algún modo estuvieran en una relación real compartiendo sus vidas.

Unos segundos después tenía frente a ella un zumo de naranja y dos analgésicos.

—¿Cuánto bebí anoche?

—¿Mucho? No llevé la cuenta —puso la cafetera en marcha y le preparó un café dulce y con crema como a ella le gustaba.

Después sacó una bolsa de papel rosa del armario y Alisha se emocionó al saber lo que contenía.

—¿Voy a tener que ponerme celoso de que te guste más el desayuno que yo?

—A ti no puedo hincarte el diente —contestó, antes de darse cuenta de lo que estaba diciendo.

—Por supuesto que puedes —anunció él muy serio—, te doy permiso para que me muerdas cuando quieras.

Alisha le sacó la lengua en un gesto de burla.

—¿Recuerdas algo de lo que pasó anoche?

Ella asintió al tiempo que se llevaba la taza de café a los labios.

—Me acuerdo de la fiesta, de tus compañeros y sus mujeres, pero no recuerdo cómo llegamos a casa o por qué me he levantado con tu ropa.

—Alisha. Te quiero.

Ella parpadeó sorprendida y desconcertada.

—Te quiero. Nunca he dejado de hacerlo. Sé que piensas que tengo complejo de héroe y que por eso te ayudé esa noche, pero no es cierto. Lo hice porque quería volver a estar en tu vida, de la forma que fuera. Me quería en tu vida y te quería a ti en la mía.

—¿Qué hice ayer, Caleb? —inquirió con los ojos brillantes.

Tenía que habérselo dicho, eso era lo único que le daba sentido a la declaración que acababa de hacerle. Se devanó los sesos intentando recordar, pero el intenso dolor de cabeza le impedía pensar con claridad.

—Te quiero, Ali. No importa lo que hicieras o dijeras ayer. El único motivo por el que no te lo dije antes fue porque no sabía si sentías lo mismo por mí y no quería estropear nuestra relación. Estaba dispuesto a conformarme con tu amistad hasta que pudiera convencerte de que somos perfectos el uno para el otro.

»Y antes de que digas nada tienes que saber que para mí esto —la señaló a ella y luego a él mismo—, lo que tenemos, es real. Lo ha sido desde que tenía diecisiete y tu hermano me dijo que me alejara de ti, y siguió siéndolo cuando me senté a tu lado en el sofá de Charlie Jensen.

—Yo también te quiero —contestó finalmente. Completamente asombrada, emocionada y asustada por todos los sentimientos que la estaban embargando en ese momento.

—Gracias a Dios —musitó él—, no estaba seguro de que fuera el alcohol el que te hubiera

empujado a decirlo.

Ella iba a protestar y a exigir que le contara lo que había hecho, pero antes de que pudiera hablar Caleb la había sacado de su silla y estaba besándola como si pretendiera recuperar en un solo beso los ocho años que se habían perdido al estar separados.

Se separaron para respirar y mirarse con adoración, pero su teléfono decidió que era el mejor momento para sonar. El tono de llamada de Caleb hizo que aumentara su dolor de cabeza.

—Contesta, por favor —pidió llevándose las manos a las sienes.

—Es Margot —anunció antes de contestar—, dime.

Ella debió de mencionarla porque Caleb la miró con una sonrisa.

—Sí, está aquí, pero no creo que sea el mejor momento para hablar con ella.

Volvió a callar para escuchar su respuesta.

—Sí, tiene resaca y estaba a punto de ofrecerle un remedio infalible para el dolor de cabeza.

Lo vio quitarse el teléfono del oído y mirarlo con confusión.

—Ha colgado.

A pesar de que seguía indispuesta, no pudo vitar echarse a reír al comprender la conclusión a la que su amiga había llegado.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te ríes?

—Creo que Margot ha pensado que tu remedio para el dolor de cabeza era de índole... sexual.

En lugar de reírse como ella, Caleb se puso serio. Tanto que Alisha se preguntó si se habría enfadado. Iba a decir algo al respecto cuando finalmente reaccionó:

—¿Sabes? Tal vez no sea una mala idea —decidió con un brillo travieso en los ojos. Unos segundos más tarde la cargó en brazos como si no pesara nada y la llevó al dormitorio donde la dejó caer con cuidado sobre la cama.

—No sabía que el sexo fuera un remedio para la resaca —dijo Alisha sin dejar de mirarle.

—Yo tampoco, pero Margot siempre ha sido la más lista de todos. Vamos a comprobar su teoría —la besó sin darle opción a comentar nada.

Estaba nerviosa y emocionada y no tenía muy claro qué hacer o decir. Todo era tan nuevo y familiar al mismo tiempo que le preocupaba dar un paso en falso y estropearlo.

Caleb por su parte no parecía tener dudas.

Había estado largos minutos besándola y de repente, se estaba moviendo, resbalando hacia abajo por su cuerpo, con sus manos trazando la forma de sus pechos cubiertos por su propia camiseta, sus labios dejando un rastro de besos húmedos en su abdomen. Alisha se estremeció ante el contacto de su lengua en su ombligo y entonces comprendió que su destino era el vértice entre sus muslos.

Caleb le acarició el vientre de manera tranquilizadora y la miró a los ojos.

—Ábrete, cariño.

El término cariñoso despertó un recuerdo de la noche anterior, pero estaba tan perdida con sus caricias que no le prestó atención.

Alisha separó los muslos para él y Caleb se asentó entre sus piernas. Su mano se deslizó por el interior de su muslo y la besó. Se tomó su tiempo para hacerlo, lenta, minuciosa y tortuosamente, estaba a punto de romperse cuando sintió sus dedos deslizándose en su interior, saliendo y volviendo a entrar. Sus caderas empujaron hacia ellos, tratando de captar su ritmo, ansiosa por dejarse llevar.

Caleb volvió a bajar la cabeza. Sus dedos salieron de ella, pero antes de que pudiera quejarse por la pérdida, enterró su lengua en el mismo lugar en el que segundos antes habían estado sus manos.

Continuó provocándola, deleitándose en su sabor y en lo increíble que era volver a estar así con ella. Alisha se vio envuelta por el clímax con tanta fuerza que su mente se quedó en blanco por la intensidad.

Cuando recuperó la capacidad para razonar lo sintió subir por su cuerpo hasta terminar encima de ella, pero sin descargar su peso.

—¿Ha funcionado? ¿Ya no te duele la cabeza?

Alisha sonrió con timidez.

—Lo cierto es que sí, ha funcionado.

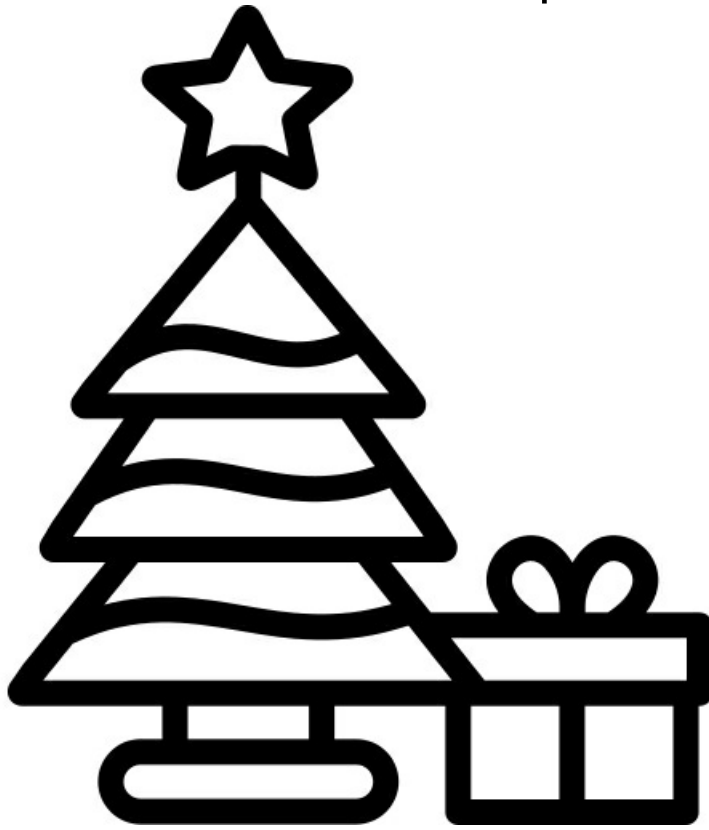
—Qué pena. Yo que estaba dispuesto a seguir intentándolo hasta que mejorara...

Ella sonrió con picardía.

—Hagámoslo. Creo que me está volviendo de nuevo.

Caleb se estaba riendo mientras la besaba, y, aun así, fue uno de los mejores besos que Alisha había recibido nunca.

Capítulo 21



Margot no volvió a dar señales de vida hasta dos días después de la fiesta. Tras las palabras de Caleb sobre curar la resaca, decidió que lo mejor que podía hacer era darles espacio, y el móvil de ninguno de los dos volvió a sonar con su nombre en ellos. No obstante, dos días más tarde, cuando se retomaron los entrenamientos del equipo, y supo que Caleb no iba a estar en casa, decidió que era oportuno hacerle una visita a su amiga, ya que iba a estar sola y podía contarle los detalles de su fin de semana, por lo que se plantó en su apartamento con una bolsa rosa como ofrenda, y miles de preguntas que esperaban respuesta.

Alisha estaba en la cocina cuando llamaron al timbre de la puerta, lo que la desconcertó. No estaba esperando a nadie y las personas de confianza que podían visitarla conocían el código de acceso.

Se encaminó a abrir tratando de peinarse el cabello con los dedos. Hacía poco que se había levantado de la cama. Caleb tenía entrenamiento y ella había querido despedirle en la puerta porque ambos querían apurar todo lo posible su tiempo juntos.

No habían salido desde la fiesta, pero, aun así, el tiempo se les había escapado muy rápido.

Echó un vistazo por la mirilla antes de abrir y se sorprendió al comprobar que era Margot.

—¿Por qué llamas? —preguntó cuando le abrió la puerta.

—No estaba segura de que estuvieras sola —confesó entrando en el apartamento—. Ahora que tienes novio no puedo ser tan lanzada y abrirme a mí misma.

—¿Por qué no?

—Porque me niego a pillaros en... situaciones incómodas.

—¡Espera! ¿Cómo sabes que tengo novio? —preguntó confundida. No había hablado con nadie del tema, por lo que solo podía estar especulando, sin embargo, sonaba demasiado segura para eso.

El código de la puerta sonó porque alguien más lo estaba introduciendo, y esta inmediatamente se abrió dejando a Robert a la vista de ambas.

—Buenos días —saludó, un poco confundido de verlas paradas en medio del pasillo.

—Buenos días —respondieron las dos.

—Contesta, Margot. ¿Te lo ha dicho Caleb?, ¿se lo ha contado a Lewis y él te lo ha dicho a ti? —aventuró, emocionada con la idea de que su novio se lo hubiese contado a sus amigos.

—No. Me lo ha dicho Robert hace media hora —dijo, señalándolo.

—¿Qué se supone que he hecho?

—Tú me has contado que Alisha y Caleb son novios.

—Sí, es cierto —corroboró muy serio—, podemos cambiar de ubicación —preguntó paseando la mirada de una a otra—, me vendría bien un café y por tu aspecto, Ali, a ti también.

—Me acabo de levantar —protestó—. Ni siquiera he tenido tiempo de darme una ducha.

—Ok —aceptó su asistente echando a andar hasta la cocina.

—¡Espera, Rob! Todavía no me has dicho cómo sabías que Caleb y yo estamos juntos oficialmente.

Al ver que él seguía su camino se puso en marcha detrás de él.

—Me lo dijo Caleb.

—Increíble —se quejó Margot, que iba tras ellos—, se supone que soy una de sus mejores amigas y te lo cuenta a ti antes que a mí.

El rubio se encogió de hombros.

—Me llamó buscando información —apuntó haciéndose el interesante—, y puede que le dijera que si te hacía daño, también iba a tener que vérselas conmigo.

—¡Oh, Robbie! Te quiero mucho —lo abrazó Alisha, mientras él se arremangaba para preparar café para todos.

—Y yo a ti. Eres la mejor jefa del mundo, pero no vuelvas a llamarme así, por favor.

—De acuerdo, Rob.

—Al grano, Robbie —protestó Margot—, ¿qué información?

Él la fulminó con la mirada ante el apelativo, pero contestó igualmente:

—Me pregunto qué te gustaba desayunar.

—¿Fuiste tú el que le dijiste que me comprara *bagels*?

Robert asintió.

Ella se levantó de un salto de la silla y fue a presionar sus mejillas como si fuera un niño.

—Gracias. Eres el mejor.

—Estoy comenzando a sentirme ignorada —se quejó Margot, alzando la bolsa rosa que portaba.

Alisha cambió su atención a su amiga.

—¡Oh! Margot, a ti también te quiero. —Corrió a abrazarla.

—Maravilloso que nos quieras a todos, pero siéntate y cuéntanos —pidió con curiosidad.

Mientras Robert se ocupaba del café ella abrió uno de los armarios y sacó platos para los *bagels*.

Cuando tuvo estuvo dispuesto se sentaron alrededor de la mesa frente a Alisha y la miraron

con intensidad, a la espera de que comenzara su relato.

Ella suspiró y se llevó las manos a la cara para cubrirse:

—No recuerdo cómo me declaré. Estaba borracha —dijo en un hilo de voz.

Había tenido esperanzas de que no la hubiesen oído, pero se fueron a pique cuando los escuchó reírse.

—No es un chiste —se quejó, molesta.

—¡Espera! Dinos más ¿cómo que te emborrachaste si tú casi no bebes?

—Precisamente por eso. En la fiesta todos fueron tan amables trayéndome bebidas y queriendo hablar con nosotros...

—¿De verdad no recuerdas cómo te declaraste o te da vergüenza y no quieres contárnoslo?

Alisha apartó la mirada de Robert, la conocía demasiado bien.

—Un poco de ambas —confesó.

Después de que sus amigos la alagaran sin descanso terminó por contarles todo lo que recordaba y cómo Caleb había sido el que había tomado la iniciativa al día siguiente.

—¿Creéis que me lo dijo porque yo me declaré primero?

—¿Importa? —preguntó Robert. Tan directo como siempre—. Qué más da quien lo haya dicho primero. ¿Crees que te ha mentido?, ¿que no te quiere?

—No. Sé que lo hace.

—¿Entonces? —insistió él.

Ella asintió, consciente de que tenía razón.

—Ali, sabes que Caleb siempre ha estado loco por ti. Te he contado muchas veces lo insistente que ha sido siempre con Lewis y conmigo para que le diéramos tu número de teléfono —explicó Margot—. Lleva siglos intentando volver a verte.

—Lo sé. Me lo dijo —se sonrojó al recordar el maravilloso fin de semana que había pasado con él.

Cuando sus amigos se marcharon recogió los platos y las tazas que habían usado y se encaminó al vestidor con intención de conseguir ropa e ir a tomar una ducha. Si no se daba prisa cuando llegara Caleb iba a encontrarla igual que cuando se había ido.

Precisamente estaba en la ducha cuando su novio entró en el cuarto de baño por lo que no se dio cuenta hasta que la mampara se abrió y se encontró con un cuerpo fuerte y musculoso frente a ella.

—Hola —saludó Alisha con una sonrisa encantada.

—Hola, cariño.

—¿No vienes del entrenamiento? —preguntó dejándole sitio—, pensé que te habrías duchado allí.

—Lo hice, pero he tenido pensamientos sucios desde entonces y necesito volver a ducharme —bromeó.

—Suena bien, lo de los pensamientos, quiero decir.

En un movimiento suave Caleb entró por completo en el ducha la atrajo hacia él para darle un beso sensual. Debido a sus alturas, sus cuerpos se ajustaban de una forma sorprendentemente cómoda, pero eso era lo único cómodo del lujurioso y rompedor beso.

Él olía tan bien, sabía tan bien y se sentía tan bien. El calor de su piel, la sensación de sus fuertes músculos y duros tendones contra el cuerpo más suave de ella.

Caleb se concentró en su boca, su cara y su pelo; acariciando y explorando, deslizando los dedos por sus mechones mojados. Alisha sabía que tenía cierta debilidad por su pelo rojo, pero en esos momentos parecía que adorara cada pequeño rincón de su cuerpo.

Sus bocas se separaron. Él presionó su frente contra la suya y habló en voz baja.

—¿Crees que estamos lo bastante limpios o necesitamos quedarnos un poco más?

Alisha rio, pero estuvo de acuerdo con que llevaran las cosas al dormitorio. En el cine podía parecer muy sexy, pero en la vida real no dejaba de ser peligroso ponerse intensos en una ducha resbaladiza.

Antes de darse cuenta, estaba envuelta en una toalla y él la estaba besando de nuevo. Sus manos acariciaron el contorno de su trasero, su erección presionando contra una de sus piernas.

Se separó de sus labios para alzarla en brazos y llevarla al dormitorio.

Ella enredó sus piernas alrededor de su cintura, perdiendo la toalla con el movimiento.

—Si sigues llevándome en brazos a todas partes voy a terminar por acostumbrarme —anunció entre risitas.

—¡Hazlo! —pidió él antes de enterrar su cara entre sus pechos y besarlos.

La piel de ella ardía. Caleb la tumbó sobre la cama sin separar sus cuerpos, aunque la propia Alisha era reacia a dejar que se alejara.

Su cabello rojo desparramado por la almohada, su piel húmeda contra la suya... Caleb estaba tan excitado que decidió que iba a tomarse las cosas con calma. Si continuaba al mismo ritmo no iba a llegar muy lejos y quería disfrutarla todo el tiempo que pudiera.

Él jugueteó, besó y lamió cada parte de la piel a la que tuvo acceso, por lo que cuando tocó la suave piel de la cara interna de sus muslos, Alisha estaba temblando de deseo a un suspiro de estallar.

Caleb la aprisionó con su cuerpo, sujetando su pezón con la boca y succionándolo de una forma perfecta, con la intensidad justa. Al mismo tiempo, deslizó un dedo entre sus piernas y más profundamente, en su interior. Alisha gimió, clavó los talones en la cama y se rompió en mil pedazos.

Mientras yacía indefensa por el clímax, los labios de él rozaron su oreja.

—Te ves preciosa cuando te derrites por mí —musitó él sobre la piel sensible de su garganta.

Caleb asió sus piernas y las separó para hacerse sitio entre ellas. Su incipiente barba le rozaba el interior de sus muslos, y después la cubrió con su boca.

Una segunda explosión sensual la reclamó, pero incluso entonces él no entró en ella. En su lugar, la torturó, la consoló y la volvió a torturar.

Cuando la penetró, lo hizo lentamente, dándole tiempo para aceptarlo, encontrando el ángulo perfecto para intensificar el placer de ambos. Alisha nunca había experimentado algo así con nadie más que con él. Era como si el placer de ella fuera todo lo que a él importara. Cada vez que habían estado juntos se había asegurado de dejarla hecha gelatina antes de preocuparse por sí mismo.

Se durmieron agarrados, se despertaron, hicieron el amor de nuevo, y después, pidieron comida para llevar.

Alisha no recordaba haber sido nunca tan feliz.

Capítulo 22

Una semana antes de Navidad.



Definitivamente estaba nerviosa. No solo por la grabación del videoclip, sino porque Caleb iba a escuchar la canción que había escrito en sus primeras semanas de relación. Las cosas habían cambiado mucho desde entonces, aunque de algún modo sus sentimientos fueran los mismos.

En la canción agradecía al Dios, al destino o a quién correspondiera por darle la oportunidad de encontrar a su amor verdadero por segunda vez en su vida.

No era que no le hubiese hablado a Caleb sobre sus sentimientos, del mismo modo que él lo había hecho con ella, era simplemente que ahora que su relación era auténtica, real, le resultaba más difícil tener que compartirla con el resto del mundo.

La temática del vídeo iniciaba con ellos siendo adolescentes, yendo al cine, patinando juntos e iba avanzando conforme se separaban por un tiempo, cada uno inmerso en su propia vida, para volver a encontrarse de mayores en la cola del mismo cine al que iban de críos.

Una versión un poco fantasiosa de su relación, pero no por ello dejaba de ser bonita y se ajustaba tanto a la temática de la canción como a su propia realidad.

Los nervios de Alisha pasaron a un segundo plano cuando vio a Caleb con una chaqueta que parecía sacada de su propio instituto. En cuanto la vio le ofreció una sonrisa que le aceleró el corazón y se acercó a ella pavoneándose.

—Hola, preciosa —saludó dándole un beso rápido—. Me gustan tus trenzas —anunció

tomando una de ellas en sus manos.

—Nunca he llevado trenzas en el instituto —bromeó—, pero Roger parecía creer que era el mejor peinado para la ocasión así que le he dejado hacérmelas.

Él se rio.

—Cualquier cosa te habría quedado genial, pero me gustan mucho. Casi pareces una niña buena.

Ella se fingió ofendida.

—Soy muy buena.

—No he dicho que no lo seas —se excusó con picardía—, he dicho que lo pareces.

No pudieron seguir hablando porque el director apareció en el plató y comenzó a lanzar órdenes a diestra y siniestra.

Si Caleb había pensado que posar para una sesión de fotos era agotador repetir toma tras toma una y otra vez era desquiciante.

Lo único bueno de toda la situación, decidió, era que iba a pasar un par de días rodando con su chica y que uno de los escenarios de dicho rodaje era una pista de patinaje. Estaba seguro de que en ese marco el director no se atrevería a cuestionar sus capacidades.

Alisha había cumplido con la palabra dada a Polly la noche de la fiesta de Navidad y había disfrutado del partido con las WAGs y no podía negar que lo había pasado de maravilla. Las chicas fueron divertidas y a veces escandalosas, la comida y la bebida abundante y rica, aunque tras su reciente resaca se limitó a sí misma a beber refrescos, y los asientos VIP mucho más cómodos que estar en las gradas.

Había vuelto a hablar con Jessica y esta le había contado que la revista había sido capaz de confirmar la relación entre Carlie Jensen y Carter Morton. De hecho, estaban ultimando los detalles para soltar la información:

—Va a ser un bombazo cuando salga —le contó—, después de lo que ha estado haciendo contigo y con las chicas que han hablado del tema va a tener que dejar la televisión por un largo periodo. Los espectadores no perdonan a los hipócritas.

—¿Sabes? Me da un poco de pena —confesó—, debe de haberlo pasado muy mal.

—¿Mal? —inquirió con incredulidad—, mal estuvo lo que te hizo el día que te entrevistó. Fui mordaz, desagradable e incisiva cuando tú no tenías la culpa de nada de lo que había sucedido.

—Lo sé, pero...

—Sin peros, ella se ha cavado su propia tumba.

Alisha no pudo replicar ante palabras tan ciertas.

El desarrollo del partido las hizo cambiar de tema y Alisha se encontró viendo como todo el mundo la felicitaba a ella por el rendimiento de su novio:

—Acostúmbrate, querida —dijo Polly—. Si tú hombre juega bien es por ti y si tu hombre juega mal es por tu culpa.

El resto de las mujeres asintieron, dándole la razón y Alisha se preguntó dónde se había metido, en el instituto las cosas eran más fáciles.

Tras el partido había quedado con su hermano y sus amigos, que también habían ido a ver el partido para salir a celebrar la victoria.

Alisha estaba segura de que si Caleb y sus compañeros mantenían el ritmo iban a ser los ganadores de la Copa Stanley.

Tras despedirse de sus nuevas amigas se encaminó a la entrada al estadio en la que había quedado y una vez que estuvieron todos juntos esperaron a que el protagonista de la noche hiciese su aparición.

Caleb había conseguido un *hat trick*, por lo que había sido requerido a la sala de prensa y fue el último en salir de los vestuarios.

—Te toca pagar las cervezas, jugador más valioso —anunció Max adelantándose a todos cuando le vio aparecer por el pasillo.

Llegó a él en dos zancadas y le dio un par de golpes en la espalda para felicitarle por el partido.

—Cuenta con ello, pero antes deja que salude a mi chica como se merece —protestó, buscando a Alisha con la mirada y cubriendo la distancia entre ellos para asirla por la cintura para pegarla a su cuerpo y besarla, sin importarle quien estuviera mirando.

No hizo el menor caso a los abucheos ni a las bromas de sus amigos.

Había ganado el partido y marcado tres goles solo porque su amuleto de la suerte había ido a ver el partido.

—Sabes que desde hoy mismo vas a tener que ver cada partido en casa con las WAGs, ¿verdad?

Alisha rio, consciente de lo supersticiosos que eran los jugadores de *hockey*. Ella misma lo era, jamás pisaba un escenario con zapatos de calle ni se ponía nada amarillo en el escenario.

—De acuerdo.

—Te estoy haciendo un favor —bromeó él en voz alta para que le escucharan—, te estoy alejando de esta panda de perdedores que llamamos familia.

Los abucheos volvieron a sonar y Max alejó a su hermana de él mientras esta reía y Caleb protestaba.

Entre risas y bromas salieron del estadio y se subieron a los coches que habían pedido. Era una noche para celebrar por lo que conducir estaba fuera del menú.

Epílogo

Mañana de Navidad



Alisha se despertó descansada y emocionada. Era la mañana de Navidad y estaba compartiendo la cama de su antiguo dormitorio en casa de sus padres con Caleb. La vida se sentía como si los ocho años que habían pasado separados nunca hubieran ocurrido.

—Abre los ojos, dormilona —llamó este besándole la mejilla.

Sonrió aún sin abrirlos.

Se removió en la cama buscando el calor de su novio, pero notó que su lado estaba vacío.

Abrió los ojos preguntándose si lo había soñado todo, pero Caleb estaba sentado en la cama, completamente vestido, con el jersey de Navidad que Max le había regalado como broma, y sonriéndole.

—Buenos días.

—Buenos días, preciosa.

—¿Por qué no estás en la cama conmigo? —alzó la cabeza para mirar la hora en la mesilla de noche—, aún es pronto. Podemos acurrucarnos más.

—Tenía algo que hacer —comentó misterioso.

—¿El qué?

—Siéntate, por favor —pidió, muy serio.

—¿Va todo bien?

—Francamente, eso espero.

Confundida y medio dormida, Alisha hizo lo que le pedía y se sentó, apoyándose en el cabecero de la cama.

—Hay algo que quiero hacer antes de que bajemos a desayunar con la familia.

Una sonrisa pícaro se instaló en los labios de la cantante.

—¿De veras?

—Eso no —rio él—. Quiero pedirte algo. Sé que es pronto, o quizás no lo es porque he estado enamorado de ti desde que tenía diecisiete años y no creo que eso vaya a cambiar nunca.

—Yo también te quiero.

—Lo sé y por eso he pensado que deberíamos de dejar de perder el tiempo y pasar el resto de nuestra vida juntos. —Sacó una cajita azul que tenía escondida detrás de su espalda y la abrió—. Alisha Jane Mayer, ¿quieres casarte conmigo?

No pasó ni un segundo antes de que le diera una respuesta:

—Sí —dijo con los ojos brillantes por las lágrimas—, sí, quiero casarme contigo.

En menos de un parpadeo había saltado de la cama a sus brazos. Ella le rodeó el cuello mientras él la asía de la cintura.

—Gracias a Dios —se relajó Caleb con la cabeza enterrada en su pelo.

—¿Pensabas que te iba a decir que no? —preguntó con incredulidad, apartándose lo justo para que le pusiera el anillo en el dedo.

—Me preocupaba que te pareciera muy pronto —Explicó—. Y después de haberle pedido permiso a tu padre y a Max, no tenía muy claro cómo iba a superar sus miradas de lástima si me pedías tiempo.

—¿También le has pedido permiso a mi hermano?

—Por supuesto. No quería que pensara que estaba actuando a sus espaldas —explicó—. Quiero hacerte feliz y la familia es importante para nosotros.

—Gracias por preocuparte.

—De nada. ¿Crees que debemos celebrarlo?

—Quieres bajar y contárselo a todos —preguntó, emocionada por mostrarles a todos su anillo de compromiso.

—En realidad estaba pensando en celebrarlo como has mencionado antes.

—Eso suena bien —rio Alisha.

—Pues se va a sentir mucho mejor —zanjó Caleb, besándola en los labios y pegándola completamente a su duro cuerpo.

—Te quiero y te voy a hacer feliz para siempre.

—Lo sé, yo también te quiero, por cierto, feliz Navidad.

Él rio con sus frentes juntas.

—Feliz Navidad, cariño.

[1] El nombre que reciben las seguidoras del *hockey* (equiparable a las *groupies* en la música).

[2] Marca de la máquina alisadora de hielo preferida del mundo.

[3] Torneo anual de la liga universitaria de *hockey*.

Agradecimientos

Mi primer agradecimiento va para Rachel Gibson, por ser la escritora que me presentó a mi primer jugador de hockey, mi crush Luc Martineau. Luc, siempre serás mi portero favorito, aunque mi Miller también es maravilloso.

A mi Laura Nuño por estar siempre al otro lado del teléfono dispuesta a apoyarme en todas las locuras en las que me embarco.

A mis amigas y compañeras de café, María José y Verónica, por las risas y las confidencias.

A Mariah Carey por resucitar su súper éxito navideño cada año, logrando que no solo sea una época especial, sino también muy romántica.

Y por supuesto a Aitana, por ver conmigo todas las películas de Navidad que se han rodado desde el inicio del cine a color.

A mi madre por enseñarme a disfrutar de la Navidad. A mi familia por estar siempre a mi lado y a Cloe, por ser la que ha añadido una ilusión extra a la visita de Papá Noel y los Reyes Magos.

Y, por supuesto a todas las lectoras que elegís mis historias. Sois las que me hacéis seguir llena de ilusión y de romanticismo.

La Navidad es una temporada cargada de magia. Encontrad la vuestra y cumplid todos vuestros sueños para que podáis crear nuevos para el próximo año.

Podéis encontrarme en las redes sociales como @olgasalar.

Espero que este pequeño libro os llene de sonrisas, alegría y esperanza.

¡Feliz Navidad a todas!

About The Author

Olga Salar



Olga Salar, nació el veintidós de enero de 1978 en Valencia. Se licenció en filología hispánica para saciar su curiosidad por las palabras al tiempo que compaginaba su pasión por la lectura. Escribió su primera novela con una teoría, para ella brillante y contrastada, sobre lo desastroso de las primeras veces: *Un amor inesperado* (Amazon), y tras ella siguieron más de cincuenta novelas de género romántico, de corte histórico, contemporáneas y juveniles. Publica tanto vía editorial como a través de autopublicación. Durante más de una década ha sido

una autora apreciada en el ámbito de la novela romántica. Sus libros están disponibles en varios idiomas y en todos los formatos: digital, papel y audiolibro.

También es la autora de *Vamos a escribir una novela* (romántica), un manual que recopila consejos y recomendaciones para planificar la escritura de una novela, pautas para la organización de ideas, la creación de personajes y la estructuración de tramas, facilitando el trabajo al escritor novato, o a aquel que cree que su método falla y que necesita otra perspectiva basada en la formación, y, sobre todo, la experiencia.

Books By This Author

A lo peor te quiero

Alden Holmes es un periodista de investigación, un periodista serio, y lo que menos espera es verse en la necesidad de necesitar la ayuda a Dianna Doyle, su colega no tan seria, que trabaja en una revista de moda y que es la persona más insufrible que ha conocido nunca.

¿Lo peor? Que el carácter de ella es tan afilado como el suyo propio. ¿Lo mejor? Todavía no está seguro de encontrar algo bueno en toda esta situación que pueda catalogarse como tal.

¿Lo inevitable? Acabar enamorándose de una mujer que, a priori, no puede ser más opuesta a él.

Diez citas falsas para volver a enamorarse

¿Qué debe hacer una autora ante un bloqueo que se alarga en el tiempo? Desconectar ya no funciona y la fecha de entrega se acerca peligrosamente.

¿Su única opción? Recurrir a su mejor amigo quien no solo es un experto en las relaciones sin compromiso, sino que, además, es el amor platónico más intenso que Olivia ha sufrido en toda su vida.

¿El proceso? Diez citas falsas con Ford que terminan pareciéndose mucho a una relación romántica.

¿El resultado? Para eso tendrás que leer la novela.

Yo también quiero un highlander

La tranquila vida de Blaine Campbell cambió en el mismísimo instante en que el destino llevó a una profesora de matemáticas a buscar inspiración en su biblioteca.

Con ella llegaron nuevos amigos, y un guapísimo arquitecto, que le hizo recordar porqué era una de esas personas optimistas que, a pesar de las desilusiones pasadas, todavía creían en el amor.

Sin embargo, lo que comenzó con ilusión y sueños de futuro, se había convertido en una fuente de preocupaciones, lo que le lleva a replantearse si todo lo que siempre había creído sobre el amor estaba solo en las novelas que custodiaba.

Playlist de UNa Navidad de cuento

